

*diccionario*

*[Handwritten mark]*

E2288

COLACHO HERMANOS

farsa en tres actos y cinco cuadros

de César Vallejo.



a máquina  
copiar por casa  
vallejo mismo

veinte  
[Signature]

ACTO PRIMERO

Cuadro Primero

Un radiante mediodía en Taque, aldea de los Andes.

Interior de la tienducha de comercio de los hermanos Acidal y Mordel Colacho. Al fondo, puerta dando a una callejuela en que se yerguen, entre arbores, una que otra pequeña casa de barro y paja. Primera izquierda, portezuela lateral que da a la cocina. Primera derecha, tiradas por el suelo, unas pieles de oveja y una burda manta: la única cama de los dos tenedores de la tienda. Al centro, horizontal a la rúa y al público, mostrador, bajo y desvencijado. En los muros, casillas con mercancías de primera necesidad y botellas. El monto del conjunto es mísero, rampante.

Es domingo. Se ve pasar por la calleja, yendo y viniendo del campo, numerosos campesinos -hombres y mujeres. Los hay bebidos y camorristas. Otros cantan o tocan concertina y acordeón.

Acidal ~~estaba~~ está muy atariado en arreglar, del modo más atrayente para la clientela, las mercancías en las casillas.

Acidal es un retaco, muy gordo, colorado y sudoroso. El pelo, negro e hirsuto, da la impresión de que nunca se peina. Su vestimenta es pobre y hasta rotosa; la camisa, sucia, sin cuello ni puños visibles. Lleva espadrillas.

Acidal y Mordel, tipos mestizos de indígena y español, siervos de origen, son actualmente obreros de albañilería, que ambicionan transformarse en comerciantes, partiendo de unos cuantos pesos economizados de sus jornales.

Acidal frisa la cuarentena.

Escena Primera

Acidal Colacho, la pequeña, la madre.

ACIDAL, sin dejar de trabajar, pregona sus mercancías a los transeuntes.-  
¡Bueno, bonito, barato!... ¡Cigarrillos amarillos! ¡Sal! ¡Pimientos secos!

(Hay una pizana en que hará su adición Colacho, delante de Sara (importante auténtico))



¡Peñuelos casi de seda! ¡Sardinas de dos cabezas! ¡Azúcar de oro en bolitas!...

UNA PEQUEÑA, desde la puerta del foro.- ¿Tienes, patrón, hilo negro?

ACIDAL.- ¡Pasa, pasa! ¿Cuánto quieres?

LA PEQUEÑA.- Un carrete del 40. ¿A cómo está? (Entra)

ACIDAL.- ¿Es lo único que buscas? ¿No se te ofrece, además, otra cosita? ¿Anilina? ¿Fósforos? ¿Jabón?

LA PEQUEÑA.- Lo que busco, patrón, es hilo negro...

ACIDAL.- Pero, hija, da lo mismo jabón que hilo negro. Cuando la ropa está muy rota, en vez de remendarla, hay que lavarla bien, refregándola con bastante jabón, y entonces aparece relumbrando como nueva. ¡Te venderé un jabón de chuparse los dedos! (Le muestra el jabón)

LA PEQUEÑA.- Tengo prisa. Si no tienes hilo negro...(Se va)

ACIDAL.- No te marches. Tengo también caramelos verdes, manteca, píldoras contra el dolor de muela, contra la pena, contra las almorranas y contra el mal del sueño...(Desde la puerta del foro, a los transeuntes) ¡Muchachos! ¡Enamorados! ¡Tocadores de acordeón! ¡Cantores!... ¡Hay ron, tabaco, coca de Huayambo, cal en polvo!...(Dos mozos se detienen ante Acidal. Uno de ellos toca su acordeón y el otro baila una danza indígena, haciendo palmas) ¡Qué juerga la que se traen! ¡Adelante! ¿Qué tomáis?

Escena II. Acidal, los dos mozos

MOZO PRIMERO.- Dios te guarde, patrón. ¿Tienes, el traguito? (Cuenta sus monedas)... ¿Qué tomáis vosotros? (Guarda el cambio y el resto en el bolsillo del portador la botella con el papel colorado)

ACIDAL.- ¡Claro, hombre! ¿Cuánto quieres?

MOZO SEGUNDO.- ¡A ver, patrón, una rebaja para tus pobres!

ACIDAL, con una botella en la mano.- Cincuenta centavos, la botella, con casco y todo. ¡Y qué ron! ¡Con un solo trago, a soñar cerdos con gorra!

MOZO PRIMERO.- Caro, patrón.

MOZO SEGUNDO.- ¿Cuánto dices, patrón?

ACIDAL.- Cincuenta centavos, la botella. Pero, para vosotros y con tal que volvais a la casa a comprar siempre, voy a pegar en la botella, como regalo extraordinario que os hago a los dos, un papel colorado, con mi nombre. (En un retazo de papel colorado, escribe algo con lápiz y lo pega a la botella) ¡Ahí la teneis! ¡Llevadla!... ¡Aunque se venga abajo mi negocio!...(Los mozos, desconcertados del cinismo de Acidal, permanecen pensativos. Acidal, tomando este estupor por estupidez) ¿No entendeis todavía? ¡Borriquillos! La botella vale, para todos los clientes, cincuenta centavos...



veintidos

LOS DOS MOZOS.- Cincuenta centavos.

ACIDAL.- Pero, a vosotros, para que siempre volvais a comprarme, os doy, con la botella, un regalo especial para los dos: un pañel colorado con mi nombre. ¿Comprendéis? (Les vuelve la espalda, para alinear otras casillas) La cosa es, sin embargo, bien sencilla.

MOZO PRIMERO, aprovechando que no le ve Acidal, coge otra botella del mostrador y se la pasa a su compañero.- Sencillísima, patrón. Dios te lo pague tu papel. (El mozo segundo forsejea por esconder la botella sustraída)

ACIDAL, siempre de espaldas.- Aquí no se roba a nadie, mis amigos. Los Colacho son nobres, pero honrados.

MOZO PRIMERO, ayudándole al otro a meterse la botella en el bolsillo.- Así me digó yo: la honradez ¡qué cosa buena!

MOZO SEGUNDO.- ¡Y Dios nos está viendo!

ACIDAL, siempre de espaldas.- Y luego, hay el adagio que reza: "Nadie se va de ésta, sin pagar las que debe". (En esto, una botella se le escapa de las manos y la recupera al vuelo) ¡Hop!... (El mozo segundo logra, en este preciso instante, embolsillar la suya. Acidal se vuelve inmediatamente a sus clientes, con la botella en salvo) ¡Se me escapó! ¡El diablo de botella! ¡Qué manera de escurrirse de las manos!

MOZO SEGUNDO.- ¡Hay que ver! ¡La muy fresca!

MOZO PRIMERO, pagando.- ¡A Dios gracias que el patrón ha sido listo! ¡De otro modo!...

ACIDAL.- ¡Y qué! ¿Estais al fin contentos? ¡Un ron de 399.934 grados! Especial para... ¿En qué trabajais vosotros? (Guarda el precio y el mozo primero coge del mostrador la botella con el pañel colorado)

MOZO PRIMERO.- Somos, patrón, pastores.

ACIDAL, limpiando el mostrador.- Precisamente, mi ron es especial para pastores. Los animales, sobre todo, los bueyes, en los inventarios de San Pedro y San Pablo, vienen a su pastor por el olor de mi ron. Con este ron, no hay oveja que se pierda, ni cerdo que lo roben... (Mordel Colacho entra por el foro, de prisa y malhumorado. Mordel es hermano mellizo de Acidal, con quien tiene un asombroso parecido, físico y moral. Su vestimenta es tan pobre como la de Acidal)

ACIDAL.- ¡Ola! Escena III de Acidal, Mordel, menos los dos mozos

MORDEL, sacándose la gorra y enjugándose el sudor.- ¡Uf!... Vengo sudando como una bestia! ¿Cómo van las ventas?

MORDEL.- ¿Por qué no?

ACIDAL.- No podrían ir peor. dame cuenta que de lo que se trata es de pagar.

MORDEL abre el cajón del mostrador y cuenta el dinero.- ¿Cuánto has vendido desde que me marché esta mañana? (Los dos mozos vanse, bailando)



ACIDAL.- Tres pesos, 95. ¡En toda la mañana!

MORDEL.- ¿Nada más que tres pesos, 95, en toda la mañana?

ACIDAL.- La gente ni siquiera se detiene ante la puerta. ¡No sé cómo vamos a pagar al ~~mirojo~~ Tuco!

MORDEL.- ¡Qué Tuco ni cuatro gatos negros! Le pagaremos cuando podamos.

ACIDAL.- El viejo está furioso por sus cuartos. Acaba de estar aquí la Chepa. Dice que su hermana Tomasa le ha oído ayer al Tuco decir que va a empapelarnos...

MORDEL, devorando unas galletas.- ¡Tengo un hambre feroz!

ACIDAL.- ¡Así, vas a acabar la caja de galletas! Ves cómo estamos y te pones a devorar lo poco que hay en la tienda...

MORDEL.- Dejé anoche tres patatas en la caserola grande. ¿Quién se las ha comido? (Tirando las galletas a la cara de su hermano) ¡Toma! ¡Cómetelas! que te hagan buen provecho... (Pausa. Mordel va y viene en la tienda, cólerico. Acidal sigue arreglando las casillas. A poco, Mordel toma un vaso y bebe agua de un gran botijo que hay a un extremo del mostrador)

ACIDAL.- ¡Y ahora te bebes el agua bendita! ¡Vaya un fresco!

MORDEL, sorprendido.- ¡Cómo!... Pero ¿qué día estamos hoy?

ACIDAL.- Miércoles y jueves. ¿No sabías que es domingo?

MORDEL.- Domingo... ¡Domingo, y, a mediodía, el botijo aún de bote a bote de agua bendita!...

ACIDAL.- ¡Pues ya lo ves! ¿Y quién ha ido hasta una legua de aquí, al pozo de la Cleta, a sacar esa agua bendita, esta mañana? ¿Fuiste tú?

MORDEL.- Pero ¿de veras no has vendido ni una sola copa de agua bendita en toda la mañana? (Acidal no responde) ¡A lo mejor, el cura ya lo sabe y ha prohibido que la compren!...

ACIDAL.- Además, la vieja Romasinda me ha negado, otra vez, las migajas.

MORDEL.- Porque no habrás sabido suplicarle.

ACIDAL.- ¡Claro! Se puede pedir una vez o dos y hasta tres veces, un pedacillo de pan a la vecina, bajo cualquier pretexto, pero no todos los días y durante meses y meses.

MORDEL.- ¿Por qué no?

ACIDAL.- Al fin, tienen que darse cuenta que de lo que se trata es de pan para comer.

MORDEL.- ¿No le has vuelto a decir a la vieja que las migajas eran para ~~XXXXXXXXXXXXXXXXXXXX~~ aplicarlas con saliva a un forúnculo?



ACIDAL.- Pues dice la vieja que es un fresco ese forúnculo y me ha dejado con la mano tendida...

VOCES de alerta en la calle.- ¡Peira! ¡Peira!...¡Ahí viene Peira!...(Algunos transeuntes huyen. Los Colacho palidecen)

ACIDAL.- ¡Hay que cerrar la puerta!...(Pero es tarde. Aparece por la puerta del foro, Peira, revolucionario terrible y, a la vez, el mejor sastre del lugar. Viene borracho. Lleva ~~XXXXXXXXXXXXXXXX~~ chistera y levita, pero está en camiseta. Ciñe su cintura una larga cinta roja, uno de cuyos extremos se arrastra por el suelo y se pierde en la calle. Los Colacho, al verle, se quedan paralizados)

Escena IV

ACIDAL, Cordel, Peira y, a poco, la mujer y los niños

PEIRA, desde la puerta, trazando militarmente con el índice una amplia curva en torno de la tienda.- ¡De todos lados! ¡Poned el fuego de todos lados! (Dirigiéndose a una muchedumbre invisible que le sigue) ¡Podeis empezar bajo el mostrador! ¡Sería más estratégico! ¿Teneis cerillas? ¡Daos prisa! ¿Qué esperais?... (avanza hasta el centro de la tienda, con aire de dueño absoluto de la situación) Hasta es posible que de aquí, las llamas, alimentadas con el petróleo y el alcohol existentes en la tienda, tomen, desde el primer momento, el vuelo por sobre los sombreros de los transeuntes, en dirección de las casas de enfrente, ganen sucesivamente el campanario, el balcón de la parroquia, la iglesia, la casa de la querida del cura y la Diputación y vayan, al fin, a expirar, con resplandores apacibles y ya casi rurales, a lo largo de las vigas de las chozas periféricas. Importa, sobre todo...¡Un momento!...Veamos...Veamos...¡Hum!... ¡Sí! Conseguiríamos nuestro objetivo de modo menos oneroso para la revolución, si el fuego empezase por la cocina de la tienda...(Avanza resueltamente en dirección de la cocina) ¡Venid! ¡Seguidme!...(Su mujer aparece por el foro, teniendo en sus manos el extremo de la cinta arrollada a la cintura de su marido. Viene seguida de chicos del pueblo, que ríen ruidosamente)

LA MUJER.- ¡Poto! El juez ha reconocido su levita y viene persiguiéndote. Dice que él no te ha dado su levita para que te la pongas, sino para que la limpies...(Risas de los chicos)

PEIRA, siguiendo sus reflexiones bélicas.- ¡Ciudadanos! ¡Sin piedad! ¡La hora es grave! Sin duda, yo soy un hombre y, como tal, tengo, bajo la levita que el juez me ha dado para zurcirla, un corazón humano y sensible a los desastres ajenos; pero, ciudadanos, la revolución no tiene nada que ver con corazones ni con levitas. (Dirigiéndose a la muchedumbre) ¿Cómo? ¿Qué es lo que alegais?...¡Harto lo sé, señores! Comprendo vuestra sagrada cólera civil. ¡Obrad a vuestra guisa! ¡Incendiad! Saquead! ¡Matad! ¡Violad!...(Un eructo le interrumpe. Mas inmediatamente, en ademán resuelto, baja hasta el mostrador)

LA MUJER tirando fuertemente del extremo de la cinta.- ¡Poto! ¿En cuidado! ¡Vas a vomitar sobre el vestido del juez! (Risas de los chicos)

PEIRA, que ha dado un traspié y se vuelve indulgente a su mujer.- ¡Pobre esposa mía! ¡Criatura incivil! ¡Regazo sin entrañas! ¡Frente vacía!...



LA MUJER llora.- ¡Me das vergüenza, Poto!...

PEIRA.- ¿Qué quieres de mí, mujer?

LA MUJER.- Vámonos a la casa. Eres el choteo de todos. Tienes diablos azules...(Redobla su llanto y los chicos ríen a carcajadas)

PEIRA.- Desgraciada, óyeme: en mi calidad de Jefe Supremo, político y militar, de las provincias del norte, del centro y del noroeste, me es imposible hacerte confidente de mis planes...

ACIDAL, a Mordel, aparte.- Dale un asiento. ¡Va a caerse! (Mordel vacila, pero no hace caso)

PEIRA, a su mujer.- Yo tengo mis secretos. Además, tú serías incapaz de comprender jota de mi elevada misión. No harías más que seguir censurándome, en lugar de aplaudirme y alentarme. (Acidal hace una seña misteriosa a Mordel)

LA MUJER.- ¿Por qué te ha dado en ponerte los vestidos de tus clientes? La semana pasada, fué el pantalón del capitán.

PEIRA.- En fin, Senda, dime, para terminar, amor mío: 9 por 7 ¿cuánto es? ¡Contesta! O, para mayor sencillez: 7 por 9 ¿cuánto es? ¡Responde!

LA MUJER.- Siempre con tus preguntas, porque sabes que no conozco ni las letras de mi nombre!

PEIRA, a los Colacho.- ¿Veis?...¿Veis?... ¡Por qué miráis allá esos ojos!

LA MUJER.- ¿Qué tendrán que ver los números con tu borrachera!

PEIRA.- ¿No tienes vergüenza, Senda? Si eres tan ignorante y tan obtusa, que ni siquiera sabes cuanto es 9 por 7, cosa que no la ignora ni un niño de la escuela ¿con qué derecho pretendes erigirte en juez de mi conducta? ¡Una mujer que no sabe nada de nada y que, sin embargo, se permite darme lecciones de lo que debo o no debo hacer!... ¡Habrás visto!... ¡Quia!... ¡Señores! ¡Vamos a otra cosa!... (La mujer está completamente avergonzada e inclina la cabeza, mientras el sastre dice en tono apocalíptico a los Colacho) ¡Hémos, al fin, llegados al día de los días! La ciudad será ~~xxx~~ devastada por completo. ¡Chut!... ¡Nada!... ¡Es en vano!... Toda súplica es inútil. ¡Vais a sucumbir todos! Lo deploro, pero es inevitable. (la mujer suelta la punta de la cinta y se desliza, humillada y vencida, hacia la calle. Peira le dice entonces) ¡Aléjate, mujer! Cuando hayas aprendido cuánto es 7 por 9, sólo entonces sabrás si yo hago bien o mal en ponerme los vestidos de mi clientela. ¡Márchate! (La mujer se va, en medio del silencio de los chicos, que la miran extrañados)

ACIDAL, suplicante.- ¡Señor Peira, por favor!...

PEIRA, inexorable.- ¡Inútil, he dicho! Consideraciones, ¡para nadie!

ACIDAL.- ¡Al menos, señor Peira, déjenos usted salvar el dinero de las ventas!

PEIRA, vengador.- ¡Ah!... ¡Con que habeis despojado al pueblo de sus últimos granos y animales! ¡Granujas! ¡La sanción será terrible! ¡Diente por diente y ojo por ojo!



ACIDAL, las manos juntas.- ¡Los tejidos, señor Peira! ¡Compasión!

PEIRA, de pronto, se encamina con paso bárbaro, atilino, en dirección de la puerta del foro, gritando.- ¡Ciudadanos! ¡Las cerillas! ¡Sin tardanza! ¡Las cerillas! ¡Qué esperais!... (Vase. Los chicos le siguen, rodeándole y haciendo una gran algarazara)

Escena V

Acidal, Mordel

ACIDAL, deshecho.- ¡Estamos arreglados!

MORDEL.- ¿Y ahora? ¿Qué hacemos ahora?

ACIDAL, yendo a mirar de la puerta del foro a la calle.- ¡Espera! ¡Me parece que regresa!... No... Ha doblado la esquina... Le siguen los guardias... (Mordel va también a mirar) ¡Ya lo cogieron! ¡Ya lo cogieron! (Voces y carreras en la calle)

MORDEL.- ¡Sí, sí! ¡Ya lo cogieron! ¡Ahí le llevan, arrastrándole!

ACIDAL.- ¡Vaya, hombre! ¡Qué susto! (Ambos siguen un instante con los ojos la escena de la calle) ¡Hace tiempo que han debido meterlo entre rejas! ¡Ladrón! ¡Asesino!

MORDEL.- Tú te asustas y te pones a temblar por quitame allá esas pajas.

ACIDAL.- ¿Yo? ¿A temblar, yo?

MORDEL.- Por poco, no te orinas en tus pantalones.

ACIDAL.- ¡Hazme el favor, Mordel! Además, yo soy aquí el único que vela por los pocos cachivaches que tenemos. A ti te habría importado nueces, que incendiasen la tienda.

MORDEL.- ¿Quién? ¿Quién iba a incendiar la tienda?

ACIDAL.- ¡Cómo, quién! ¡Peira!

MORDEL.- ¿Peira? ¿Eres tan...?

ACIDAL.- ¡Templar, temblar! El cobarde eres tú, que no te has atrevido ni siquiera a protestar.

MORDEL.- ¿Pero tú creías lo que decía un borracho?

ACIDAL.- No atinaste ni a ofrecerle un asiento. Si quieres saberlo todo, te diré: ¡Peira llevaba atrás un revólver de este tamaño! Yo lo he visto.

MORDEL.- Debe ser el revólver del juez.

ACIDAL.- ¡El revólver del juez! ¿Por qué ha de ser el revólver del juez?

MORDEL.- ¡Toma! ¿de quién es la levita que llevaba?



*veintiocho*

ACIDAL.- La levita será del juez, pero no el trasero. El trasero de Peira es de Peira. Y, justamente, el revólver iba colgado del trasero... (Un rapazuelo entra corriendo por el foro, con varios sobres en la mano)

EL RAPAZUELO.- ¿Los señores Colacho? Una tarjeta del señor Presidente de la Diputación. (Entrega un sobre a Mordel y vase. Mordel abre ansiosamente el sobre y Acidal se acerca a ver. Ambos leen ávidamente una tarjeta. Mordel vuelve a Acidal unos ojos desorbitados y ambos se miran, mudos de estupor)

MORDEL, relevando trozos de la tarjeta.- "...a los señores Acidal y Mordel Colacho... a comer... Silverio Frutos... Presidente de la Diputación provincial... (Volviéndose de nuevo a Acidal, en un grito) ¡Hermano!...

ACIDAL relee mentalmente la tarjeta, y luego.- Pero... ¡No es... ¡No es posible! Debe... De... debe haber error...

MORDEL, paseándose, triunfal, fuera de sí.- ¡Al fin!... ¡Después de tanto trabajar y padecer!... ¡Una invitación del Presidente de la Diputación!... ¡La entrada! ¡La entrada a los salones! ¡A la buena sociedad!... ¡Al fin!... ¡Unos peones! ¡Entre los personajes!...

ACIDAL, sin despejar los ojos de la tarjeta, como atontado.- "...tiene el honor..." (Volviéndose a Mordel) Dice que tiene el honor...

MORDEL.- ¡Pues es claro! ¡Tiene el honor! Como lo ves.

ACIDAL, de pronto.- ¿Qué hora es?

MORDEL, en un estado de nerviosidad que no puede dominar.- ¿Qué hora es? ¡Qué sé yo! (Lanza una risotada convulsiva) ¡A comer! ¡A los señores Acidal y Mordel Colacho! (Otra carcajada) ¡Inmenso! ¡inmenso!

ACIDAL, consultando un enorme reloj de bolsillo.- Las doce y veinte... Es para la una de la tarde. ¡Ya no tenemos tiempo!

MORDEL.- ¿De qué? ¿Ya no tenemos tiempo de qué?

ACIDAL.- ¿Habrá que responder antes de ir? ¿Cómo se hace en estos casos?

MORDEL.- Tendrás que ir tú, solo. Yo me quedaré a atender la tienda. Ya puedes ir vistiéndote. ¿Dónde está la camisa rosada con pintas verdes? ¿Está limpia? (Se echa a buscarla)

ACIDAL.- ¡Anda, Mordo, tú! Tú soportas, mejor que yo, el cuello duro. A mí me aprieta como una argolla.

MORDEL, furioso.- ¡Bueno! ¿No quieres ir?

ACIDAL, suplicando.- ¡Anda tú, por Dios, Mordito!

MORDEL arroja al baúl la ropa que tenía en las manos.- ¡Esto es de no te nuevas! ¡Vamos a perder, por tu culpa, la ocasión, que nos envía Dios, de entrar en la buena sociedad!

ACIDAL.- ¡Pero es que yo no sé sentarme entre gente decente! Me da mucha



vergüenza. Le ponen a uno tenedor y una serie de cuchillos...

MORDEL.- ¿Dónde hay papel, del bueno, para contestar la tarjeta y enviar la respuesta, antes de la hora de la comida?

ACIDAL.- ¿Se responde así las invitaciones? (Ambos buscan papel) Me parece que es después de comer que se agradece.

MORDEL.- ¡Antes! En la buena sociedad, se agradece antes de comer. Toma, escribe. Una vez, ví que así lo hizo el tuerto Pila. (Acidal se dispone a escribir) Haz una buena letra. ¡Clara! ¡Redonda! ¡Cierra bien los ojos de tus os! ¡Ponles cruces a tus tes! ¡Y tinta negra!...(Vuelve a sacar la ropa del baúl)

ACIDAL, recordando de pronto algo.- ¡Hombre!... Ahí hay un modelo de carta, en el libro primero de la escuela...(De entre unos paquetes, saca y desenvuelve un libreo encuadrado y busca una página) ¡Imponente! ¡Como pedrada en ojo de boticario!

MORDEL, cepillando la ropa.- ¡Qué modelo ni modelo! ¡Ya son las doce y media! ¡A qué hora vas a vestirme!...

ACIDAL, que ha encontrado la página modelo.- Aquí está. El caso es exactamente igual...(De pronto, contrariado, los ojos fijos en la página del libro) ¡Vaya usted a ver eso!...; Cuando el diablo anda en la huerta!...

MORDEL.- Date prisa. ¿Qué sucede?

ACIDAL.- Aquí hay una palabra borrada, que no se sabe lo que dice.

MORDEL, acercándose.- ¿Dónde? Serán tus legañas.

ACIDAL lee y muestra la página a su hermano.- "Tenemos la..." Fíjate. Está borrado. (Raspa con la uña la página) Es una... Parece que hubieran orinado... No se puede ver...

MORDEL, raspando, a su turno, la página.- Espérate... Espérate...

ACIDAL.- Yo creo que los ratones se han ensuciado...

MORDEL.- Se va a romper la hoja. Arréglalo de cualquier modo.

ACIDAL.- Lo que debe ahí decir es: honra... "Tenemos la honra de agradecer a usted..." ¿No te parece que la palabra en que se han orinado las ratas, es la palabra "honra"? Mira...

MORDEL.- "Honra". No cabe duda.

ACIDAL.- No cabe duda. Es "honra". (Empieza a copiar el modelo)

MORDEL.- ¿Estás afeitado? (Le mira bien la cara) Bueno... Tienes que peinar... (Va a traer el peine y peina a su hermano, mientras éste escribe con sumo esmero la carta) El tiempo vuela... No muevas la cabeza.

ACIDAL, agachado.- ¿Cómo se escribe "honra"?



*ve intencional*

MORDEL.- "Honra", sin haché.

ACIDAL.- Ya lo sé. Pero ¿con una o dos erres? (Silabea, martillando sobre la "ra" de "honra") ¡Hon-rrra!...Después de n, una sola erre, me parece. Coon-rrra...Sí.

MORDEL.- "Honra" se escribe con una sola erre, desde luego; pero ponle dos o tres, para que no vayan a pensar que es avaricia. Te he dicho que no muevas la cabeza.

ACIDAL, escribiendo.- Con tres...erres...Ahí está...

MORDEL, peinando a su hermano, jubiloso.- ¡Los Flores van a reventar de envidia! ¡Los señores Acidal y Mordel Colacho...! El señor Acidal Colacho, invitado del señor Presidente de la Diputación! ¡Para servir a ustedes!... (Ha terminado de peinar a su hermano y ahora se pasea, dándole consejos) No hables mucho en la mesa. Muy serio y respetuoso con todos... Fíjate que vas a tener el honor de comer con la familia del Presidente de la Diputación, con el Gobernador, los doctores y la crema de Taque... De esta comida depende nuestra suerte!... El secreto está en entrar a la buena sociedad. El resto vendrá por su propio peso: fortuna, honores... (Delirante) ¡Adiós vida de obreros! ¡Se acabó!... ¡Pagado el viejo Tuco!... ¡Pagada doña Ubalda!... ¡Las puertas del comercio se nos abren, esta vez, de par en par!...

ACIDAL, cerrando la carta de respuesta.- Ya está... ¿Cómo vamos a mandarla? ¿Con quién?

MORDEL.- Voy a ver al Fidel. (Toma el sobre y vase por el foro) Tú, mientras tanto, vístete.

ACIDAL.- ¡Oye! ¡Yo no voy a la comida! ¡Tú irás!... (A solas, Acidal entorna un lado de la puerta de la calle, examina la ropa que ha de ponerse y, en un rincón de la tienda, se desabotona el chaquetón. Mas luego se rebela) ¡No! ¡Ahora es cuando no voy! ¡Que vaya él! ¡Que se vista él!... (Se desploma sobre un taburete, apoyando la frente en ambas manos. Después, alza los ojos y considera el cuello de celuloide; se acerca y lo toma para ensayarlo, gruñendo) ¡Claro! ¡Un cuello comprado para dos, no le va bien a ninguno!... (Pausa. De pronto, Acidal se mete serio y se considera a sí mismo, de pies a cabeza; medita. Da luego unos pasos magestuosos; gira solemnemente sobre sus talones; vuelve con arrogancia la cabeza, mira al frente con dignidad, parpadea, soñador; se pone las manos en los bolsillos de ambos lados del chaquetón, echando todo el busto hacia atrás. Murmura unas palabras cortesanías, puliéndose) Sí... Ya lo creo... Lo comprendo perfectamente... (Volviendo la cara a otro lado, fino y galante) ¿Decía usted, señorita?... Quizá... Es muy posible... En las tardes... ¿Cree usted?... (Se queda pensando. Con fuerza) ¡No! ¡No voy! ¡No voy y no iré!...

MORDEL vuelve corriendo.- ¡Ya!... ¡Ya!... ¿Qué pasa? ¿Aún no te vististe?... (Acidal vuelve a desplomarse y oculta la cara entre ambas manos) ¡No seas bárbaro, hombre!... ¡Piensa que vas a dar la mano a personajes!... Si mañana necesitamos una recomendación, una garantía, una fianza, en fin, un crédito, nos lo darán inmediatamente... Es seguro que el Gobernador va a estar en la comida. Si el Tuco quiere empapelarnos, el Gobernador, una vez que te haya visto de invitado del Presidente de la Diputación, será incapaz de ponernos en prisión... (Acidal descubre el rostro y considera detenidamente a Mordel) Se hará el tonto, porque tendrá miedo de contrariar, de ofender ~~al Presidente de la Diputación~~



*treinta*

a un amigo del Presidente de la Diputación. En fin... Además, la buena suerte viene así: con amigos pudientes... (Acidal, sin decir nada, vuelve a desabotonarse el chaquetón y empieza a cambiarse de traje) El propio Tuco estará ahí, y, ahora que te vea figurando entre los personajes, ya no nos hará nada. ¡Vas a ver!... ¿No lo crees, tú también?...

ACIDAL, vistiéndose a regañadientes.- Mira el reloj. ¿Qué hora es? Y dame la corbata.

MORDEL.- Tienes el tiempo justo, me parece. Son las... ¡Una, menos veinte! ¡Con tal que llegues a la una en punto!... (Volviendo a los consejos) No tengas miedo. No te apoques... Si te preguntan por mí, diles que estoy... Diles, con cierto tono: (Puliéndose) "Un poquillo resfriado, pero sin gravedad..." (Le cepilla) Procura hablar de cosas importantes... Sonríe sólo de cuando en cuando, sin abrir demasiado la boca, como el sacristán...

ACIDAL, poniéndose el cuello duro.- Si mucho me aprieta, no respondo. Tendrán que verme que me ahogo y todo se irá al agua.

MORDEL.- Trata de acercarte cuanto puedas al Gobernador. Acuérdate de lo que te ha dicho la Chepa sobre el Tuco. De otra manera, o vamos en prisión o a seguir enluciendo su cocina.

ACIDAL, reventando de rabia.- ¿Dónde has puesto el sombrero?

MORDEL, trayéndole el sombrero.- Aquí está... (Acidal, con el sombrero en la mano, se persigna. Mordel hace lo mismo y los dos, emocionados, murmuran una corta oración) Adora a la Virgen del Socorro, antes de irte. (Saca del cajón del mostrador una imagen religiosa y la lleva a los labios de su hermano) ¡Adora! ¡Adórala de todo corazón! (Acidal, presa de una mezcla de angustiosa ansiedad y de resentimiento con su hermano, adora la imagen) ¡Confía en Ella y vete!...

ACIDAL, congestionado, sudando más que nunca.- Bueno... Ahora, me marchó... (Da unos pasos indecisos)

MORDEL.- ¿Dónde se pone uno la servilleta, cuando se come? ¿Te acuerdas dónde se la pone?

ACIDAL, maquinalmente.- ¿La servilleta?... Se la tiene en la mano izquierda. Me equivoco: en la derecha.

MORDEL.- ¡No, hombre! Se la pone en el pecho, como babero. No lo olvides.

ACIDAL, sin atreverse a mover la cabeza.- Ya... En el pecho... Me ~~xxx~~ marchó. (Dos pasos más, indecisos)

MORDEL.- Anda un poco aquí, para verte. Mueve la cabeza...

ACIDAL, dando otro paso y sudando a chorros.- No sé si voy a poderlo soportar. ¡Tengo la manzanita de Adán completamente despachurrada!



MORDEL.- Haz, querido hermano, un esfuerzo...

ACIDAL, decidido.- Hasta ahora...(Vase)

MORDEL, de pronto.- ¡Escucha! ¡Escucha! ¡Sécate el sudor!

ACIDAL, deteniéndose en la puerta del foro y tragando su dolor.- ¡Calla!  
¡No pases cuidado!

MORDEL.- Tienes la nariz que te gotea. Saca tu pañuelo.

ACIDAL.- ¡Déjame en paz, Mordel! ¡Hazme el favor!

MORDEL, poniéndole un espejo de bolsillo ante los ojos.- ¡Mira!...¡Mira!  
¡Testarudo!

ACIDAL.- Me da lo mismo. ¡Déjame!

MORDEL, estrechándole en sus brazos.- ¡Chida! ¡Por Dios! ¡Vamos! ¡Que no  
vas a llorar!...(Permanecen enlazados un momento)

ACIDAL, bajo, casi gimoteando.- ¡Lo daría yo todo, por no ir a esa comida!

MORDEL.- Ya lo sé, hermanito. ¡Pero es que es necesario!...(Acidal vuelve  
la cara a un lado y se enjuga el sudor) ¡El que no sufre no sube!...

ACIDAL, resignado.- En fin...Me marchó. Se hace tarde. (Va a partir)

MORDEL.- ¡Espera, espera! Sería bueno que te ensayes un poco, para que  
sepas bien lo que vas a hacer. ¡A ver!...Camina. Avanza...¡Con toda dig-  
nidad! ¡Derechito!...(Acidal ejecuta penosamente el movimiento) Así...Así...  
Puedes meter una mano en el bolsillo del pantalón. La izquierda...Eso  
es...No la metas demasiado; dicen que eso no es limpio...Muy bien...Muy  
bien...Dí ahora: "Buenas tardes, caballeros", "Buenas tardes, señora"...  
¡A ver! Saluda...Suponte que te encuentras en el patio de la casa con un  
sirviente del Presidente de la Diputación. Yo soy el sirviente y te sa-  
ludo...(Mordel saluda a Acidal, con infinita humildad) "Buenas tardes,  
señorito..." Y tú, ¿cómo contestarías? ¡A ver!...Contesta...

ACIDAL, pavoneándose, la voz seca y gruesa, tieso, despreciativo, sin mi-  
rar al sirviente.- Buenas.

MORDEL.- ¡Magnífico!...¿Y si encuentras a un doctor?...Yo soy el doctor  
Talón y paso a cierta distancia de ti...¿Cómo harías? ¿Cómo saludarías?  
(Ejecutan la maniobra)

ACIDAL, quitándose el sombrero hasta abajo, inclinándose, sonriente, la  
voz dulzona y servil.- ¡Adiós, señor doctor!...

MORDEL.- ¡Inmenso! ¡Formidable! ¿Te duele todavía el cuello duro?

ACIDAL, heroicamente.- ¡Es el garrote! Pero prefiero el cuello duro al  
badilejo! ¡O a tener que ir en prisión! Hasta ahora. (Vase precipitada-  
mente por el foro)







*Treinta y tres*  
*A*

Cuadro Segundo

Diez años después.

Una tarde, en el gran bazar de Acidal y Mordel Colacho, en las minas de oro de la "Cotarca Corporation", en Cotarca, provincia de Taque.

Un largo mostrador va desde las candilejas hasta el fondo de la escena. En las casillas de todos los muros y sobre una parte del mostrador, mercancías: víveres y tejidos. Al fondo, una ventana, por las que se columbra montañas cubiertas de nieve. A la derecha, dos puertas abiertas a la calle; a la izquierda, detrás del mostrador, puerta dando a la trastienda.

Mordel aparece de perfil al público, primer término izquierda, detrás del mostrador; está sentado en un despacho pequeño pero confortable y hasta elegante. Ojea unos libros de contabilidad. Su traje y sus modales son los de un jorcalero transformado completamente en comerciante.

Más allá, también detrás del mostrador, lava un lote de botellas, Novo, de unos diez años. A la derecha, centro, Orocio, el dependiente -unos treinta años- sacude y arregla tejidos y paquetes en las casillas.

Mordel echa frecuentemente sobre Orocio y Novo vistazos de severa vigilancia.

Hay una pausa.

Entra Acidal. Su vestir y sus maneras son también los de un peón enriquecido.

ACIDAL.-- Mordel, me marchó. ¿Nada te queda por decirme?

MORDEL.-- Pues...nada. Que te vaya bien.



ACIDAL, al oído de Mordel.- En fin, hermano, volviendo a lo que hemos hablado, no dejes de frecuentar a los patrones y a cuantos personajes pasen por Cotarca. Acuérdate que si hemos llegado a ser lo que somos, ello lo debemos a la buena sociedad.

MORDEL.- No olvides, tú tampoco, de hacer lo propio en Taque.

ACIDAL.- Pues es claro. Es mi constante preocupación.

MORDEL.- Vístete bien. ¡Y mucha economía!

ACIDAL.- De otra parte, convéncete: la política no es indispensable.

MORDEL.- Eso habrá que meditarlo.

ACIDAL.- Escríbeme. Tenme al corriente principalmente de lo que te dice Tenedy. (Le abraza)

MORDEL.- Eso es. Adiós, hermano.

ACIDAL.- Adiós. Despideme de los amigos.

MORDEL.- Anda con Dios. Que tengas buen viaje.

ACIDAL, volviendo cerca de Mordel.- Por última vez, reflexiona en mi candidatura. Si entramos resueltamente en la política, sólo Dios sabe hasta dónde podemos ir, con la ayuda del Cielo.

MORDEL.- Ya veremos. Todo depende, además, de la "Cotarca".

ACIDAL.- Y no me cansaré de recomendarte: en tus ratos desocupados, estudia, lee, aprende, en fin, cultívate. ¡Hasta pronto! (Vase)

MORDEL.- Buen viaje. Anda con Dios. (Torna a sus libros. Pausa. De pronto, a Novo) Dame una de las botellas que has lavado. (Novo, por darse prisa, provoca un choque entre las botellas y rompe dos o tres. Mordel se lanza sobre él) ¡Cómo tienes las manos, animal!... (Novo da un traspié, aterrado) ¡No sabes más que romperlo todo!... ¡Te molería las costillas!... Recoja usted esos vidrios. (Novo recoge los vidrios y Mordel le abofetea. Novo se echa a llorar) Y límpieme usted el suelo.... (Novo limpia el suelo) ¿Ya está?... Sigue lavando las botellas. ¡Y cuidado con que quiebres una más!... (Pasando cerca de Novo, le mete brutalmente la mano en un bolsillo) ¿Qué tienes aquí? (Novo se queda paralizado) No te muevas... (Sacándole del bolsillo un caramelo) ¿Quién te ha dado este caramelo? ¿De dónde lo has cogido? (Novo no hace más que gemir) ¡Ladrón!... ¿Sabes cuánto nos cuesta a nosotros un caramelo? ¡Uno solo? (Le toma de una mecha de cabellos y le levanta en alto, haciéndole retorcerse de dolor) ¡Granujía!...

OROCIO.- ¡Basta, patrón! ¡Hágalo usted, al menos, porque no tiene madre!

MORDEL.- No tiene madre, pero tiene dos padres, en lugar de uno, puesto



*trae huevos*

que lo que come, sale de los bolsillos de mi hermano y de los míos. (A Norro) ¡Lava, golfo, las botellas, si no quieres que te ponga a trabajar en los socavones, para hacerte volar los huesos a punta de dinamita!... (Novo resnuda su trabajo)

Escena II

Dichos y la mujer

La mujer, entrando por el foro.- Patron, buenas tardes.

MORDEL.- ¡Ah, vieja Rimalda! ¿Cuántos huevos me traes?

LA MUJER, poniendo un lote de huevos sobre el mostrador.- Dos semanas de la gallina negra y una de las dos pollas. Cuéntalos, patron. (Mordel cuenta los huevos) Y dime también cuanto te he traído en todo y por todo, porque quiero llevar unas cositas de tu tienda.

MORDEL.- Catorce. A tres por medio, son...dos reales y medio.

LA MUJER.- Dos reales y medio...

MORDEL.- Hoy me traes catorce. El precio lo veremos después. Veamos cuantos me has traído por todo. (Hojea unos papeles) Voy a decírtelo... (Escribe unos números en un papel aparte) Aquí está... El 3 me tragiste 8; el 12, 16, y hoy, 14... Vamos a ver... (Se dispone a hacer la suma) Mira, Rimalda, bien, para que no vayas a pensar que te robo...

LA MUJER.- ¡Ave María Purísima, patron!

MORDEL, puestas en el papel las tres cantidades, una debajo de otra, en columna vertical, hace la suma, ante los ojos de la mujer, recitando en alta voz la operación.- Cuatro y seis, diez; diez, y ocho, dieciocho. Dejo 8 y llevo uno... (Se queda pensando) Pero... (Mirando afectuosamente a la mujer) ¡Qué te voy a llevar nada a ti, vieja!... Para que sigas trayéndome los huevos, no te llevo nada. ¡Vaya!... Mira lo bueno que soy contigo! No te llevo nada...

LA MUJER, sin comprender.- Dios te lo pague, patrón, que no me lleves nada.

MORDEL.- ¡Aunque no me lo pague, Rimalda! Yo soy incapaz de llevarme nada a una pobre vieja como tú. (Vuelve a la operación) Decíamos: cuatro y seis, diez; diez, y ocho, dieciocho. Dejo ocho y no llevo nada. Uno xx y uno son dos. Veinte y ocho huevos, en total. Te debo 28 huevos. (orocio mira a su patron, desconcertado)

LA MUJER.- Así será, patron.

MORDEL, secando de un cajón unas monedas.- 28 huevos a 4 por 5 centavos... son 35 centavos, Aquí tienes, Rimalda, tus 35 centavos.

LA MUJER.- Mil gracias, patron. Dios te lo pagará.

MORDEL.- No me agradezcas, vieja. Yo no hago sino cumplir con mi deber.



(Presentándole el papel con las cifras de la operación realizada, bien cerca de los ojos) Mira: ¿estas o no conforme? Aquí no se engaña a nadie. (Orocio vuelve a mirar a su patrón)

LA MUJER.- ¡Ave María Purísima, patrón!

MORDEL, palmeándola en el hombro.- ¡Buena Rimalda! Tú no conoces números, bien lo sé. ¿Qué deseas llevar del bazar? ¿Tu género? ¿Tu sal?

LA MUJER.- Una varita de género, patrón. No sé si podrás dármelo por los cuartitos de los huevos.

MORDEL.- Se te dará tu vara de género. Orocio, dale una vara de género de 35 centavos, a la Rimalda.

OROCIO.- Muy bien, patrón.

MORDEL.- Recoge, Novo, estos huevos. (Novo corre a recoger los huevos) Y no dejes de seguir trayéndome los huevos, Rimalda. ¡Todas las semanas!

LA MUJER.- Sí, patron. Cuenta con tus huevos. (Habiendo sido despachada, ~~xx~~ ~~xxx~~ pone el dinero que le diera Mordel sobre el mostrador, como pago del género y vase) Adiós, patron. Hasta la semana que viene.

MORDEL, volviendo a sus libros de contabilidad.- ¡Anda con Dios, mujer! (Pausa. Después, a Orocio) ¿Contaste cuántos paquetes de cerillas han venido en los cinco cajones recién llegados?

### Escena III

#### Dichos, menos la mujer

OROCIO, yendo a consultar un papel.- Todavía no, patrón. Aquí están para sumarlos.

MORDEL.- ¿Cuántos paquetes han venido en cada cajón? Dímelos uno por uno, antes de sumarlos.

OROCIO, consultando sus apuntes.- En el uno han venido 25, en el otro 15, en el otro 17, en el otro 26 y en el otro 24.

MORDEL se acerca a ver que haga bien la suma el dependiente.- Bueno. Ahora, suma todo. Cuenta fuerte, que yo te oiga.

OROCIO, sumando su columna de cinco sumandos.- 5 y 5, 10; y 7, 17; y 6, 23; 4, 27. Pongo 7 y llevo 2...

MORDEL, parándolo.- ¡Alto ahí!...Tú no te llevas nada, amigo mío...(Un vistazo sobre Novo) ¿Qué maneras son esas de llevarte mercancías que no te pertenecen? Tú no eres aquí sino mi dependiente y no tienes derecho a llevarte nada del bazar...(Otro vistazo sobre Novo)

OROCIO, sin comprender.- Patrón, es sólo para sacar la suma, que yo me llevo 2; no por otra cosa.



MORDEL, cogiendo el lápiz para hacer, ál mismo, la operación. ¡Ya, ya! Conozco muy bien a mi gente.

CROJIO.- Yo no me he llevado del bazar...

MORDEL.- ¡Silencio!...(Otro vistazo sobre Novo) Vamos a vér...(Haciendo la operación en alta voz) 5 y 5, 10; y 7, 17; y 6, 23; y 4, 27. Pongo 7 y llevo 2...

CROJIO, interrumpiendo.- Patrón, usted también, para hacer la suma, lleva usted 2...

MORDEL.- ¡Yo, sí! ¡No sólo puedo llevarme 2, sino todos los paquetes, puesto que yo soy el dueño del bazar! ¡Qué maneritas son ésas!...

Escena IV

Dichos, Tenedy

TENEDY, un norteamericano acriollado, herante de la "Cotarca Corporation", entra por la derecha, fumando una gran pipa, y, con voz seca y autoritaria.- Buenas, don Mordel.

MORDEL, en un sobresalto.- Mr. Tenedy, muy buenas tardes...

TENEDY, volviéndose de pronto hacia la calle, desde una de las puertas de la derecha y dirigiéndose a alguien que el público no ve.- ¿Quién va por allí cantando?... ¡Pst! ¡Pst!... ¡Usted!...(Se oye, un tanto distante, un canto indígena, doloroso, entonado por un hombre. Mordel permanece en silencio y a la retaguardia, atento a lo que hace y dice Tenedy, quien se vuelve del otro lado de la calle, dando una orden) ¡Gendarme!...

LA VOZ DE UN GENDARME.- ¡Su Señoría! (Aparece el gendarme por la derecha y saluda militarmente a Tenedy)

Escena V

Dichos y el gendarme

TENEDY, al gendarme.- ¿Oye usted ese canto que se aleja por el campanentó?

EL GENDARME.- Su Señoría, es un peón de Taque.

TENEDY.- Ya lo sé. Hace tiempo que ese peón se las pasa cantando aires de Taque. Es señal que extraña su familia y tiene pena de su tierra. Uno de estos días puede fugar. Vigílelo, gendarme...(Vuelve al centro del bazar)

GENDARME.- Muy bien, Su Señoría. Perfectamente, Su Señoría. (Saluda militarmente y vase)

TENEDY.- Don Mordel, la Empresa necesita en el día 50 peonas más. Los indios continúan huyendo de las minas. Ya no quedan en los socavones sino obreros de Taque. Hágame usted el favor de reemplazar, por lo menos, a los indios que han huído o muerto el mes pasado.



MORDEL.- Mr. Tenedy, Acidal acaba de salir para Taque. Si habríamos sabido... Voy a telegrafiarle inmediatamente. ¡Inmediatamente! Aunque, como usted lo sabe, Mr. Tenedy, la gente ya no quiere venir. Dicen que es muy..

TENEDY.- Y el Gobernador, ¿qué hace? ¿Para qué sirven sus gendarmes? Don Mordel, estoy cansado de estas chácharas. La Empresa necesita 50 peones y ustedes me los ponen aquí, sea como fuera.

MORDEL.- Mr. Tenedy, se hará todo cuanto se pueda...

TENEDY.- No me diga usted eso, don Mordel. Dígame usted categóricamente que vendrán esos peones. Es urgente. Para el... Para fines del mes. ¡Inapalazable!

MORDEL.- Mr. Tenedy, vendrán esos peones, cueste lo que cueste. Para fines del mes.

TENEDY.- Los 50. Ni uno menos.

MORDEL.- Los 50, Mr. Tenedy. Ni uno menos. En este momento envío un telegrama a Acidal.

TENEDY, para irse.- Bien. ¿Ninguna novedad por aquí?

MORDEL.- Mr. Tenedy, ninguna.

TENEDY.- Bien. (Vase. Mas, de pronto, se detiene en la puerta. Un peón, joven, enteco, de aire enfermizo, se cruza con Tenedy a la entrada)

#### Escena VI

#### Dichos y el peón

EL PEON, cayendo de rodillas ante Tenedy, aterrado.- ¡Patrón!...

TENEDY.- ¡Bribón! ¿De dónde vienes? ¿Cuándo has vuelto?... Levántate y contesta.

EL PEON, levantándose, sin alzar la cabeza, los brazos cruzados, con voz suplicante, apenas perceptible.- ¡Perdóname! ¡Enfermo! ¡Las espaldas! ¡No he huído!...

TENEDY, en un grito estridente, fulminante.- ¡Habla fuerte!...(El peón se desploma como herido por un rayo, se contrae convulsivamente y luego queda rígido)

MORDEL se acerca al peón y le mueve con la punta del pie.- ¡Huato! ¡Levante! ¿Qué tienes?...

TENEDY.- ¡Raza inferior, podrida! Se les mata con un grito.

MORDEL, golpeando siempre con la punta del pie la cabeza del peón inmóvil.- ¡Levanta, Huato!...(Y como Huato no da señas de vida, Mordel se agacha a examinarle y auscultarle. Luego, levantándose, a Tenedy) Creo que no respira, Mr. Tenedy.



TENEDY.- Es uno de los ocho que fugaron hace más de un mes.

Escena VII

Dichos, el Comisario y los gendarmes, menos Tenedy

EL COMISARIO, por la derecha.- Mr. Tenedy, buenas tardes...

TENEDY, al Comisario.- Bolazos, que se lleven a ese hombre a ver qué tiene. (Vase)

EL COMISARIO.- Perfectamente, Mr. Tenedy. (Dos gendarmes entran) Llévenselo al depósito...No. Un momento...

MORDEL.- Yo no sé lo que le ha ocurrido...

EL COMISARIO examina, a su vez, al peón.- ¿Cómo ha sido? Está rígido, parece...

MORDEL.- Se ha caído de pronto, cuando le habló el patrón. Creo que no respira...

EL COMISARIO.- Pero...¡está muerto, don Mordel!...¡El pobre indio!...(Los gendarmes examinan también a Huato)

MORDEL.- ¡Qué quiere usted! ¡Uno más! ¡Y uno menos en la mina! ¡Es una historia!...

GENDARME.- No respira, patrón. No tiene aliento.

EL COMISARIO.- Llévenselo al depósito. Si hasta mañana por la mañana, no vuelve a la vida, que lo entierran detrás del muladar. (Los gendarmes se llevan el cuerpo del peón)

MORDEL.- ¡De puro miedo, el indio! ¡Nada más!

EL COMISARIO.- Hay gente así: los médicos los llaman cardiacos o algo parecido. (Una pareja de jóvenes indígenas aparece por la derecha)

Escena VIII

Dichos y la pareja de indígenas, menos Huato y los gendarmes

EL HOMBRE Y LA MUJER, quitándose el sombrero, con gran humildad.- ¡Patrón, Ave María Purísima!...

MORDEL.- ¡Hola, muchachos! Al fin os habéis decidido. Pasad.

EL COMISARIO, pasando a servirse el mismo, detrás del mostrador, una copa de whisky y hablando de Huato.- En fin...¡Buen barretero, el indio!... Pero, ¡borracho como él solo!...

EL HOMBRE, deteniéndose con su mujer a aspirar unos pañuelos de colores colgados en la puerta.- ¡Qué bonitos, patrón! ¡Verdes, grenates, blancos!



MORDEL.- Orocio, saca las garrafas de colores. (Orocio vuela a cumplir la orden. Mordel, a la pareja) ¿Os gusta los grenates? ¡Entrad! ¿Qué hay del terreno?

EL HOMBRE, avanzando, seguido de su mujer.- Patrón...pues...tú dirás...

MORDEL, mostrándoles a la luz y en alto las garrafas de colores.- ¡Mirad

lo que es preciosura! ¡Mirad lo que es bonito!...¿Veis las gallinas con sombrero que hay aquí pintadas?... (EL Comisario lanza una carcajada, que él reprime al instante. El propio Orocio se esfuerza en contener su hilaridad. Mordel le dice, aparte, amenazador) ¡Bestia, cómo te rías!...

LOS DOS INDIGENAS, considerando maravillados las garrafas.- ¡Patrón, es tan precioso!...

MORDEL.- ¿Verdad que son preciosas? En esta otra, más grande, hay unos árboles de oro, con gendarmes en las hojas. ¡Mirad la maravilla! ¡Aproxímaos! ¡Más!... (El Comisario sigue riendo a escondidas. Como los indígenas no se atreven a tocar las garrafas, Mordel les dice) ¡Cogedlas, sin miedo, muchachos! (Pone una garrafa en manos del hombre) ¡Tómala! ¡De aquí! ¡Fuerte!...

EL HOMBRE, con la garrafa en la mano, intimidado.- Patrón...Patrón...

EL COMISARIO Y MORDEL, al hombre.- ¡No tengas miedo, hombre!...Puedes hasta moverte con ella... (El indígena, sin embargo, no se atreve a hacer el más leve movimiento)

EL HOMBRE, de pronto, aterrado.- ¡Patrón, agárrala! ¡La suelto!

MORDEL, cogiéndole de un brazo y haciéndole dar unos pasos, como a ciego.- ¡Ven! ¡Ven!...¡Camina!...Así...Así...Procura no tropezar...¿Ya ves?... ¿Ya ves que no sucede nada?... (Mientras el hombre camina así, con la garrafa a dos manos, su mujer le sigue con los ojos, presa de una gran ansiedad)

EL COMISARIO.- Puedes también voltear. Y volver a caminar... (A Mordel) ¡Es usted un portentoso, don Mordel!... (El indígena está, hacia un extremo del bazar, completamente inmóvil, con la garrafa levantada a la altura del pecho. Su mujer ha ido inmediatamente a colocarse a su lado, aprestándose a auxiliarle en cualquier grave accidente)

MORDEL.- ¿Eh?...¿Qué decís ahora? ¿Os gusta ésa que teneis ahí? ¿O quereis otra?

EL HOMBRE.- ¡Valdrán mucho, patrón!

MORDEL.- Pero, decid. ¿Os gusta ésa que teneis ahí? Con franqueza.

EL HOMBRE.- Ésta, patrón. Pero...

MORDEL.- ¡Tomadla por el terreno de trigo de Gorán! ¡Qué más da! ¡Llevala!... (Resignado) ¡Qué vamos a hacer!... (Los indígenas no parecen acabar de comprender, a tal punto estiman halagadora la propuesta) Yo soy así:



MORDEL.- ¡Ah, sí, los obispos, desde luego. Pero, todo lo que tengo, lo doy a mis clientes... (Mordel va a envolver la garrafa en un papel)

EL COMISARIO, fingiéndose escandalizado de la largueza de Mordel, interviene.- ¡Don Mordel! ¿Va usted a darles una garrafa azul por un simple terreno de trigo?

MORDEL.- Sí, señor. Ya vé usted: ¡no puedo con mi carácter!

EL COMISARIO impide a Mordel que siga envolviendo la garrafa.- ¡No! ¡No, señor! ¡Qué locura! (Levantando la garrafa a la vista de todos) ¡Una garrafa tan preciosa! ¡Parece una custodia! ¡Por un miserable terreno de trigo!...

MORDEL.- Acabaré, Comisario, por quedarme en la miseria. ¡No importa! (A los indígenas, que permanecen boquiabiertos) ¿Qué decís? ¿Aceptado?

EL HOMBRE, indeciso.- Patrón...Pues...¡qué diré!...

EL COMISARIO.- ¡Don Mordel, yo me resiento!

MORDEL.- ¿De qué, Comisario? ¿De qué se resiente usted?

EL COMISARIO.- Usted sabe que vivo, desde hace tiempo, suspirando por una garrafa azul, y, ahora, en vez de vendérmela a mí, usted prefiere regalarla a estos indios, por un simple terreno de trigo. ¡Eso no se hace a un amigo, don Mordel!

MORDEL.- ¡Oh, querido Comisario! En la trastienda, tengo otra. Esa la venderé a usted y nada más que a usted. Se la prometo. (Apretón de manos) ¡Mi palabra!

EL COMISARIO, a los indígenas.- Pues, entonces, ¡ahí la teneis, muchachos! ¡Llevala! ¡Llevala!

MORDEL.- Orocio, empaqueta esta garrafa. (Al Comisario) Ya sé que en el negocio, soy yo quien pierdo. Pero, comisario, así es la vida....

EL HOMBRE corre a besar la mano de Mordel.- ¡Patroncito, Dios te lo pagará! (La mujer besa también la mano de Mordel. El Comisario ahoga una risa y bebe su whisky)

MORDEL.- Anoche soñé huevos: para robo. ¡Me es igual!

EL COMISARIO, a la oreja, a Mordel.- ¡Pellízqueme usted, compañero!...

MORDEL, en alta voz.- Comisario, estamos de acuerdo: un pobre terreno de trigo no vale una garrafa azul. ¡Pero, a lo hecho, pecho! No me pesa.

EL COMISARIO.- Don Mordel, allá usted... *como el cielo!*

MORDEL.- Date prisa, Orocio... ¡Una garrafa espléndida, que sólo los patrones tienen en sus casas! ¿Verdad, Comisario?

EL COMISARIO.- Los patrones...y también los obispos. Los obispos también tienen garrafas azules. ¿Verdad, don Mordel? *como el cielo!*



MORDEL.- ¡Ah, sí! Los obispos, desde luego. Pero, los obispos, usted comprende: los obispos son los obispos.

EL COMISARIO.- Por supuesto. Completamente de acuerdo.

MORDEL.- Toma, muchacho, tu garrafa. Agárrala bien fuerte. ¡Con cuidado! No la vayas a soltar. (El hombre levanta la garrafa a la altura de sus ojos y así la lleva, como un sacerdote la hostia consagrada)

EL COMISARIO.- Mira bien donde pones las patas, para no tropezar.

MORDEL, conduciendo por un brazo al indígena hasta la puerta, mus despacio.- Ven...Paso a paso...Por aquí...Poco a poco...Así...Así... (La mujer sigue al paso a su marido.) ¿Cuándo me entregas el terreno?

*(Mordel mirando al hombre muy querencamente)*

EL HOMBRE.- Cuando te parezca, patrón.

MORDEL.- ¿De cuántos meses está el trigo?

EL HOMBRE.- Sembrado en Todos los Santos. Estamos cerca de carnavales...

MORDEL.- Bueno. Iré a verlo dentro de una semana. De todos modos, el terreno es ya mío. ¿Estamos conformes?

EL HOMBRE.- Patrón, es tu terreno.

MORDEL.- Bueno. (Suelta el brazo del indígena y le empuja suavemente por detrás, hacia la calle) ¡Anda con Dios, buen hombre!...Saludos a la Challa. (La pareja vase, el hombre por delante y paso a paso, con la garrafa en alto; la mujer, atrás, sosteniéndole por la espalda)

EL COMISARIO, mirando de pronto a lo lejos, en la calle.- ¡Mr. Tenedy! ¡Me está buscando Mr. Tenedy! (Termina de un sorbo su whisky y vase precipitadamente por la derecha)

Escena IX

Dichos, menos el Comisario y la pareja de indígenas

MORDEL, volviéndose al dependiente, que sigue arreglando mercancías.- ¡Orocio!

OROCIO.- Patrón: voy a escribir, en alta voz.- ¡Novo! Vea aquí.

MORDEL.- Venga usted acá. (Acude Novo)

OROCIO, acudiendo.- Patrón: el telégrafo. ¡Corriendo! Y no pises dema-

MORDEL, instalado en su despacho.- ¿Dónde está Novo?

OROCIO.- Está adentro, en la trastienda.

MORDEL, severo y en voz baja.- ¿Por qué/das el mal ejemplo a Novo?

OROCIO.- Patrón, yo no le doy ningún mal ejemplo.

MORDEL.- ¿Qué has hecho, hace un momento, en la suma de las cerillas?



*Cuentas*  
[Stamp]

OROCIO.- Patrón, yo no he hecho nada.

MORDEL.- ¿Sabes lo que es, a los ojos de un monigote de su edad, que un dependiente como tú, se lleve dos o más paquetes de mercancías, en la cara y en las barbas del dueño de la tienda? ¿Sabes lo que eso es, como mal ejemplo, para que Novo quiera también, un día, llevarse lo que se le antoje del bazar, so pretexto de que va a hacer con las mercancías tal o cual cosa? ¡Contesta!

OROCIO.- Patrón, es muy distinto...

MORDEL.- A los mocosos no hay que enseñarles, ni siquiera de broma ni por ningún otro motivo, a llevarse nada de lo que no les pertenece.

OROCIO.- Patrón, sólo era para la suma. Porque así se dice siempre, cuando se suma.

MORDEL.- ¡No, señor! Te tigo que por ningún motivo. ¿Me has oído?

OROCIO.- Muy bien, patrón. No volveré a hacerlo.

MORDEL.- ¡Jamás! ¡Que no se repita! Cuando Novo esté aquí y tengas que hacer una suma, ~~XXXXXXXXXXXXXXXXXX~~ no hay que cantar en alta voz la operación. Hay que hacerla en tu cabeza o hay que esconderte para hacerla. Novo no sabe sumar ni entiende nada de las palabras que se dice al sumar. Lo único que él oye es que tú te llevas los paquetes.

OROCIO.- Patrón ¿y cuándo usted me ordena que haga la suma en alta voz?

MORDEL.- Cuando yo te lo ordeno... Cuando yo te lo ordeno... Pues, entonces... Entonces, en lugar de decir: "Llevo 2 ó 3 ó 4" o el número que sea, debes decir: "Patrón, lleva usted 2 ó 3 ó 4", ó lo que sea.

OROCIO.- Muy bien, patrón.

MORDEL.- Salvo, si los paquetes o mercancías que tú sumas no son míos y son de un cliente o de cualquiera otra persona. En ese caso, puedes llevártelo todo. ¡A mí me importa un bledo! ¿Comprendido?

OROCIO.- Muy bien, patrón.

MORDEL, disponiéndose a escribir, en alta voz.- ¡Novo! Ven aquí.

LA VOZ DE NOVO.- Voy, tío. (Acude Novo)

MORDEL.- Lleva este despacho al telégrafo. ¡Corriendo! Y no pises demasiado fuerte, para no acabar la zuela de tus zapatos.

NOVO.- Sí, tío. (Vase al escape, con el despacho)

MORDEL, hojeando un libro de cuentas, a Orocio.- Consulta en tu libreta cuántos indios murieron en la mina el mes pasado y cuántos huyeron.

OROCIO, consultando ~~xxxxxxx~~ una libreta.- En seguida, patrón.



MORDEL.- Mr. Tenedy pide 50. Presumo que la cifra no <sup>es</sup> exacta.

CROCIO, leyendo en su libreta.- Huídos, 27; muertos 19. TOTAL, 46.

MORDEL, negativo.- Más o menos, es el número: 50... ¡Hum!... ¿Y el mes anterior?

CROCIO, leyendo.- Huídos, 13; muertos, 28. Total, 41.

MORDEL.- ¡Hum!... Huyen cada vez más y mueren menos. Es curioso....

Escena X

Dichos, Tenedy

TENEDY, volviendo, de buen humor.- Don Mordel, deme usted un whisky.

MORDEL.- En el acto, Mr. Tenedy.

TENEDY.- Acaban los gendarmes de coger a doce indios.

MORDEL.- ¿De los prófugos, Mr. Tenedy?

TENEDY.- Sí, de los prófugos del mes pasado. Acompáñeme usted, don Mordel: otra copa.

MORDEL.- Con mucho gusto, Mr. Tenedy.

TENEDY.- Los indios han declarado que gran número de prófugos andan por aquí cerca, en Parahuac. ¡Salud!

MORDEL.- Salud, Mr. Tenedy.

TENEDY.- Esta misma noche, van los gendarmes a buscarlos.

MORDEL.- Yo se los había dicho al Comisario: los indios han bajado a Parahuac.

TENEDY.- De todas maneras, necesitamos todavía más peones. Los más que se pueda.

MORDEL.- Acabo de enviar el telegrama a Acidal.

TENEDY.- ¿Cómo se conduce con ustedes en Teque el Gobernador? Le ruego responderme con franqueza. Les presta las facilidades necesarias para el enganche de peones?

MORDEL.- El Gobernador, Mr. Tenedy, es nuestro. Acidal esté completamente satisfecho de su apoyo.

TENEDY.- Usted sabe muy bien que la "Coterca Corporation" hizo nombrar a Calco, con el único fin de tener la gendarmería a nuestras órdenes en lo tocante a la peonada...



MORDEL.- Lo sé perfectamente, Mr. Tenedy..

TENEDY.- Ahora, si Calpo no se porta bien con ustedes, dígamelo en el acto, don Mordel. Yo comunicaré inmediatamente a nuestra oficina central y será reemplazado en el día.

MORDEL.- Mr. Tenedy, vuelvo a decirle: Acidal me asegura que Calpo le presta toda clase de facilidades.

TENEDY.- ¿Cree usted entonces que su hermano puede ponernos aquí, antes del 30, los 50 peones que necesitamos?

MORDEL.- Estoy seguro, Mr. Tenedy.

TENEDY bebe su whisky.- Bien...¿Qué sabe usted de política? ¿Qué le cuenta don Acidal?

MORDEL.- De política, Mr. Tenedy, nada de nuevo.

TENEDY, confidencial.- Mire usted, don Mordel: se me ocurre que la candidatura de su hermano va a tropezar con muchas dificultades.

MORDEL.- Mr. Tenedy, es lo que yo no me canso en <sup>decírselo</sup> escribirle.

TENEDY.- El solo hecho de vivir a diario con la gente y los políticos de Taque, le crea una multitud de envidias y recelos.

MORDEL.- Mr. Tenedy, yo aborrezco la política. Acidal se encapricha en ser diputado: ¡allá él!

TENEDY.- Además...¡Diputado!...Don Acidal cree que nuestra empresa ganaría mucho con que él sea diputado...Yo no...

MORDEL.- Acidal, Mr. Tenedy, es una criatura en estas cosas.

TENEDY.- La "Cotarca Corporation" no necesita de diputados. Nos basta con tener de nuestra parte al Presidente de la República.

MORDEL.- Por supuesto, Mr. Tenedy.

TENEDY, pensativo.- Los intereses de nuestro sindicato en su país son demasiado fuertes, don Mordel.

MORDEL.- Lo sé perfectamente, Mr. Tenedy.

TENEDY.- Para protegerlos, un diputado es poco. Pero, en fin, de todos modos, nuestra empresa recomendará al Gobierno la candidatura de su hermano, puesto que él lo quiere así. (Termina su whisky)

MORDEL.- Mil gracias, Mr. Tenedy. Todo se lo debemos a usted.

TENEDY, misterioso.- Don Mordel, se me ocurre que un día la "Cotarca Corporation" le obligará a usted a entrar en la política. Habrá tiempo de hablar de eso...



MORDEL, conriendo, sin comprender.- Mr. Tenedy, yo... la política...

TENEDY.- No se espere usted. Aquello está muy lejos todavía. ~~XXXXXXXX~~

MORDEL.- Mr. Tenedy, sería el peor castigo que usted puede imponerme. La política me asusta, me...

TENEDY.- Ya veremos, ya veremos. Los negocios, don Mordel, son los negocios. Y usted, antes que todo, es hombre de negocios.

MORDEL.- Prefiero mi bazar, Mr. Tenedy; vender mi sal, mi dril, a los indios...

TENEDY, las manos, para irse.- Mr. Edison ha dicho, don Mordel, que el peor defecto del individuo está en no cambiar de oficio. Hay que ensayar lo todo. En la criatura más oscura puede esconderse un gran hombre.

MORDEL.- Hasta ahora, Mr. Tenedy. (Como durante la visita del peón, vuel-

TENEDY, va en la puerta.- ¡Mr. Edison es un hombre muy interesante! (Vase)

MORDEL, riendo para sí.- ¡Hum!... ¡Hum!... ¡Ay María Purísima, patrón!

CROCIO, ante un lote de botellas en el mostrador, del otro extremo del bazar.- Patrón, ¿cuántas botellas de agua pongo a cada botella de ron? ¿Siempre dos a cada una?

MORDEL.- ¡Chut! ¡Animal! No te oigan! ¡Ponle tres a cada una!

CROCIO.- Muy bien, patrón. Perdóneme. (Entra un peón en harapos, avanzando penosamente, como sonámbulo o embrutecido)

Escena XI

MORDEL, CROCIO, EL PEON

MORDEL, al peón.- Y tú, ¿qué quieres?

EL PEON, tímido, casi en secreto.- Patrón, yo quiero regalarte cuatro pesos. (Le tiende unos billetes)

MORDEL.- Regalarme cuatro... ¿qué es lo que dices?

EL PEON.- Te traigo cuatro pesos para ti, patrón. (Mordel toma ávidamente los billetes, pero en seguida se sacude de ellos, como de algo que le quemase las manos; retrocede y observa al peón)

MORDEL.- ¿Por qué quieres regalarme cuatro pesos?

EL PEON.- Son para ti, patrón. Te los regalo.

MORDEL.- Pero... ¿por qué? ¿Por qué me los quieres dar?







Caranticocho

Don Sebastián, le acordó usted!

EL GOBIERNADOR.- De el cura que va tercio arado, el curato que dicen por marisabalas del médico, en sus correrías mulliles. ¡Un valiente, de los peores! Gaté visto que mató. Pues Cotongo, de pronto, esta mañana, ha venido y al despacho e interesarme por este individuo, y yo, naturalmente, ni corto ni perezoso, le prometo: lo pongo en libertad, ahora mismo, al instante, pero usted, doctor Cotongo, me promete, en cambio, los votos de los Tarco, en la asamblea de mayores contribuyentes...

ACIDAL.- ¡Don Sebastián, le acordó usted!

ACTO SEGUNDO

EL GOBIERNADOR se achaca a reír, se retorció, se rascó la nariz. ¡Que esto, que lo otro, que lo de más allá!... (Ríe y tose)

Cuadro Tercero

ACIDAL.- ¡Ha todo un estrozo! ¡Pocos votos más, de un solo golpe!

EL GOBIERNADOR.- ¡En casa de los Colacho, en Taque, después de la cena. Un comedor elegante. Puertas al fondo, a derecha y a izquierda.

ACIDAL Colacho, vestido con elegancia provinciana rebuscada, lee un periódico, de sobremesa. Al igual que Mordel, sus aires son ahora los de un nuevo rico.

EL GOBIERNADOR.- Hay una pausa. Aparece, de repente, don Acidal. Es un hombre que va de la mano del doctor Cotongo. El médico que nombra médico oficial de Taque por Galrán, es hoy su convidado. Es un Galtrista colacho...

Esgena Primera

ACIDAL.- Ya lo sé. Ya lo sé.

Acidal y el Gobernador

RINA, la sirvienta -una campesina de unos 18 años, de una hermosura extraordinaria- desde la puerta del foro.- Don Acidal, pregunta por usted el señor Gobernador.

ACIDAL, poniéndose de pie, con vivo interés.- ¿El Gobernador? Hazle pasar. Inmediatamente.

RINA.- Muy bien, don Acidal. (Vase. Acidal se corrige las líneas del vestido y de la corbata. Se pasea)

EL GOBIERNADOR, viejo de ojos badulaques, entrando por el foro.- Señor don Acidal Colacho y Llagatocha, nuestro futuro diputado a Cortes, buenas las tenga usted.

ACIDAL, deferente, pero desde arriba.- ¡Hola, don Sebastián! Adelante. ¿Cómo le va a usted? (Las manos)

EL GOBIERNADOR.- ¡Cinco más, don Acidal! ¡Los de Cotongo!

ACIDAL.- ¡Caracoles! ¡Qué me cuenta usted, don Sebastián!

EL GOBIERNADOR.- ¡Sí, señor! ¡Los cinco Tarco! Yo me siento. (Se sienta) Y como la asamblea que debe designar las comisiones receptoras de sufragios, se compondrá, a lo sumo, de unos 45 ó 50 mayores contribuyentes, creo que no andamos lejos de la mayoría de votantes.



ACIDAL.- Con los 5 de Cotongo, son 18...

EL GOBERNADOR.- Es el caso que yo tenía preso, acusado de asesinato, a un sujeto que dicen ser guardaespaldas del médico, en sus correrías mujeriles. ¡Un maleante, de los peores! Está visto que mató. Pues Cotongo, de pronto, esta mañana, ha venido a mi despacho a interesarse por este individuo, y yo, naturalmente, ni corto ni perezoso, le propuse: Yo pongo en libertad, ahora mismo, al asesino, pero usted, doctor Cotongo, me promete, en cambio, los votos de los Tarco, en la asamblea de mayores contribuyentes...

ACIDAL.- ¡Don Sebastián, lo agarró usted!

EL GOBERNADOR se echa a reír.- Culebreó, se retorció, se rascó la nariz. ¡Que esto, que lo otro, que lo de más allá!...(Ríe y tose)

ACIDAL.- ¡Es todo un estacazo! ¡Cinco votos más, de un solo golpe!

EL GOBERNADOR.- ¡Figúrese usted! ¡Los Tarco! ¡Los alparceros del propio Galtres! ¡Del candidato contrario!

ACIDAL.- Total: 18. Faltan todavía, lo menos, 7.

EL GOBERNADOR.- Una cosa me preocupa solamente, don Acidal. No soy hombre que se fía del doctor Cotongo. El médico fué nombrado médico oficial de Taque por Galtres, no hay que olvidarlo. Es un Galtrista solapado...

ACIDAL.- Ya lo sé. Ya lo sé.

EL GOBERNADOR.- El día de la asamblea, Cotongo puede enfermar a todos los Tarco...

ACIDAL.- ¡Qué ocurrencia! ¡No osará!

EL GOBERNADOR.- ¡Que no! ¡Enfermarlos a los cinco, le digo! Como es él quien otorga, en estos casos, los certificados de impedimento...

ACIDAL.- Los traeremos a la fuerza a la asamblea, don Sebastián.

EL GOBERNADOR.- ¿Aunque estén enfermos de muerte?

ACIDAL.- Vivos o muertos. Además, ¿cuántos días faltan para la asamblea?

EL GOBERNADOR.- Todavía falta un mes aproximadamente. ¿Por qué?

ACIDAL.- ¡Pues bien, voy a escribir en el acto a la "Cotarca Corporation".

EL GOBERNADOR interrumpiendo.- ¿Se acuerda usted, don Acidal, por qué los Tarco hacen, a ojos cerrados, cuanto les pide el médico?

ACIDAL.- Estoy enterado: porque les salvó la vida del padre...

EL GOBERNADOR.- Bien. Nosotros haremos... los hijos descubren vertientes desconocidas, o como diría un poeta, "reminiscencias de mujer", deberían ser controlados...



ACIDAL.-¿Cambiamos al médico oficial por uno de los nuestros?..

EL GOBERNADOR.- ¡Eso! Enfermamos al padre otra vez, <sup>vaciándole</sup> ~~xxxxxxx~~ en la cabeza un buen botijo de agua fría, verbigracia...

ACIDAL.-¿Para salvarle de nuevo la vida, por manos del otro médico?..(El Gobernador ríe a carcajadas) Después de todo, la maniobra no estaría mala. Pero hay que ganar tiempo...

EL GOBERNADOR.- ¡Ca! No, señor. Bromas aparte, nos queda, don Acidal, el robo, el abigeato a mano armada, las heridas y contusiones, el rapto, la violación y el estupro. En fin, hay mil pretextos para hacer detener a uno de los Tarco. ¿Usted me entiende?

ACIDAL.- Sí. Ya lo creo.

EL GOBERNADOR.-Esta misma noche, mando a los gendarmes por el menor de los hermanos. Usted, luego, se interesará por él ante mi despacho y asunto concluido.

ACIDAL.- Sería éste el medio más seguro, a mi entender.

EL GOBERNADOR.- Y, por desgracia, el único medio que la ley deja en mis manos, para servirle a usted, don Acidal.

ACIDAL.- ¡A los hechos! ¡Magnífico!

EL GOBERNADOR.- Hace treinta años, un Gobernador ¡había que ver! era el amo y señor de una provincia. Todo el mundo caía en la órbita de su autoridad. Ningún resorte de la vida social -desde la muela de una rata, hasta el minuterio de un reloj- quedaba fuera de la máquina de su gobierno: el resorte policial (No se diga), el resorte económico, el resorte jurídico. ¡Qué tiempos! Ahora...¿en qué ha venido a parar un Gobernador? ¿Qué soy yo? ¡Un gobernadorcillo de mira quién viene! ¡La mitad ¡qué digo! de la rodilla para abajo de un Gobernador!

ACIDAL.- En verdad, todo eso, don Sebastián, está para ser cambiado.

EL GOBERNADOR.- He llamado, esta tarde, por teléfono a Fornilla, que acaba de volver a su hacienda...

ACIDAL.- ¿Le habló usted? ¿Qué le respondió?

EL GOBERNADOR.- ¡Ahí tiene usted un hombre que yo debería tener, desde hace tiempo, entre rejas, con una cruz de hierro candente atravesada en la boca! Su incesto con sus dos hermanas, le habría valido, en mi época, que le quemaran los...Perdone usted, don Acidal: iba yo a soltar un disparate. (Se persigna)

ACIDAL.- Pero ¿da esperanzas? ¿Qué le dijo?

EL GOBERNADOR.- ¿Esperanzas? ¿Quién? ¿Esperanzas de qué? Don Acidal, esos padrillos que hasta el más inocente de los higos descubren vertientes escabrosas, o como diría un poeta, "reminiscencias de mujer", deberían ser castrados...



ACIDAL.- ¿Llegó usted a hablarle, al menos? ¿Se puso al aparato?

EL GOBERNADOR.- ¿Al aparato? ¿A qué aparato? ¿Quién?

ACIDAL.- ¿Se puso al aparato telefónico? ¿Acudió?

EL GOBERNADOR.- ¡Un hombre de quien dicen que sus ardores dan miedo hasta a su propia madre! ¡No puede oír la voz de una mujer, aunque no la vea, sin que una de las doce candelas del infierno no le pase por la columna vertebral!

ACIDAL.- ¡La pura y neta verdad, don Sebastián! Pero ¿y los contribuyentes de Fornilla para la asamblea?

EL GOBERNADOR.- Don Acidal, la "Cotarca Corporation" exige que usted sea elegido diputado a Cortes, y yo he sido nombrado para eso...

ACIDAL.- ¿Aceptó Fornilla? ¿Nos los da?

EL GOBERNADOR.- Pero Mr. Tenedy parece olvidar que un Gobernador carece de poder sobre los hacendados. (Acidal se pasea, exacerbado) Convengo: un Gobernador hace temblar a toda una comunidad indígena. Yo respondo de cuanto usted exija, don Acidal, del pueblo... quiero decir, del pueblo pueblo. Sin ir muy lejos ¿quién ha arrancado, con la fuerza pública, a la Comunidad de Tabaya, la hacienda Capapuy, para ponerla en posesión de Colacho Hermanos?

ACIDAL.- ¡Don Sebastián, Capapuy ha sido siempre de nuestra exclusiva propiedad!

EL GOBERNADOR.- No discuto derecho. Pero eso y mucho más está a mi alcance hacer en su favor, don Acidal. ¡Con todo gusto! ¡Por qué no! Pero Fornilla es Fornilla y se ha negado, esta tarde, ponerse al aparato, a mi llamada...

ACIDAL.- ¡El muy cerdo! Nos faltan siempre 7. (Tocan a la puerta del foro) Entre.

RINA.- Don Acidal, pregunta por usted don Isidoro.

ACIDAL, tras una reflexión.- Sí. Que pase. Hazle pasar.

EL GOBERNADOR.- ¡Segundo poder social, después del mío, el del pedagogo! Segundo, en principio; aspirante a primero, prácticamente.

EL PROFESOR, joven de anteojos, cariacontecido, vestido extravagante, por el foro.- Don Acidal, muy buenas noches. ¿No estoy demás? Buenas, señor Gobernador. (Acidal le da la mano con desdén)

EL GOBERNADOR, paternal.- Don Isidoro Tapa, antes que me olvide: ¿por qué tiene usted siempre esa cara... esa vocecilla... ese airacillo, esa silueta? Parece usted, en suma, que estuviera usted lloviendo. No sé si me explico bien.

ACIDAL.- Siéntese, don Isidoro.

EL PROFESOR.- Millón de gracias, don Acidal. (Al Gobernador) Pues... ¿de-



¿cía usted, don Sebastián? No sé. ¿Que parezco a un aguacero? No comprendo.

EL GOBERNADOR.- Parece usted, don Isidoro, que lloviera usted o que estuviera lloviendo en usted, dentro de usted, en fin, en su expresión. ¿Está lloviendo afuera, ahora mismo?

EL PROFESOR.- No, señor. No está lloviendo.

EL GOBERNADOR.- Pues ya ve usted: viéndole a usted, se tiene la impresión que llueve, se lo aseguro.

ACIDAL, al profesor.- ¿Cómo va ese trabajo, don Isidoro? ¿Qué se dice en la calle?

EL PROFESOR.- A propósito de lluvia...Es muy curioso: he observado -acaso ando en error- que cuando el tiempo es seco y hiela, la gente, en Tague, se pone tonta, digo, banal, inconsistente...

EL GOBERNADOR.- Y necia, que es peor. Particularmente los hacendados.

EL PROFESOR.- No hay modo de tocar fondo en los espíritus...

EL GOBERNADOR.- Ni en las conciencias, que es peor.

EL PROFESOR.- Se entra en una persona -entiéndase moralmente...

EL GOBERNADOR.-Esto, cuando se ~~xxxxx~~ logra entrar, que es casi imposible.

EL PROFESOR.- Se entra...se entra...y parece que...no se hubiese entrado.

ACIDAL.- ¿Y qué? No le comprendo.

EL PROFESOR.- Nada, don Acidal, que, en estas condiciones, resulta absolutamente imposible conocer lo que, en sus adentros, piensa, siente y se propone hacer una persona.

ACIDAL.- ¿Elo ocurre con hombres y mujeres?

EL PROFESOR.- Le dire a usted, don Acidal: con los hombres, no tanto; es a las mujeres que la sequereza excesiva desnoja de toda profundidad, al menos, de toda profundidad sensible a las sollicitaciones exteriores...

EL GOBERNADOR.- ¡Pamplinas! Diga usted que, electoralmente, usted no ha hecho nada esta semana y acabemos. (Se levanta para irse)

ACIDAL.- ¿Se marche usted va, don Sebastián?

EL GOBERNADOR.- Me marchó. Sí, señor. La filosofía es mortal para mi gota.

ACIDAL.- ¿A qué hora nos vemos mañana, don Sebastián? No olvide usted ese preso. ¡Esta noche, sin falta!

EL GOBERNADOR.- Don Acidal, yo nunca olvido a mis víctimas. Estaré en mi despacho a eso del mediodía. Adiós, don Pedagogo.



EL PROFESOR.- Don Sebastián, hasta ahora.

ACIDAL.- Conforme, don Sebastián. Hasta mañana. (El Gobernador vase. Acidal, trayendo una silla junto al profesor, confidencial y sencillo) Ahora nos quedamos en confianza. ¿Qué noticias? ¿Qué nuevas, don Isidoro? ¿Cómo va esa propaganda? ¿Esos decires de la calle?

EL PROFESOR.- Por cierto, no muy buenos, los decires, don Acidal...

ACIDAL.- ¿Qué impedimentos me ponen para ser diputado?

EL PROFESOR.- Se multiplican los impedimentos. Aseguran, primeramente, que es usted -perdóneme usted la mala palabra, si la ya- que es usted un comerciante. ¡Sí, señor! ¡Un comerciante! Como suena...

ACIDAL.- ¡Un comerciante! ¡Nada más natural! ¿Qué crimen hay en ello?

EL PROFESOR.- Segundo: que es usted un peón, un rico boca abajo, en fin, un lacayo de los norteamericanos...

ACIDAL.-perplejo, repite.- ¡Un rico boca abajo....

EL PROFESOR.- Tercero: que a usted le sudan las manos...

ACIDAL.- ¡Miserables!

EL PROFESOR.- Cuarto: que usted ignora quien es Júpiter. Quinto: que usted es un avaro. Sexto: que usted reza en latín...

ACIDAL.- ¡No!

EL PROFESOR.- ¡Sí!... Espere usted... Me parece que dijeron en inglés. Séptimo: que le han visto a usted comiendo en la calle, maíz con azúcar, como los caballos. Y, en fin, octavo: que es usted un fresco...

ACIDAL.- ¿Quiénes? ¿Quiénes dicen semejantes barbaridades?

EL PROFESOR.- Y noveno: que usted no es Colacho, sino Cola.

ACIDAL.- Pero ¿quiénes dicen todo eso?

EL PROFESOR.- Y décimo: que su madre de usted tenía barba. Y undécimo: que su querida de usted es una mujer que, en sueños, suelta lo que le sale de la boca.

ACIDAL.- ¡Obra de los Galtristas! Me la pagarán.

EL PROFESOR.- Y duodécimo: que Rina, su criada, sabe el Antiguo y el Nuevo Testamento.

ACIDAL. yendo y viniendo, enfurecido.- ¡Gentuza! ¡Canes!

EL PROFESOR.- Y décimo tercero... He olvidado...

ACIDAL.- ¿Cuántas mujeres tiene usted, don Isidoro?



EL PROFESOR.- ¿Mujeres? ¿Yo? Don Acidal, yo no he sabido nunca lo que es una mujer, una sola...

ACIDAL.- ¿Cuántas votantes, quiero decir? En total.

EL PROFESOR.- Votantes, casi todas las madres de mis alumnos y no pocas hermanas mayores y tías- viudas o solteronas- de castidad comprobado. Ahora, don Acidal, que todo esto está redundando en daño positivo de los intereses educacionales de la infancia, pues, a cambio de los votos de sus madres, lo menores exigen de mí una hora de recreo suplementaria al día...

ACIDAL.- ¿Usted las ha visitado a todas personalmente?

EL PROFESOR.- repite, zumbón.- ¡Personalmente! ¿Para qué? No había necesidad, don Acidal. Me basta la promesa solemne de sus hijos, mis alumnos...

ACIDAL.- ¡Cómo! ¿Se basa usted en promesas de mocosos?

EL PROFESOR.- El alumno que menos tiene diez años...

ACIDAL.- ¿Se burla usted de mí, don Isidoro?

EL PROFESOR.- Y mi plan es el siguiente... Verá usted: en la mañana del día de las elecciones, un llanto formidable de 138 niños, un llanto sostenido, ya rítmico, ya sincopado o en forma de fuga, un llanto estentóreo, percutivo, brutal, tentacular, un llanto electoral jamás oído, llenará los ámbitos de la ciudad. Las madres, con el corazón desgarrado por el llanto de sus hijos, les tomarán en sus brazos y les dirán: "¿Por qué lloras, mi niño? ¿Por qué?" A lo que ellos responderán, berrendo: "Co...Ca...Co...Colacho..." (Tocan violentamente a la puerta del foro)

ACIDAL.- Entre. ¿Qué ocurre?

EL COMANDANTE, hombre tieso y decidido, por el foro.- ¿Don Acidal Colacho está visible? Buenas noches.

ACIDAL.- Habla usted con él, caballero. Adelanté.

EL COMANDANTE, cuadrándose militarmente.- ¡Comandante Federico Mercedes Hermeregildo de las Cuadras y Sotelaga Dorado del Auxilio Molleturas, servidor! Jefe del batallón de los Húsares de la Gloria número 14, enviado a esta provincia para custodiar el orden público durante las elecciones, y acampado, desde hace una hora, en el local de la Escuela Municipal de Varones de esta ciudad, (El profesor, como movido por resorte, da dos pasos enérgicos al encuentro del Comandante), vengo a ponerme a las órdenes de usted. Traigo 150 hombres, con 150 caballos, más 40 de tiro, 20 soldados de infantería, por si las moscas, 300 fusiles, 180 pistolas, 30 de ellos sin gatillo, 2 Sargentos Mayores, 4 capitanes, 4 tenientes, 8 subtenientes, 3 ametralladoras, (El profesor da dos pasos atrás) y municiones para... ¿Cuántos habitantes tiene Teque?

ACIDAL.- Al rededor de 2.000 habitantes.



EL COMANDANTE.- Dos mil. Perfectamente. Y municiones para dos mil personas.

EL PROFESOR, tímidamente.- Comandante, si no yerro, no es permitido matar sino a los electores...

EL COMANDANTE.- Señor Colacho, usted disponga. (Vuelve a saludar)

EL PROFESOR.- A los que saben leer y escribir...

ACIDAL.- Comandante, hágame usted el favor de sentarse. Necesitamos parlamentar detenidamente...

EL COMANDANTE.- Antes, que se marche este señor. (Alude al profesor) Me molestan los hombres de anteojos.

ACIDAL, volviéndose al profesor.- Como usted guste, don Isidoro...

EL COMANDANTE.- Sí. Que se marche. La guerra con Antivia se perdió por culpa de los hombres de anteojos. Yo no lo olvido nunca, como militar y como patriota que soy. (Al profesor) ¿Ha oído usted, amigo?... (El profesor, atropellado por el Comandante, se escurre por la puerta del foro, protegiéndose la cabeza con ambos brazos) ¡Fuera de aquí! ¡A dormir! (El profesor vase y el Comandante le da un puertazo) El coronel Changomar solía decir: ¡Ni burro negro, ni hombre Pedro, ni anteojitos! Y tenía razón.

ACIDAL.- ¿Qué tal viaje, Comandante? Tome usted asiento.

EL COMANDANTE.- ¡Qué asiento ni niño muerto! No me venga usted, señor Colacho, con queso y agua turbia! Tengo prisa. Vamos al grano. (Acidal tiene la impresión de habérselas con un hombre terrible) Yo divido a los hombres en militares y no militares, o, lo que es lo mismo, en águilas y gallinas. (Va y viene. Sus pasos, acompesados, soberanos, hacen temblar la escena) Sólo los Comandantes triunfan en la vida; los demás son huevos duros. Señor Colacho, no hay elecciones en que hayan participado mis Húsares de la Gloria número 14, sin que el candidato al que yo servía, no haya salido victorioso...

ACIDAL.- Comandante, hasta este momento, la asamblea...

EL COMANDANTE.- ¡Chut! Demasiado sé lo que es una asamblea. Yo he disuelto veinte, con sólo mostrarles en una bandeja, mis espuelas de plata ensangrentadas. (Sigue paseándose) Yo soy un hombre fuerte, señor Colacho. Yo soy un militar. ¡Y un Comandante! Yo no entiendo de asambleas...

ACIDAL.- Los votantes con que hasta ahora cuento...

EL COMANDANTE.- ¡Chut! Estoy hablando. Yo no entiendo de votantes, ni de leyes, ni de derechos. ¡Paja! ¡Humo! Vamos al fondo de las cosas, señor Colacho. (Deteniéndose de golpe ante Acidal y clavándole los ojos) ¿Cuántos Manueles hay en Taque?



*Cicatrías*

ACIDAL.- Comandante, Manueles...habrán unos...

EL COMANDANTE.- La fuerza de resistencia de un país a mis soldados, se calcula por el número de Manueles que hay en él...

ACIDAL.- Habrán unos 30, probablemente.

EL COMANDANTE.- ¿Cuántos Alejandros? La debilidad de un país se calcula por el número de Alejandros que hay en él. Usted recordará que el Presidente que tuvimos cuando la guerra con Antivia, fué Alejandro Toro Tacho. Yo conozco a los que se llaman Manueles por la cara. En los motines, en las huelgas, en las revoluciones, mi divisa ya la conocen mis Húsares: cargar de preferencia contra los Manueles...

ACIDAL.- Comandante...

EL COMANDANTE.- ¡Déjame usted hablar! Yo he servido, en menos de diez años, a unos quince Presidentes de la República: Presidentes radicales, demócratas, republicanos de izquierda, de derecha, de centro, socialistas, realistas, de todos los partidos: Presidentes buenos, malos, regulares, viejos, jóvenes, déspotas, generosos, grandes, chicos, gordos, flacos, de todo género. Yo no soy sino un soldado, y mi deber es obedecer ciegamente al que manda, sea quien fuese y vaya donde vaya. ¿Qué debo hacer, señor Colacho, para que usted sea al Diputado? Ordene usted. Yo no tengo nada que ver con la política, salvo en tiempo electoral.

ACIDAL.- Comandante...

EL COMANDANTE.- ¡Chut! Estoy hablando. Palpe usted aquí, señor Colacho. (Coge la mano de Acidal y la hace palpar su vientre) ¿Qué hay ahí?

ACIDAL.- Una...una...como pelote...Una...

EL COMANDANTE.- ¡Silencio! ¡Ca! ¡Diga usted qué hay ahí? ¡Responda usted sin miedo! ¿Palpe usted?

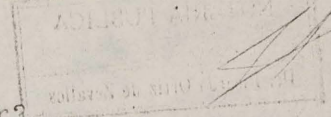
ACIDAL.- Ahora hay...Ahora hay algo como un embudo.

EL COMANDANTE.- ¡Chut! Cicatriz número 1. ¿Y aquí? (Lleve la mano de Acidal a la punta de la nariz del Comandante) Cicatriz número 2. ¿Y aquí? (La mano de Acidal en la sien del Comandante) Cicatrices 3, 4, 5, 6, 7, 8 y 9, juntas en la misma sien. Yo soy un héroe, nueve veces ilustre, señor Colacho, aquí donde me va usted con charrateras y galones. Cuente usted con su elección. No tema usted nada. Contra mis 150 Húsares de la Gloria número 14 y 20 soldados de infantería, por si las moscas, ¿qué podrá un pobre villorrio de 2.000 habitantes, con Manueles y todo? Señor Colacho, mañana espero sus instrucciones. (Se dispone a marcharse) Me retiro. Tengo hambre. (Cuadrándose y saludando militarmente); Servidor: Comandante Federico Mercedes Hermeregildo de las Cuadras y Sotelaga Dorado del Auxilio Mollaturas!...(Vase rápidamente por el foro)

ACIDAL, parloteo.- ¡Es un león!...(Da unos pasos, caviloso. Tocan a la puerta del foro) Entre.



*Circunstanciales*



RINA.- Don Acidal, acaba de llegar mi padre.

ACIDAL.- ¿Tu padre? Pero ¿es hoy que debía venir?

RINA.- Si, don Acidal. Es hoy que debía venir.

ACIDAL.- Bueno. Hazle pasar. ¡Un momento!... Sí... Puedes hacerle pasar.

RINA.- Muy bien, don Acidal. (Vase. Pausa. Entra por el foro, don Rupe, campesino setentón, encorvado y vestido muy pobremente. Viene seguido de Rina)

DON RUPE.-muy humilde.- Buenas noches, don Acidal.

ACIDAL.- Que nadie nos moleste, Rina. Vete y cierra bien esa puerta.

RINA.- Muy bien, don Acidal. (Vase)

ACIDAL, a don Rupe.- ¿Le dijo ya la Rina para qué le he hecho llamar?

DON RUPE.- Si, don Acidal. Aquí he venido. Usted dirá... (Don Rupe pone

ACIDAL.- ¿Ha traído usted lo necesario? ¿Necesita usted algo? ¿Su tabaco?

DON RUPE.- Tengo todo, don Acidal. Se lo agradezco. (Se ha sentado)

ACIDAL, sentándose frente al viejo y en tono de enfermo a su médico.- Mire usted, don Rupe: quiero que me diga usted si me irá bien en la política. ¿Puede usted contestar a esta pregunta? La Rina me ha dicho que en el sabor de su coca descubre usted el secreto del porvenir, de todo. A ver... ¿Está usted ya mascando su coca?... Bien... Perfectamente... (Pausa. Acidal se pasa, mirando a don Rupe, que permanece sentado y en silencio) ¿Quiere usted talvez que le deje solo?... (Don Rupe no responde. Pausa)

DON RUPE, abstraído.- No quiere. Está difícil... ¡Mucha hoja! Y si echo más cal, hay quemadura...

ACIDAL.- ¿Quiere usted quizá mojarla?

DON RUPE.- Para que muera/<sup>la</sup> xix Tacha, mi mujer, así fué: ¡qué pelea, señor, de la cal y de la hoja!... Tres viernes antes de su muerte... ¡Qué tinieblas!... Hoy... ¡Demonio!...

ACIDAL, ansioso.- ¿Qué pasa, don Rupe?... (El viejo se sume de nuevo en el silencio. Acidal da unos pasos, inquieto. Pausa. Acidal, acercándose a don Rupe) Mire usted, don Rupe, la cosa es ésta: Mordel se opone a que yo entre en la política y yo creo que debo entrar en la política. ¿Quién cree usted que está en razón? ¿Qué camino hay que seguir? ¿Qué dice su coca?...

DON RUPE.- Deme usted un platito y un vaso, don Acidal.

47



*Clave autógrafo*

ACIDAL.- En el acto, don Rupe.

DON RUPE.- Un poco de agua en el platito.

ACIDAL.- También, don Rupe. Aquí tiene usted el agua.

DON RUPE saca de bajo su camisa un palo negro, de medio metro de largo.-  
Retírese usted un poco de la mesa. Siéntese usted más allá...

ACIDAL.- Muy bien...Muy bien.

(DON RUPE, parado ante el plato y el vaso que están en la mesa, levanta el palo con ambas manos, lo sostiene verticalmente ante sus ojos, a la altura de la cabeza y presta oído en torno suyo, mientras Acidal le observa con gran ansiedad)

DON RUPE, mirando fijamente al palo, alucinado, sacerdotal, sereno)-

¡Patunga es la laguna sin fin, allá, bajo los soles y las lunas!...¡Un cerro boğa abajo en la laguna, busca llorando la hierba de oro y el metal de la laguna!...(Bruscamente, volviéndose a Acidal)¡Si tras de las lomadas o entre los matorrales, ve usted una chispa verde, como el ojo de un sapo, no diga usted nada ni se mueva de su sitio!...(Don Rupe pone horizontalmente la mesa el palo negro, sobre el plato de agua y vuelve a poner los ojos fijos en el palo)

ACIDAL, de lejos, bajo.- ¿Podré ser diputado? ¿Debo ser diputado?... (El viejo no responde. Pausa. Don Rupe entona, en voz baja, un cántico extraño, infinitamente triste y Acidal dobla la cabeza, inmóvil. Pausa)

DON RUPE, cambiando su cántico por una especie de recitado gemebundo.-

¡Al río, tu camisa, de mañana! ¡Al fuego, tu sombrero, al mediodía!...  
¡Al fuego, tu sombrero, al mediodía!...(De pronto, arroja violentamente el palo al suelo y se desploma en una silla)

ACIDAL.- ¡Don Rupe! ¡Don Rupe! Sea usted franco! ¡No me lo oculte!...

DON RUPE, incorporándose.- ¿Recuerda usted, don Acidal, cuál fué la cosa más amarga que ha probado usted en su vida?

ACIDAL.- La cosa más amarga...¡Qué sé yo, don Rupe! ¡Quién va a recordar!

DON RUPE.- Sin la sihora y sin la legaña del perro, no se puede. La sihora, para recordar sin voltear y para ver sin tropezar; la legaña del perro, para la riqueza y los honores.

ACIDAL.- Todo eso, don Rupe, usted sabrá. Yo no comprendo nada.

DON RUPE.- Porque los perros, don Acidal, sólo ladran a los pobres. Salga usted, por favor, al patio, un momento. Nada más que un momento.

ACIDAL.- ¿Al patio? ¡Por qué no! Allá voy... (Vase por la puerta de la derecha. El viejo, una vez solo, se recoge profundamente en sí mismo, la mirada en el suelo, inmóvil. Pausa. De pronto, como presa de una locura repentina, va y viene por la pieza, enfurecido. Acidal vuelve del patio)



DON RUPE, rugiendo, fuera de sí.- ¡Mi Rina está preñada! ¡Mi Rina está preñada de los dos!...

ACIDAL.- Don Rupe, ¿qué dice usted?

DON RUPE.- ¡Mi coca me lo acaba de decir! (Acidal le mira con incredulidad)

ACIDAL.- Es una falsedad. Las perlas negras y sus pavos. (Acidal bebe y llenar su copa) Luego me la juró la niña! (Don Rupe bebe de un

DON RUPE.- ¡Mi Rina está preñada de los dos! ¡Mi coca nunca miente!

ACIDAL, ahfadándose.- ¡Don Rupe, no me venga usted con historias!

DON RUPE.- ¡Dónde irán que no paguen lo que han hecho con mi Rina! (Rina entra por el foro y se abraza llorando a don Rupe)

ACIDAL.- ¡Vaya usted a ver esto!... ¡Efectos de la coca! Y la otra... con su manía de escuchar tras de la puerta... (Saca de un cajón de la mesa una botella y una copa) Ven, Rina; dale su copa al viejo, a ver si entra en razón...

RINA, siempre llorando.- Muy bien, don Acidal. Le sirve una copa a su padre)

ACIDAL.- Y vete, luego, a prepararme una taza de eucalipto. Tengo sed.

RINA.- Muy bien, don Acidal. (Vase por la puerta de la derecha)

ACIDAL, consultando su reloj.- Entre tanto, son las diez y media de la noche y no llega carta de Mordel... ¿Qué puede haber ocurrido?... (Don Rupe tiene la copa en la mano, pero no la bebe. Tiene los ojos en el suelo. Acidal se le acerca, confidencial) ¡Don Rupe!... Usted también es hombre. Usted ha sido joven. Los deslices de la vida, usted comprende... Su hija, ¡qué quiere usted!... Ahora, que Mordel se haya también metido... eso no me incumbe. (El viejo le escucha, taciturno) Una noche, Rina estaba planchando en la cocina... Pero ¿preñada? No. Don Rupe, tome usted su copa... (Acidal sirve otra copa para él. El viejo bebe de un sorbo la suya y Acidal vuelve a llenarla)

DON RUPE.- Vendí a mi Rina, todavía pequeña, de cuatro años, al cura Trelles, y de los ocho pesos que me ofreció por ella, sólo me dió la mitad, y el resto, en una misa por el alma de mi Tacha. ¿Qué se hizo el señor Cura?

ACIDAL, bebe su copa de un sorbo.- ¡Ah, sí! El cura se rodó, con mula y todo, quebradas abajo. (Acidal, de pronto, se muestra muy nervioso)

DON RUPE.- ¡Dios nos ampare, don Acidal! (Se persigna) La mula no era otra que ña Conce, su querida.

ACIDAL, paseándose, agitado.- ¿Ah? ¿Doña Conce? ¿Sí?

DON RUPE.- Cuéntan que, los sábados, a media noche, montaba el cura en ella, con espuelas y freno de candelas, y corría, como loco, por calles y caminos. ¡El mismo/ diablo, en cuerpo de mujer!



*Acidal*

ACIDAL, sirviendo otras cosas.- ¡La Conce en crin de mula!... (Una risa forzada) ¡qué ancas, don Rupe!...

DON RUPE.- Después, fué ña Serapia, la hacendada de Sonta. Poco antes de rodarse el señor Cura, la regaló a mi Rina a ña Serapia. Dicen, más bien, que la vendió por dos conejos de Castilla. (Acidal le oye con impaciencia) La vieja me echó, un día, de su casa, por haber ido a pedirle unas patatas por mi hija; me echó sus perros negros y sus pavos. (Acidal bebe y vuelve a llenar su copa) ¡Luego me la pagó la vieja! (Don Rupe bebe de un trago toda su copa)

ACIDAL.- ¿Cómo se la pagó, don Rupe? ¿Rodándose también?

DON RUPE.- Una noche, llegaron a Sonta los revolucionarios, partidarios del general Selar, con máscaras y rifles; amarraron a la vieja y a sus hijas -doncellas, según dicen- y les arrancaron las sortijas y los brillantes, con ~~xxxxxxx~~ brazos y dedos, a machetazos...

RINA, volviendo por la derecha.- Ya está, don Acidal, su eucalipto.

ACIDAL.- Bueno. Me lo darás más tarde. (Sirve otra copa a don Rupe)

RINA.- Muy bien, don Acidal. (Vase de nuevo por la derecha)

DON RUPE.- Después pasaron por sus cuerpos treinta revolucionarios y murieron la vieja y sus dos hijas.

ACIDAL, bebiendo.- Bueno, don Rupe, no me guarde usted rencor. Hay que olvidarlo todo.

DON RUPE, bebiendo.- ¡Don Acidal, cada cual allá con su conciencia!

ACIDAL, sentándose frente al viejo.- Porque, en este mundo... Quizá... Puesto que todo es posible en este mundo...

DON RUPE, extasiado.- ¡Qué bien me sabe ahora la coquita! ¿Decía usted, don Acidal? ¡Ah, sí!...

ACIDAL.- ¡Don Rupe, tres años con la Rina! ¡qué le parece a usted!

DON RUPE.- Tres años, en el Corrus.

ACIDAL.- ¿está usted contento de que yo la haya robado a los Chumango? ¿qué sería de ella a estas horas?

DON RUPE.- Vaquera. Una pobre vaquera y nada más.

ACIDAL.- ¡Mientras que ahora!... Que le cuente ella misma: zapatos con taco, medias, pañuelos blancos, vinchas y aretes, ¡qué sé yo!... ¡Hasta sortija de cobre tiene!... (Rina vuelve por la derecha) ¿No es verdad, Rina?

RINA.- Verdad, don Acidal.

ACIDAL, a don Rupe.- ¿Oye usted?

DON RUPE.- Lo sé, lo sé. ¡Mientras que antes!... (Rina va a sentarse lejos)



ACIDAL, medio bebido ya, como observara a Rina, al pasar. ¿Rupe tienes?  
¿Lloriquean lo todavía?

RINA, bajo.- No, don Acidal. Un poco de catarro.

ACIDAL, a don Rupe.- Ella ordena y dispone en mi casa, como dueña. Por eso la gente se hace lenguas. Pero, don Rupe, digan lo que dijeren, su hija está en mi casa y puede hacer en ella lo que le venga en gana. (Otras copas son servidas)

DON RUPE.- ¿Y don Mordel? ¿Qué dirá don Mordel? (Refunfuña)

ACIDAL.- Dirá lo que digo yo. ¡Déjese usted de chismes, don Rupe! Preñada... Quizá... Es muy posible. Pero... ¿de los dos?... (Vuelve los ojos y los pone, relumbrantes de alcohol, en el montón informe que hace el cuerpo de Rina, en la sombra de un rincón. Don Rupe observa, alternativamente, a Rina y a Acidal, quien, al cabo de unos segundos, llama a la criada)  
¡Rina!

RINA.- Don Acidal...

ACIDAL.- Ven por aquí. Acércate.

RINA.- Muy bien, don Acidal.

ACIDAL, a Rina, que se ha acercado a ellos.- Aquí estamos... Siéntate... Aquí estamos con tu padre... Don Rupe, su hija, es verdad, yo la quiero. Mi corazón es de ella... (Rina llora bajo) Rina, no llores... Tu padre dice... ¿Es cierto que estás preñada? Habla... Habla delante de tu padre...

RINA.- ¡Por Dios, don Acidal!

ACIDAL.- Responde, no tengas miedo. Tú sabes que yo no voy a tener celos de mi hermano. Responde: ¿estás preñada? (Rina no hace más que llorar) Yo no quiero, don Rupe, que usted enojado conmigo. No es porque yo tenga miedo a sus brujerías, sino porque Rina es, en resumidas cuentas, de la casa.

DON RUPE, a Rina.- Yo te hice honradamente con tu madre; ella me dió su todo, y yo le di mi todo.

ACIDAL.- Rina, di que no estás preñada. ¿Estás preñada?

RINA, con el rostro oculto entre ambas manos.- Sí, don Acidal... estoy preñada.

ACIDAL, con una rabia repentina.- ¡Cómo! ¿Estás preñada? ¿De quién estás preñada?

RINA.- Don Acidal... no sé de cuál de los dos.

ACIDAL.- No sabes de cuál de los dos... Pero, entonces...

RINA.- Don Mordel me dice que es de usted.

ACIDAL.- ¿Mordel te ha dicho que estás preñada de mí? ¿Cuándo te ha di-



*Desentido*  
collected by...

cho eso? ¿Te das cuenta de lo que hablas?

RINA.- Me lo dijo la vez pasada, que vino de Cotacora.

ACIDAL.- ¿Por qué se lo preguntaste a él y no a mí?

RINA.- Yo creía...Porque creí que era de él...

DON RUPE.- ¡Ah, perra, eres mi afrenta!

RINA, arrodillándose ante don Rupe.- ¡Perdóneme usted, padre! (Llora. Tocan a la puerta de la calle, por el lado del patio. Todos prestan oído)

ACIDAL.- ¡Están tocando!...(Vuelven a tocar) ¡Sí! ¡Es aquí que tocan! A esta hora, ¿quién puede ser?... (Vase por la derecha)

DON RUPE, levantando por un brazo a Rina, bajo y con ternura.- ¡Levanta, hija mía! Dime...¿de cuántos meses estás preñada?

RINA.- Me parece que de tres, padre.

DON RUPE.- ¿Los dos saben que duermes con los dos?

RINA.- Sí: pero se hacen los que lo ignoran.

DON RUPE.- ¿Y a ti, qué te dicen?

RINA.- Me dicen que es por mi bien que lo hacen.

DON RUPE.- ¿Que es por tu bien?

RINA.- Dicen que es para economizar. Porque así sólo mantienen a una sola mujer para los dos...

DON RUPE.- Pero, tú, ¿qué ganas en ello, tú?

RINA.- Dicen que los cuartos que el otro daría a otra mujer, los guardan para mí, para más tarde.

DON RUPE.- ¡Ah, lobos! ¡Lobos! ¡Lobos!

RINA.- Pero, yo sé a qué atenerme: me van a hacer abortar, porque ni uno ni otro quieres hijos. A Novo lo tuvieron a más-no poder. Y también lo tuvieron a medias. Por eso él los llama tíos a los dos. (Solloza)

DON RUPE.- ¿También fué por economía que Novo fué engendrado por los dos?

RINA.- ¡Cómo, Dios mío, he podido!...Pero...¿qué pude hacer! ¡cómo negarme! ¡cómo decir que...! Oh, padre! ¡Padre! ¡Padrecito!...(Se abraza a las rodillas de don Rupe, llorando)

DON RUPE.- ¡Monstruos! ¡Usureros! ¡Avaros! (De pronto, vengativo y misterioso) ¡Oyeme! ¡Escúchame!...Tu vientre...! Ah!...(Besando una cruz hecha con sus dedos) ¡Por esta cruz, lo juro!...! Te acordarás!...(Ruido en el patio)



*Seguiente*  
Calle 5 de mayo

RIÑA, en un sobresalto.- ¡Don Mordel!...

DON RUPE.- Es don Acidal.

RIÑA, abriendo por la puerta de la derecha.- ¡Le digo que es don Mordel!

LA VOZ DE ACIDAL.- ¡Rina!...

RIÑA.- ¡Voy, don Acidal! (Vase por la derecha. Don Rupe, solo, saca una aguja de su tabaquera, una la punta en cal y la sacude en dirección del patio, haciendo unos dibujos cabalísticos en el aire. Mordel, en traje de viaje, entra por la derecha, seguido de Acidal; el viejo se arrebujaba hacia un lado de la puerta)

ACIDAL, ansioso, -a Mordel.- Pero, ¿qué ocurre? Siéntate. Descansa. ¿Has comido algo? Que te preparen una sopa.

MORDEL, excitado.- Necesitamos hablar mucho. ¡Un asunto importantísimo!... (Don Rupe se desliza, casi arrastrándose por la puerta de la derecha, hacia el patio. Mordel, advirtiéndole) ¿quién? ¿quién es éste?

ACIDAL, que había olvidado el viejo.- No sé. ¡Ah! Es el padre de la Rina.

MORDEL.- Cierra todas las puertas y que nadie nos moleste. de todas las...

ACIDAL.- Toma, por lo menos, una taza de cualquier cosa...

MORDEL, viendo y viniendo.- No quiero nada por ahora. Más tarde, pueda ser.

ACIDAL, cerrando la puerta de la derecha, alto.- ¡Rina, no vengas, que estamos ocupados!

LA VOZ DE RIÑA.- Muy bien, don Acidal.

MORDEL.- ¡Es inicuo! ¡Inadmisible!

ACIDAL.- ¿Algún malentendido con la empresa? ¿Te has peleado con Tenedy?

MORDEL.- ¿Ha terminado Llave el balance del último semestre?

ACIDAL.- Sí. Justamente, (Sacó un libro de cuentas de un cajón) aquí está el resultado.

MORDEL.- En el semestre anterior ganábamos, según creo, 19.000 pesos, más o menos...

ACIDAL, deteniéndose en una página del libro.- Aquí está. Son... Sí... Son 21.000 C... No... Son, en definitiva, 21.775 pesos, 29 centavos, de ganancias, entre los dos bazares, socorro de peones, arrieraje, transporte de metal y la hacienda.

MORDEL, pensativo.- ¡Hum!... 21.775, 29... Es muy poco. ¿Tienes ahí los otros balances, desde 1909?

ACIDAL.- No. Aquí no están. Lo que recuerdo es que, a partir del año en que acabamos de amortizar al viejo Tuco, para mudarnos de tienda- hace



*Descontinuado*

de este doce años- no hemos dejado de aumentar el capital, lo menos en 60 % anual...

MORDEL, exasperado.- ¡Yo no le he hecho nada, para que así me pague Mr. Tenedy! Al contrario, yo soy su adulón, su...

ACIDAL.- ¡Pero dime, en fin, Mordel, lo que ha ocurrido! ¿Qué te ha hecho Mr. Tenedy?

MORDEL.- ¡Quiere que yo sea Presidente de la República! ¡Figúrate!

ACIDAL, estupefacto.- ¡Oh! ¡Por Dios!

MORDEL.- ¡Imagínate! ¡Presidente de la República!

ACIDAL.- ¡Hermano mío! ¡Es posible!

MORDEL.- Le he rogado. ¡Vanamente! Ayer, por la mañana, me hizo llamar a su oficina y me dijo: "Don Mordel, los intereses de la "Cotarca Corporation" exigen que usted sea, en el día, Presidente de la República..."

ACIDAL.- ¿Así te dijo el yanke, de pronto?

MORDEL.- Tú ya conoces cómo son los norteamericanos. Al cabo de tantas súplicas mías, le dije que, en último caso, tú podrías, mejor que yo, ser Presidente...

ACIDAL.- ¡Cómo! ¿Que yo sea?..

MORDEL.- ¡Pero, nada! ¡Quiere siempre que sea yo el Presidente! Llegó hasta prevenirme que si yo desobedecía las órdenes de Nueva York, la empresa se vería obligada a echarnos de Cotarca, quitándonos los bazares, el enganche de peones, el arrieraje y todo...

ACIDAL.- ¡Pero no la hacienda! ¡Capapuy no les pertenece!

MORDEL.- ¡Todo! Me dijo: "Usted, don Mordel, es el hombre de mayor confianza que tiene nuestro sindicato; usted es el único que puede trabajar con nosotros, lealmente, en el Gobierno, para servir a su patria y a la mía..."

ACIDAL.- Pero tú le harías ver que...

MORDEL.- Le he hecho ver todo. "Mr. Tenedy -le dije- yo no tengo carácter ni instrucción suficiente. Yo puedo servir a la "Cotarca" en todo lo que quiera usted, pero no de Presidente..."

ACIDAL.- ¿Y qué argumentaba él? ¡Es horrendo!

MORDEL.- Parece que la revolución es sólo cosa de unas semanas más. Me dijo que la "Cotarca Corporation" cuenta con muchos coroneles y generales. Según he oído, los norteamericanos están descontentos de este Presidente, porque favorece a las empresas inglesas, en contra de las empresas yanques. "Yo no tenemos confianza en nadie- me dijo-: todos los políticos de este país son unos bribones. Queremos un hombre honrado, que no nos traicione, y ese hombre no es otro que usted..."



ACIDAL.- Pero, entonces, ¿en qué habéis quedado?

MORDEL.- ¡En qué hemos quedado!...Pues en que Tenedy se encapricha y en que yo no sé qué hacer. (Se desploma en un asiento, mesándose los cabellos) ¡No sé qué hacer! ¡No sé! ¡No sé!...

ACIDAL., cuyo estupear del primer momento empieza a transformarse en ju-  
stifusa ansietosa.- ¡Bueno, por Dios, no hay para qué alocarse, Mordel!  
Viéndolo bien...

MORDEL.- Yo no tengo miedo a nada, tú me conoces. Nunca he tenido miedo a nada. Las penas, los trabajos, las miserias, yo me río de todo. Pero que no me obliguen a una cosa para la que yo no he nacido. ¡No!

ACIDAL.- ¿Estás seguro que Tenedy no acabaría por aceptar que yo sea el  
Presidente, en tu reemplazo?

MORDEL.- ¡Qué voy a hacer yo, de Presidente! ¡Si yo no sé nada de nada!  
¡Yo no sé hablar en público! ¡Yo no sé las maneras, las costumbres, la...

ACIDAL.- ¡Pero, en fin, Mordel, no pierdas la razón! Serénate. Reflexiona.  
Fíjate que lo que busca Mr. Tenedy, en buena cuenta, es tu bien. Y, en  
todo caso, vuelve a pedirle que yo te reemplace. Ruégale otra vez...

MORDEL.- Se negará de nuevo. Le conozco.

ACIDAL.- ¡Acepta entonces tú, querido hermano! Acepta, aunque sólo fueses  
Presidente un solo// día. ¡Ten valor! ¡Cómo! ¡Tú! ¡Un mozo como tú, va  
a tener miedo a los discursos, a la levita, a las maneras...

MORDEL.- ¡Pues ese! ¡Justamente! ¡Los discursos! ¡La levita! ¡Sudo frío,  
nada más que de pensarlo! (Se pasea, presa de una gran agitación)

ACIDAL., sacando de pronto un libro de Urbanidad.- ¡Espérate! ¡Espérate!  
¡Mira!...Precisamente, mira: ¿Tú sabes lo que es esto? ¡Este es un li-  
bro formidable! Con él, se puede ser todo: Presidente, ministro, dipu-  
tado, senador. (HOjeando el libro) Fíjate: justamente, aquí tienes un  
capítulo estupendo: (Lee) "Los altos círculos políticos y diplomáti-  
cos". Mira: aquí está dicho lo que hay que hacer y lo que hay que decir  
entre ministros, diputados y Presidentes. (Mordel examina el libro)  
Llave te ayudará el lo demás, él, que es casi abogado.

MORDEL.- ¿Es el libro del que me hablabas en tus cartas, que te dió  
Llave?

ACIDAL.- El mismo. Fíjate: (Leyendo en el libro uno que otro título de  
capítulo) "En casa de un diputado recién electo", "Cómo se entra en el  
salón de la esposa de un ministro, cuyo marido está ausente", "De la  
manera de recibir a comer a un Emjador", "Cómo se conversa del tiempo  
que hace, con la hija soltera de un senador", "Cómo se pronuncia un dis-  
curso ante una muchedumbre", "Cómo hay que amarrarse la corbata para un  
entierro", "A qué hora se mira qué hora es, en un baile..."

MORDEL.- ¡No comprendo! ¡No comprendo!

ACIDAL.- ¡Cómo! ¿No comprendes? ¿Una cosa tan sencilla, que se aprende  
en cuatro días?



*Passant iais*

MORDEL.- ¡Jamás comprenderé por qué Tenedy se le ha metido entre caja y caja que yo, precisamente yo, sea el Presidente! Le hablaré. Le volveré a pedir que me reemplaces. No veo otro camino. Buscan un hombre de su confianza: ¡pues ahí estás tú!

ACIDAL.- ¡Naturalmente! No debemos perder la ocasión. ¡Figúrate! ¡Presidente de la República! ¡Cuando ya quisiera yo ser, al menos, diputado!...

MORDEL.- Y si de nuevo se niega Tenedy, Le diré que haga entonces con nosotros lo que le venga en gana: que se vengue, que nos eche de la mina, que nos deje en la miseria, en fin...; pero que yo no puedo ser, de ninguna manera, Presidente de la República! ¡Eso, no! ¡Eso, no! ¡No y no!

ACIDAL, de pronto, en secreto.- ¡Mordel! Se me ocurre una cosa...

MORDEL.- ¿Qué? ¿Qué se te ocurre?

ACIDAL.- ¿Te acuerdas de... (Guíñe maliciosamente el ojo, eludiendo a Rina) ¿eh?...

MORDEL.- ¡Ah!... Pero ¿es que Tenedy no llegó a...

ACIDAL.- ¡Ni a tocarla! A mí me consta.

MORDEL.- Pero, entonces... ¿sultar... (Rina busca la cuchilla en el ojalón)

ACIDAL.- ¿Qué te parece?

MORDEL, iluminado.- ¡Hombre! ¡Estupando! ¡Qué duda cabe!

ACIDAL.- La llevas a Cotarca, organizas una juerga con el yanke y luego...

MORDEL.- ¡Tú lo conoces! ¡Es su débil!

ACIDAL.- ¡Sobre todo, ella! ¡Había que ver!

MORDEL.- ¡Qué! ¡Calla, hombre! ¡Le arranco al yanke cuanto yo quiera, por ella! ¡Ya verás tú! ¡Unas copas y Rina de lejitos, y arreglado!

ACIDAL.- Pídele que yo te reemplace. No cedas por ningún motivo. Y, si no acepta, si se obstina... Si...

MORDEL.- ¡Cómo! En ese caso, no hay Rina que se tenga. ¡Manda a buscarla!

ACIDAL.- Debes, eso sí, andar muy vivo. Date maña. ¡Que no huelan ni ella ni él, la zancadilla! Y en el momento preciso, ¿eh?... ¡Venga!

MORDEL.- ¿Qué tal está ahora? ¿Guapa? ¿Apetitosa?

ACIDAL.- Regular. Te diré... Regular.

MORDEL.- Hay que llamarla. Llámala para verla bien.

ACIDAL.- Sí. Voy a llamarla. Sí... (Abre la puerta de la derecha y alto)



¡Rina! Ven un momento.

LA VOZ DE RINA.- Voy, don Acidal. Ahora mismo.

MORDEL.- Salvo si tú tienes algo con ella o la quieres para ti...

ACIDAL.- ¿Yo? ¡Qué ocurrencia! ¿Y tú?

MORDEL.- ¡Hombre! Tampoco. ¡Chut! Ahí viene. (Rina, recién peinada y arreglada, por la derecha. Los Colacho la escudriñan disimulada pero detalladamente)

ACIDAL.- Dime, Rina,...¿se marchó ya tu padre?

RINA.- Si, don Acidal. Ya se marchó. Hace rato.

ACIDAL.- Bien...Bien...Búscame en el cajón de aquella mesita del rincón, una cuchilla que creo dejé allí esta mañana.

RINA.- Muy bien, don Acidal. (Los Colacho la observan de espaldas)

MORDEL.- Como te digo...Y como te iba diciendo...

ACIDAL.- Pues ya verás... (Cambian miradas de inteligencia) Es una cosa que mal que bien podría resultar...(Rina busca la cuchilla en el cajón) ¿Qué te parece a ti? ¿Tú, qué opinas?

MORDEL.- Así lo creo, yo también.

ACIDAL, a Rina.- ¿No la encuentras, Rina?

RINA.- No, don Acidal.

ACIDAL.- Entonces debe estar aquí, en el cajón de esta otra mesa. Ven a verla.

RINA.- Muy bien, don Acidal. (Los Colacho tienen entonces ocasión de ver de cerca y a la luz, el busto y la cara de la moza)

MORDEL.- Es el único recurso que nos queda. Es innegable.

ACIDAL.- ¡Claro! ¿Eh?...Con todo, hay que reflexionarlo más... (Un destello de deseo se enciende de pronto en los ojos de ambos hombres, al ver el pecho y los brazos desnudos de Rina)

RINA.- Aquí no está tampoco, don Acidal. No la encuentro. (Rina levanta unos ojos tímidos e inocentes hacia Acidal)

ACIDAL.- Bueno. Déjalo. No importa.

MORDEL, a Rina.- ¿Cuándo vuelve tu padre? (La mira frente a frente)

RINA, bajando los ojos.- No sé, don Mordel, cuándo volveré. Está ahora muy ocupado en el cortijo.



MORDEL.- Bueno. En fin...Puedes retirarte.

ACIDAL, a Rina.- No te acuestes todavía, porque luego te llamaré, seguramente.

RINA.- Muy bien, don Acidal. (Vase por la derecha y los Colacho la siguen con los ojos)

MORDEL, después de cerrar la puerta, bajando la voz.- ¿Dónde está la Virgen del Socorro?

ACIDAL.- Está en el dormitorio.

MORDEL.- Vete a traerla. Y trae también una cera. Hay que pedir a la Virgen, que ~~haya~~ esto de Tenedy y de Rina se nos arregle.

ACIDAL va por el foro.- Sí. En el acto. Voy a traerla. (Mordel se queda pensativo. A poco, Acidal vuelve con la estampa religiosa del primer cuadro del primer acto y una cera. Dice, instalando en la mesa la estampa y encendiendo ante ella la cera) Hay que pedirle también a la Virgen, que triunfe la revolución. Los ingleses son capaces de vencer a los norteamericanos. Ahí está. Listo...Listo. Arrodillámonos...(Se arrodilla ante la Virgen)

MORDEL, arrodillándose junto a Acidal.- Imagínate que Tenedy nos echase de Cotacaca...

ACIDAL.- ¡Sería la catástrofe! Recemos.

MORDEL.- Tú dices que no nos pueden quitar Capapuy. ¡Como si los norteamericanos no lo pudiesen todo! Además, el Gobernador nos lo dió por orden de Tenedy.

ACIDAL.- En fin, ¿qué hay que pedirle, en suma, a la Virgen?

MORDEL.- Hay que pedirle tres cosas: primeramente, que Tenedy se enamore de la Rina perdilamente y que no se pase en mientes para hacerla suya; luego, que, a cambio de ella, acepte que tú seas el Presidente, en mi lugar; y, por último, que la revolución salga triunfante.

ACIDAL.- Conforme. Empecemos.

MORDEL.- Empecemos. (Ambos cruzan los brazos y dirigen una mirada de dolorosa unción hacia la Virgen del Socorro. Luego, doblan la frente y sus labios murmuran, en el silencio de la escena, una oración ferviente, apasionada y llena de ansiedad) TELON.

MORDEL.- Mr. Tenedy, yo voy a estar en el albaque.

ACIDAL.- En sea terea, cuanto usted, vuelve a arrodillarse, con mi...  
...y con la oración de...  
...indios...

MORDEL.- Mr. Tenedy, la doy un millón de gracias.

ACIDAL.- Ya lo he dicho a usted, que, el mismo día en que usted sube al poder, tendrá usted a su disposición todo el dinero que necesite el Gobierno. La Tía, don Mordel, la "Cotacaca Jurídica" será suya...



*Prosecution*

MORDEL.- Bien temprano, Mr. Tenedy. A las seis de la mañana.

TENEDY.- Traté usted de llegar al puerto el 30, en la mañana. ¿Fin de la tarde por la noche. Usted debe estar en la capital, a las tres de la tarde, porque el general O'Hara lo espera el día 30.

MORDEL.- Perfectamente, Mr. Tenedy. Así el título debe prepararse para el día 30. El general O'Hara lo espera el sábado, a las tres de la tarde.

Quadro Cuarto

Decoración del segundo cuadro.

Crepúsculo en el bazar. Las puertas están cerradas a la clientela.

Mordel y Tenedy apuran unas copas de whisky.

TENEDY, chupando su pipa.- Repito, don Mordel, los Estados Unidos tienen aquí invertidos ingentes caudales, y estos caudales no pueden ser abandonados al actual caos político de su país.

MORDEL.- Así lo comprendo, Mr. Tenedy.

TENEDY.- De otra parte, los propios intereses nacionales exigen poner término cuanto antes a esta situación. El pueblo muere de hambre; los indios, explotados; los obreros, sin trabajo; los funcionarios y el ejército, impagos; centenares de ciudadanos, presos o desterrados; (Mordel le escucha y asiente respetuosamente) oficiales y civiles, fusilados; otros, perseguidos...

MORDEL.- La pura y neta verdad, Mr. Tenedy.

TENEDY.- La revolución va a acabar con tan odioso desorden. Usted, don Mordel, va a salvar a su patria, de la anarquía y de la ruina.

MORDEL.- Mr. Tenedy, yo haré lo que esté a mi alcance.

TENEDY.- En esa tarea, cuente usted, vuelvo a recordarle, con mi más decidido apoyo y con la protección de nuestro sindicato.

MORDEL.-Mr. Tenedy, le doy un millón de gracias.

TENEDY.- Ya le he dicho a usted, que, el mismo día en que usted suba al poder, tendrá usted a su disposición todo el dinero que necesite el Gobierno. En fin, don Mordel, la "Coterca Corporation" estará siempre a su



*Acto 5*

lado, para ayudarlo en todo.

MORDEL.- Mr. Tenedy, no sé verdaderamente cómo agradecersele.

TENEDY, chocando su copa con la de Mordel.- ¡salud, por su buen viaje, don Mordel!

MORDEL.- ¡Por usted, Mr. Tenedy, salud!

TENEDY.- ¿A qué hora sale usted mañana?

MORDEL.- Bien temprano, Mr. Tenedy. A las seis de la mañana.

TENEDY.- Trate usted de llegar al puerto el 20, en la mañana, a fin de tomar el barco por la tarde. Usted debe estar en la capital, a más tardar el 29 por la noche, porque el general Otuna lo espera el día 30.

MORDEL.- Perfectamente, Mr. Tenedy. Acidal tiene todo preparadô en Taque, para poder llegar a la estación del ferrocarril el sábado, a lo sumo.

TENEDY, parando el oído a la calle.- ¡Ahí vienen, me parece! ¡Cuidado con que nadie huelo nada!

MORDEL.- No pase usted cuidado, Mr. Tenedy. (Suenan afuera pasos y voces confusas)

TENEDY, camachano.- Parecen bien mamados. (Tocan a una de las puertas de la derecha)

MORDEL.- ¡Voy! ¡Ahora mismo! (Abre. Entran, en son de jerga, el ingeniero Lobos, el cajero Pirlón, el comisario Bolazos y el profesor Casterbas, todos empleados de la "Cotarca Corporation". Mordel vuelve a cerrar la puerta)

TODOS, en gran algarabía.- ¡Mr. Tenedy, buenas noches!... ¡Las diez en punto! ¿Estamos o no estamos? (Tenedy ríe paternalmente)

EL COMISARIO.- ¿Siempre es viaje mañana, don Mordel?

MORDEL.- ¡Quince días! Quizá sólo diez días.

TENEDY.- Depende de los peonés. Si don Acidal ha reunido ya unos cuantos, don Mordel puede estar perfectamente de regreso la semana entrante.

PIRLÓN, a Mordel.- ¿Cuántos peones piensa usted traer?

MORDEL.- Los más que pueda yo, desde luego. Unos ochenta o cien.

LOBOS.- Bueno, don Mordel, bebamos la primera por su viaje. ¿Qué bebamos, Mr. Tenedy? ¿En delo vino, en delo de...?

CASTERBAS.- ¡Whisky! ¡La bebida de los príncipes del Dólar! (Mordel sirve las copas)

TENEDY, a las copas.- ¡Buenos, cuatro copas con dos pesos!



*Act anticuano*

PIRLON.- ¡Colocho, ¿con quién deja usted a Rina, hasta su vuelta?

MORDEL.- ¡Ah, mi amigo!....(Risa general) Juguémosla a los dados, si usted quiere.

VARIOS.- ¡Bravo!...; Juguémosla a los dados! ¡Buena idea! (En torno al mostrador, los jugadores forman círculo)

MORDEL, agitando el cubilete.- ¡Señores! ¡Todos al palio! ¿Quién manda? (Tira los dados y cuenta, señalando con el dedo y sucesivamente a los contertulios) ¡Uno! ¡Dos! ¡Tres! ¡Cuatro! (A Castebas) ¡Usted manda, mi amigo!

CASTEBAS, que debe jugar el primero.- Pero...¿qué jugamos?

EL COMISARIO.- ¿No está usted oyendo que vamos a jugar a Rina?

CASTEBAS.- ¿A Rina? ¡Cómo! ¿Jugar a los dados a una mujer? Eso no se hace. Juguemos una copa de champaña. (Risa general)

VARIOS.- ¡Ah! ¡El profesor! ¡El moralista! ¡A predicar a la escuela!

CASTEBAS, tirando los dados.- Pues, entonces, ¡adentro con Rina! ¡Trinidad!

VARIOS, leyendo en los dados.- ¡Nada! ¡Mano de monaguillo! ¡Mr. Tenedy!

TENEDY, tirando los dados.- ¡A la Rina, que me lamo!

VARIOS.- 3 y 4, 7: y 6, 13 ¡Trece! ¡La nariz le crece!

LOBOS, tirando.- ¡Vamos a ver! ¡Silencio, con la izquierda y cinco dados!

VARIOS, entre risotadas.- ¡Caro! ¡Al otro! ¡Bolazos!

EL COMISARIO, tirando.- ¡Se la cedo, Mr. Tenedy!

VARIOS.- 3 y 3, 6: y...Tres y tres...¡Brutal! ¡Tres treses! ¡Brutalísimo!

PIRLON, agitando el cubilete.- ¡Un momento! ¡Un momento para el párroco! (Tirando) ¡Me voy, me iré, me fui!

VARIOS, en tumulto.- ¡Cataplum! Tres...3 y ...¡Tinta y lápiz!

MORDEL, tomando el cubilete.- ¡Señores: si la gana ¿me permiten ustedes cederla a quien yo quiera?

LOBOS.- ¡Ca! ¡No, señor! Rina nos pertenece a todos, a partir del momento en que usted la ha puesto en juego.

CASTEBAS:- ¡En dado vino, en dado debe irse!

PIRLON.- ¡Don Mordel, antes de tirar, ¡agua para la caballada! (Beben)

MORDEL, echando los dados.- ¡Señores, cuatro anteojos son dos pares!



*Definitivos*

VARIOS.- ¡Nada! ¡Nada! ¡Bravo Bolazos!

LOBOS, copa en mano.- ¡Bebamos, señores, por Rina y el Comisario!

EL COMISARIO.- No, señor. ¡Bebamos por Mr. Tenedy, nuestro patrón, gerente de la "Cotarca Corporation"!

TODOS.- ¡Por Mr. Tenedy! ¡Salud!

TENEDY.- Gracias, queridos amigos. ¡Salud! (Beben)

EL COMISARIO.- Mr. Tenedy, le desafío a usted a jugar, mano a mano, a Rina.

TENEDY.- ¡Oh, no, Bolazos! Esa es cosa ya ganada.

VARIOS.- ¡Sí! ¡Mr. Tenedy y el Comisario!

EL COMISARIO, pasando un dado a Tenedy.- Mr. Tenedy, hágame usted el favor. ¡Quién manda! (El Comisario y Tenedy tiran un dado cada uno y los demás les rodean) Yo mando. Lo mismo: trinidad. (Agita el subilete y tira los dados)

VARIOS.- ¡Va a perderla! ¡Va a perderla! (Tenedy tira) 3 y 6, 9... ¡Relámpagos y truenos! ¡Le ganó! ¡Ahora, Bolazos!

EL COMISARIO, tirando.- ¡Luna y fuego, desvestida!

VARIOS.- Ocho, cuatro... (Tenedy lanza una risa de victoria) ¡Champonezo! ¡El champaña, Mr. Tenedy!

TENEDY.- ¡Don Mordel, una copa de champaña!

LOBOS.- Don Mordel, mándala usted traer, ahora mismo. ¿Qué opina usted, Mr. Tenedy?

VARIOS.- No... Sí... Ahora no... Que sí... Que sí...

MORDEL.- Que lo ordene Mr. Tenedy.

TENEDY.- Caballeros, la última partida no ha sido sino una broma. El que de veras ganó es Bolazos.

EL COMISARIO.- ¡Oh, no, Mr. Tenedy! Rina le pertenece a usted en buena ley.

PIRLON, muy bebido.- ¡Es una hembra opipara! ¡Ternera zeina! ¡Nuca y anca! ¡Maravilla!

LOBOS.- ¡Cuando camina, es algo...! ¡Y qué boca! ¡Puñalada reversera!

TENEDY.- Cree usted, don Mordel, que ~~xxxxx~~ ella vendría, si usted la hace llamar?

MORDEL.- ¡Naturalmente, Mr. Tenedy! ¡Volando!

TENEDY.- Bueno, ¡pues que la traigan!



*Actentitas*

VARIOS.- ¡Desde luego! ¡Que la traigan! ¡Inmediatamente!

MORDEL, llorando.- ¡Novo! ¡Ven corriendo!

LA VOZ DE NOVO, de la trastienda.- Voy, tío.

MORDEL.- Mr. Tenedy, las copas están listas.

NOVO.- Tío, aquí estoy.

MORDEL.- Vete a decirle a Rina que venga aquí, al bazar en seguida, que lo estoy esperando, porque ya me marché a Toque. Si te pregunta con quien estoy, no le digas quienes están aquí. Dile que estoy solo, completamente solo, ¿me has oído?

NOVO, partiendo con el recodo a la carrera.- Muy bien, tío.

EL COMISARIO.- ¡Eso es! ¡Bravo! Y ahora, señores, les invito a ustedes a levantar nuestras copas por los Estados Unidos...

TCDOS.- ¡Sí! ¡Sí! ¡Un brindis por los Estados Unidos!

TENEDY, siguiendo el curso de una conversación que seguía aparte con Lobos y Castebas.- En vista de estas circunstancias, nuestra oficina central de Nueva York exige un aumento inmediato de la extracción de mineral de todas nuestras explotaciones, de Bolivia, el Perú, México y Brasil.

LOBOS.- En realidad, señores, los Estados Unidos son un gran pueblo, generoso, idealista...

PIRCON.- Los Estados Unidos son el pueblo más grande de la tierra. ¡Qué progreso! ¡Qué ilustres hombres, los norteamericanos! Casi toda la América ~~Latina~~ Latina está en manos de las finanzas yankees. ¡Es una cosa sencillamente estupenda!

EL COMISARIO.- Las mejores empresas mineras, los ferrocarriles, las explotaciones caucheras y azucareras, todo se está haciendo entre nosotros con dólares.

MORDEL.- ¡Pero, sobre todo, señores, la "Cotarca Corporation"! (Aclamación general)

LOBOS.- Es el más poderoso sindicato minero del continente. Allí están sus minas de cobre en el Perú, sus minas de oro y plata en el Brasil, y en México, de petróleo en la Argentina y Venezuela, de estaño en Bolivia...

VARIOS.- ¡Imponente! ¡Formidable! ¡Es un país enorme!

EL COMISARIO.- Los socios de la "Cotarca Corporation" son los más grandes millonarios de los Estados Unidos. Muchos de ellos son banqueros y socios de otros mil sindicatos de minas, carteles de automóviles, trusts de azúcar, de petróleo...

PIRCON, alzando su copa.- ¡Señores, por los norteamericanos!



*Alucinación*

TEDDY, coge en mano, rodando a Tenedy.- ¡Viva Mr. Tenedy! ¡Viva la "Co-  
taca Corporation"!... ¡Vivan los Estados Unidos! ¡Hip, hip, hip! ¡Hurra!

CASTERAS.- Señores, mientras llega Rina, propongo a ustedes una partida  
de tiro al blanco.

LOBOS.- ¡Buena, buena idea! ¡Un tiro al blanco! (Saca su revólver)

PIRLÓN.- ¡Nadie apaga una vela en mi cabeza!

VARIOS.- ¡YO!... ¡Yo!... ¡El trazo de la bala!

LOBOS, revólver en mano, da unos pasos atrás, frente a Pirlón y la apunta  
a la cabeza, diciéndole.- ¡A que no es usted hombre de dejarse dar  
un tiro en el borde de la oreja!

PIRLÓN.- Los tiros que usted quiera en el borde de la oreja. No uno, si-  
no veinte. (Se vergüea cuanto puede, levanta el pecho y mira fijamente al  
cañón del arma que le apunta, presentando blanco)

LOBOS.- Nada más que un tirito. ¡Uno solo! En el borde de la oreja.

TENEDY toma rápidamente un candelero con una vela que Mordel acaba de  
encender, para alumbrar el bazar, y dice a Lobos, haciéndole alto con la  
otra mano.- ¡Espere usted! ¡Un momento! ¡La vela! ¡La vela! (Coloca el  
candelero con la bujía encendida sobre la cabeza de Pirlón)

EL-SCHIBARIG-Y-MORDEE.- ¡Bravo!

TENEDY, a Lobos.- ¡Apéguela usted, si puede!

CASTERAS.- ¡No! ¡Cuidado, Mr. Tenedy!

LOBOS.- ¡A que la apago, Mr. Tenedy! ¡Del primer disparo!

TENEDY.- ¡En la pavesa! ¡En la misma pavesa!

LOBOS.- ¡En la misma pavesa, Mr. Tenedy! (Una viva ansiedad cruza por  
todos los semblantes. El candelero tambalea sobre la cabeza de Pirlón,  
cuya embriaguez le impide permanecer quieto)

CASTERAS, mientras que Lobos ~~xxx~~ puntería.- ¡No, Pirlón! ¡No se deje  
usted!

PIRLÓN.- ¡No un tiro, sino cien! (A Lobos) ¡Apunten!... ¡Fuego!

LOBOS, encañonando su arma a la pavesa de la vela.- No se mueva... No se  
mueva... (Los contentullos se han quedado en silencio, inmóviles, con  
una sonrisa inexpresiva en las caras, mirando al candelero tambaleante.  
Un relámpago y una detonación atraviesan el aire, y el bazar se hunde  
en la oscuridad. Silencio de muerte. Luego, una carcajada)

VOZES.- ¡Chambón!... ¡Dónde está Pirlón!... (Encienden luz. Pirlón apa-  
rece de pie, en su mismo sitio, con una risa mufa y lívida)



*Actuaciones*

TENEDEY, acercándose y examinándole.- ¿Nada, Pirlón? ¿No ha sido usted tocado?

PIRLON, aparatoso.- ¡Un whisky por el herido! ¡Y una copa de champaña por el muerto!

LOBOS, buscando el candelero y la vela por el suelo.- He sentido que dí al blanco. ¡A la misma llama, estoy seguro!

EL COMISARIO, que ha encontrado el candelero y la vela.- Aquí están. (Todos acuden a ver los objetos) ¡Ni trazas de la bala!

TENEDEY, atisbando por la cerradura de una puerta de la derecha.- ¡Creo que ya viene Rina! ¡Silencio! (Todos callan)

MORDEL, bajo.- ¡Hay que quedarse quietos!

EL COMISARIO, bajo.- ¡Hay que esconderse!

TENEDEY.- ¡Detrás del mostrador!

CASTEBAS.- ¡Detrás de los barriles!

MORDEL.- ¡Oigo pasos!... (Todos, menos Mordel, se han ocultado y guardan silencio. Mordel, haciendo como si estuviese solo, se da a arreglar botellas y copas en las casillas. Un canto indígena, agudo y doloroso, lleva desde fuera. Después, unos pasos de hombre)

PIRLON.- Es el gendarme Quispe.

TODOS.- ¡Cállese! ¡Silencio! (El canto y los pasos cruzan por delante de las puertas de la derecha y, ya cuando vuelven a alejarse, una voz de mujer se deja oír indistintamente, acercándose. Nuevos pasos)

MORDEL.- Ahora reconozco sus pasos...

PIRLON.- Sus piernas, dirá usted. (Tocan a la puerta)

MORDEL.- Adelante. ¿Quién es?

RINA, por la derecha.- Don Mordel, buenas noches.

MORDEL.- Pasa. Te he hecho llamar, porque me voy a Taque/esta madrugada.

RINA.- Así me ha dicho Novo.

MORDEL.- Siéntame. Tehemos que hablar... (Una repentina carcajada estalla en el bazar y los contentulios aparecen de golpe ante Rina)

TODOS, rodeándola.- ¡RINA! ¿Cómo estás? ¡Qué guapa estás!...

MORDEL, a Rina, desternillándose de risa.- ¡Qué quieres! ¡Es la despedida! ¡Los amigos, el patrón!

EL COMISARIO.- Mr. Tenedy, las copas están servidas. (El Comisario pasa una copa a Tenedy y otra a Rina)



*Actus seis*

LOS DEMAS. tomando cada cual su copa.- Tomemos por Rina. ¡Por ella, has-  
ta verte, Cristo mío!

RINA, abrumada.- Gracias. Muchas gracias.

TENEY, Castebas, saque usted la guitarra. ¡Don Mordel!...

MORDEL.- La guitarra, Mr. Tenedy, aquí está.

TODOS.- ¡Eso! ¡La guitarra! ¡Cante usted algo, Castebas! (Castebas ha em-  
pezado a puntear la guitarra)

LOBOS.- ¡Un momento, señores! Mr Tenedy, el patrón, el gerente de la "Co-  
tarca Corporation", va a romper el baile...

TODOS.- ¡Muy bien! ¡Arriba, Mr. Tenedy! (Tenedy da el brazo a Rina y la  
saca a bailar, mientras Castebas ejecuta el prelude de una danza indíge-  
na, disponiéndose a cantar, acompañado, como segunda voz, por Lobos)

MORDEL, a Tenedy, aparte, refiriéndose a Rina.- ¡Mr. Tenedy, un "tabazo" y  
arreglado! ¡Ahora va usted a ver!

TENEY, palmeándole el hombro.- Es usted una categoría, don Mordel.

MORDEL.- ¡Por usted, Mr. Tenedy, no digo una sirvienta: ¡mi vida! (Dicien-  
do esto, prepara en una copa, cuidando de no ser visto por Rina, una mez-  
cla misteriosa de varios licores y sustancias- el "tabacazo"- para hacer-  
la beber a la criada. Castebas ha empezado a cantar, con gran refuerzo  
de palmas y de punteo de guitarra)

PIRLON, haciendo callar de pronto a los músicos.- ¡No! ¡Eso no! ¡"La rosa  
con el clavel"! Para Mr. Tenedy, ¡"La rosa con el clavel"! (Recita)  
¡Ya salieron a bailar como por encanto, y como por  
¡ay, cómo no!  
¡ay, señora, ay, cómo no!  
la rosa con el clavel!...

MORDEL, trayendo una copa a Tenedy y otra (el "tabacazo") a Rina, que se  
han quedado parados, uno frente al otro, pañuelo en mano, por la interrup-  
ción de Pirlón.- Mientras tanto, Mr. Tenedy, permítame usted que les sir-  
va una copita... ¡De nuevo y acomodare!... (La guitarra empieza otro prelu-  
dio y Mr. Tenedy y Rina beben. Luego, Castebas y Lobos rompen a cantar y  
Tenedy y Rina bailan, entre palmoteos y gritos sincopados)

PIRLON, a Mordel, siguiendo con ojos ávidos los movimientos de Rina, al  
bailar.- ¡Qué nuca más peluda! ¡Y las caderas! ¡Yegua de paso! (Al lle-  
gar a la fuga de la danza, un ardor frenético se desencadena en torno al  
cuerpo de Rina. El Comisario, Mordel, Pirlón y hasta Lobos y Castebas-  
que se ponen de pie, cantando y tocando- siguen a la joven con requiebros,  
y zalemas. Pirlón arroja al suelo, a los pies de la pareja, todos los som-  
breros. Rina, en quien el alcohol y la mezcla preparada por Mordel empie-  
zan a hacer efectos fulminantes, después de consultar con los ojos a Mor-  
del y de obtener de éste un signo tácito de permiso, se remanga el traje  
por delante hasta media pantorrilla y se lanza a un fogoso zapateo. Pir-  
lón coge una copa de champaña y la rompe furiosamente contra el mostrador.  
Castebas pone fin a la fuga, con una gran queja romántica y apasionada.



*Act ent. inicial*

La pareja para entonces de golpe de bailar y Rina, sofocada y jadeante, vuelve a mirar a Mordel)

TODOS.- ¡Bravo! ¡Formidable! ¡Hip, hip, hip, hurra!

MORDEL.- ¡Copa con su pareja! (Vuelve a servir una copa a Tenedy y otra a Rina, que se han quedado el uno frente al otro, como antes de bailar, esperando la segunda vuelta o sea la repetición del baile)

CASTEBAS.- ¡Viva, señores, Mr. Tenedy! (Corean el viva y hacen de pie a Tenedy una gran ovación, mientras Rina no cesa de reír, sobrecitada)

TENEDY, modesto.- ¡Es ella! ¡Es ella que me ha ganado!

RINA, pendiente siempre de los ojos de Mordel.- ¡Usted, señor Tenedy! ¡Usted baila muy bien! (Castebas preludia el segundo baile)

PIRLON.- ¡A quien Dios se lo da, Mr. Tenedy, San Pedro se lo bendiga!

LOBOS.- Rina, ¡abajo el pañolón!

PIRLON Y EL COMISARIO, quitándole el pañolón, a Rina.- ¡Los altos y los bajo, descubiertos! ¡Carne libre!

RINA, mirando a Mordel.- ¡No! ¡No! ¡No! (Castebas canta, acompañado de Lobos y Tenedy y Rina rompen de nuevo a bailar)

PIRLON.- Colacho, otra tanda de champaña. (Tenedy, muy bebido, se acerca a Rina y la besa en el pecho, le pasa el pañuelo por el cuello y por los hombros y barre con él el suelo, persiguiendo los pies de Rina. Esta comprende al fin que a Mordel no le contrarían estos modos. De aquí que, al llegar a la fuga, Rina, en un repentino y espontáneo acceso de entusiasmo, se descubre por delante el pañolón, lo coge por ambas puntas, a uno y otro lado de la cintura, y así se ciñe el talle, echando el busto hacia atrás y zapateando. Las exclamaciones de los hombres llegan entonces al paroxismo)

TODOS, haciendo palmas, los ojos chispeantes, giran en torno de Rina.- ¡Abrete! ¡Quiébrate! ¡Más!... ¡Más!... ¡Más!... (Tenedy, vencido por Rina, tambaleando y acesando, la coge en sus brazos y la levanta en vilo, apretándola contra sí y colmándola de besos. Castebas y Lobos cesan de golpe de tocar y de cantar; el primero levanta la guitarra en alto y, abatiéndola furiosamente contra el borde del mostrador, va a romperla, cuando un disparo de revólver cruza el bazar. Los gritos redoblan) ¡Bravo! ¡Cuarenta veces bravo!

CASTEBAS, subido a una silla, dominando el barullo.- ¡Señores! Una palabra. ¡Una sola!... (Todos callan. Solemne y trascendental) ¡Señores!... Después de Dios, ¿qué es lo que más vale en el mundo?...

VARIOS.- ¡Mr. Tenedy! ¡Los Estados Unidos! ¡La "Cotarca Corporation"!

CASTEBAS, volviendo a dominar el barullo.- ¡No, señores! ¡No! Después de Dios, el Sexo!... (Rina, zafándose de los brazos de Tenedy, corre a Mordel, como buscando protección)



*Del Anticorcho*

TENEDY, a los músicos.- Ahora, una canción del alma.

PIRLON.- "Ya me voy a una tierra lejana..."

LOBOS.- ¿"La maldición"? ¡Ay, qué lejos me lleva el destino!"

CASTEBAS.- "Aún la nieve se deshace..." (Preludio de canción en su guitarra)

MORDEL, trayendo a Rina por el brazo hacia Tenedy.- Ven aquí. Vamos donde Mr. Tenedy.

TENEDY, cogiendo a Rina entre sus brazos.- ¡Déjela usted! Déjela usted a ella sola! (Rina, riendo nerviosamente, trata de eludir los brazos de Tenedy)

MORDEL, severo.- ¡Rina! ¡Cómo! ¿No respetas al patrón? (Rina, no obstante, se evade de los brazos de Tenedy y, ya muy bebida, revoluciona por la tienda, los cabellos desgredados, sin pañolón, riendo intonteniblemente)

RINA, que ya no consulta las miradas de Mordel.- ¡Nada de cantos tristes! ¡Otro baile! Señor Tenedy, ¿otro baile?

TENEDY.- ¡Alto, señores! ¡Otro baile! (Tenedy toma a Rina por el talle y, ciñéndola contra sí, la pasea, disponiéndose a bailar, mientras Castebas cambia el punteo de su guitarra. Palmoteo general y requiebros a la moza)

RINA, a los músicos.- ¡"Al pie de la tumba muere"! ¡Canto!

LOBOS, a Castebas.- "Un corazón de madera me voy a mandar hacer".

CASTEBAS.- No. "El río vuelve a su cauce". (Cantan. Tenedy y Rina se lanzan a bailar, en medio de un vocerío delirante. Al venir la fuga, Mordel le desliza algo al oído a Rina)

RINA, volviéndose bruscamente a Mordel y cesando de bailar.- ¡Don Mordel!...¿Yo?... (Rina se echa a llorar)

VARIOS.- ¿Qué ocurre? ¿Qué ha pasado?

MORDEL, riendo.- Las copitas. Déjenla que se desahogue.

RINA, llorando.- ¿Por qué?... Pero ¿por qué?

TENEDY, tomándola del brazo.- Rina, no haga usted caso. Bebamos una copa. A ver, don Mordel, un whisky.

TODOS.- ¡Cien whiskys por ella! ¡Y otro baile! "Al pie de la tumba muere". (Castebas toca en su guitarra una danza lenta e infinitamente dolorosa, y Rina permanece inclinada, con el rostro oculto entre las manos)

EL COMISARIO.- Rina, no llores. Ponte alegre.

RINA.- Yo soy una pobre desgraciada y nada más. Ustedes son unos caballeros. Pero ¡qué se hará!...

β



*Act out nuevo*  
ESTAMPADO DE M. L. G. S. 1914

CASTEBAS, recitando y tocando su guitarra.-

Yo he venido a tener gusto,  
no he venido a tener pena...  
Si se acaba, que se acabe,  
que se acabe en hora buena...

RINA.- No, señor Castebas. Danza, no. Ahora, una canción, si a usted le parece bien. Porque ahora me acuerdo... En fin, como dice ese verso: "Mi corazón está triste: tiene ganas de llorar..."

TENEDEY.- Hay que darle gusto. Una canción. (Castebas preludia una canción)

RINA.- Don Mordel, hágame usted el favor de venir a mi lado.

MORDEL, acudiendo.- ¿Qué tienes? ¿Qué deseas? (Pirlón se queda dormido en una silla)

LOS DEMÁS, en torno a la guitarra.- "Un día te acordarás..." No. "La maldición". No. "Aun la nieve se deshace".

RINA, a Mordel.- ¿Quién es usted para mí, don Mordel? Yo sólo soy una pobre y nada más... (La canción comienza y la tertulia escucha en silencio. Al morir el canto, Rina entona, sola, un baile, que Castebas se apresura a acompañar con su guitarra y los demás con palmas. La muchacha se echa una punta del pañolón al hombro y, las manos a la cintura, zapatea, sola. De pronto, da un trespié y Tenedy la sostiene).

MORDEL, a Tenedy, aparte.- Ya está. Ya está en su punto. (El canto y la guitarra cesan poco a poco. Hay un momento de cansancio o de lasitud en el bazar. Castebas se rinde de sueño contra el borde del mostrador; otros permanecen sentados, mirando en el vacío, silenciosos)

RINA, a quien Tenedy ha hecho sentar, recita o canta.- "¡Ay, me voy, me voy, y ya no he de volver, palomita..."

MORDEL, como a una ciega.- ¿Ves, Rina? Aquí está Mr. Tenedy. Mira: aquí está el patrón...

RINA, al oír el nombre de Tenedy, calla y le besa humildemente la mano.- ¡Patrón! Su pobre esclava...

MORDEL.- Mr. Tenedy va a encargarse de ti, mientras mi ausencia. ¿Me oyes?

RINA, maquinalmente.- Si... Muy bien...

MORDEL.- El verá por ti. El hará mis veces en todo y para todo.

RINA, la voz arrastrada y cerrando los ojos.- Si... Muy bien...

MORDEL, a Rina.- Besa a Mr. Tenedy. Aquí lo tienes. ¡Anda!

RINA.- No. Eso... no...

MORDEL, irritado.- ¡Cómo! ¿No le besas? ¿No cumples lo que te ordeno?

RINA, canturreando.- "Porque un amor verdadero... al pie de la tumba muere".







*ochenta*

LOBOS, desde un rincón.- ¡Qué barriga! ¡Un corazón!... (Rina alza de pronto la cabeza y clava unos ojos de asombro en Tenedy y, de uno en uno, en el Comisario, en Lobos y en Mordel. Luego, se pone de pie, agarrándose del mostrador para no caer. Mordel la toma por un brazo y la conduce, paso a paso, a la trastienda)

RINA.- Don Mordel, ¿adónde vamos?

MORDEL.- Ven, ven. Necesitas dormir. Camina.

RINA.- Sí... Me parece que camino... (Al entrar en la oscuridad de la trastienda, se agarra a las solapas de Mordel) ¡Don Mordel, tengo miedo! ¿Dónde de estamos?

MORDEL.- No tengas miedo. Aquí estoy a tu lado. (Ambos desaparecen. Los demás siguen sentados. Pausa).

EL COMISARIO, viendo por una de las puertas que dan a la calle.- Con permiso de ustedes. Regreso. (Vase)

LOBOS, siguiéndole.- Le acompaño, Comisario. Regresamos. (Vase)

TENEDY.- Los espero. (Pausa. Tenedy tiene el oído pendiente de la trastienda, ~~impaciente~~ impaciente. Mordel vuelve, solo) ¿Se durmió?

MORDEL, observando ansiosamente a Tenedy.- Sí. Profundamente, Mr. Tenedy. ¿Dónde están los demás?

TENEDY.- Vuelven en seguida. Han ido un momento afuera. Sírvanos usted algo más de beber. ¿Qué hora es?

MORDEL, llenando las copas.- Serán las tres y media, Mr. Tenedy. (Una gran nerviosidad posee a ambos hombres)

TENEDY, que ha consultado su reloj.- No. Algo más. Las cuatro, menos ~~dos~~ cinco. En fin... (Bajo) Volviendo a lo de su viaje, don Mordel, el Embajador norteamericano, accionista de nuestra sindicato, es un hombre excelente. Hay que consultarle siempre. En cuanto a lo demás, el General Otuna lo pondrá a usted al corriente de todos los detalles.

MORDEL, pensando en otra cosa, bajo.- Perfectamente, Mr. Tenedy.

TENEDY, pensando, él también, en otra cosa.- ~~Con un par de meses en la capital, al lado del señor Otuna, tiene usted tiempo suficiente para ponerse al tanto de la vida política y para adiestrarse, con la colaboración de los amigos, en las maniobras y en la jerga revolucionaria.~~ (Mira y escucha disimuladamente a la trastienda, observado, a su turno, no menos disimuladamente, por Mordel)

MORDEL.- ~~Perfectamente, Mr. Tenedy.~~ Perfectamente, Mr. Tenedy.

TENEDY.- Por lo demás, el General Otuna le pondrá a usted en contacto con el engranaje íntimo de nuestra sede central...

MORDEL, tímidamente, en un supremo esfuerzo.- Permítame usted, Mr. Tenedy, por última vez: ¿es materialmente imposible que Acidal me reemplace?



TENEDY, vivamente contrariado.- Don Mordel, perdamos tiempo. Vuelvo a repetirle a usted...

MORDEL, inmediatamente, arredrado.- Está bien, Mr. Tenedy. Se hará como usted lo ordena.

TENEDY.- Usted nos es indispensable en la Presidencia, don Mordel. A usted no se le oculta, me parece, que en la intervención de los Estados Unidos en la política de su país, "Colacho Hermanos" están tan interesados como la "Cotarca Corporation".

MORDEL.- Así lo entiendo, Mr. Tenedy.

TENEDY.- ¡Ahí regresan!... (Vuelven por la derecha el Comisario y Lobos)

EL COMISARIO.- Hemos pasado una noche encantadora, Mr. Tenedy.

MORDEL, hosco sin poderlo disimular.- Mr. Tenedy nos ha honrado con su presencia.

TENEDY.- Amigos míos, el gusto ha sido para mí. (Pára de pronto el oído a la calle) ¡Oigo voces de mujer, o me parece! (Los deñas paran también el oído. Toda la escena que sigue pasa en voz baja)

TENEDY.- Han dicho: "Rina". ¿No será alguna amiga que la busca? (De repente) ¡Apaguen la luz!... (Mordel apaga la luz y el bazar se queda a oscuras)

VOZ DE LOBOS.- Nadie.

VOZ DEL COMISARIO.- ¡Cállese! (Silencio)

VOZ DE MORDEL.- Voy a despertarla, para que se marche con Novo a su casa.

VOZ DE TENEDY.- No. Espérese usted. Más tarde. Mejor es quedarse a oscuras un momento.

VOZ DE LOBOS.- Hay que bajar la voz.... (Pausa)

VOZ DE MORDEL, impaciente.- Voy a despertarla. Son más de las cuatro...

VOZ DE TENEDY.- No. Le digo a usted que más tarde. Hay que ser prudentes...

VOZ DE MORDEL.- Es que tengo que marcharme, Mr. Tenedy. Ya es tarde.

VOZ DE TENEDY, dura.- ¡Oh, don Mordel, no se haga usted el tonto!... (Nuevo silencio. Luego, alguien camina quedamente en el bazar: los pasos se pierden en la trastienda. Un gruñido ahogado de Mordel. Lobos toca en la guitarra una canción a la sordina, que durará toda la escena que sigue. De momento en momento, el fuego de un cigarrillo)

VOZ DE MORDEL, baja, refunfuñando.- ¡Claro! ¡Unos imbéciles!

VOZ DEL COMISARIO.- ¿Quiénes, don Mordel? ¿Quiénes son unos imbéciles?



VOZ DE MORDEL.- ¡Unos estúpidos! ¡Los dos! ¡Unos borricos! (Se le siente ir y venir, trinando de furor)

VOZ DE CASTEBAS, despertándose a medias.- ¡Qué! ¡Qué ruido es ése! ¡Don Mordel! ¡Lobos! ¿Dónde estamos?

VOZ DEL COMISARIO.- ¡Chut! Usted, a seguir durmiendo.

VOZ DE CASTEBAS.- ¿Quién está adentro con Rina?

VOZ DEL COMISARIO.- ¡Silencio! Rina ya se marchó.

VOZ DE CASTEBAS.- ¿Dónde está Mr. Tenedy?

VOZ DEL COMISARIO.- Acaba de marcharse.

VOZ DE CASTEBAS.- ¿Y Pirlón?

VOZ DEL COMISARIO.- Está durmiendo entre los barriles.

VOZ DE MORDEL, siempre hablando consigo mismo.- ~~borracho~~ ¡Naturalmente! ¡Unos ~~xxxx~~ borricos! ¡Bien merecido!

VOZ DE CASTEBAS, dando unos pasos en dirección de la trastienda.- ¡Rina está adentro con uno!

VOCES DEL COMISARIO Y DE MORDEL, impidiendo a Castebas avanzar.- ¿Dónde va usted? ¡Pelmazo!

VOZ DE CASTEBAS.- Quiero ver quién está ahí...

VOZ DEL COMISARIO, que ha cogido a Castebas por las sobapas.- ¡Borracho! ¡Cállese! ~~contando los minutos que quedan~~

VOZ DE CASTEBAS, airada.- ¡Cómo! ¿A mí? ¿Estrangularme a mí?

VOZ DE LOBOS, que cesa de tocar, dando el alarma.- ¡Ahí viene gente! ¡Silencio! (Castebas da un tirón y avanza resueltamente hacia la trastienda. Una gran bofetada resuena en la oscuridad, seguida de un forcejeo convulsivo. Alguien cae pesadamente al suelo; suena un disparo. Una de las puertas exteriores se abre y se cierra violentamente)

VOZ DE PIRLON, despertándose, aterrado.- ¿Quién? ¿Qué pasa? ¿Dónde? (Vase detrás del que acaba de partir. Largo silencio. Luz brusca de amanecer en el bazar. Tenedy y Mordel aparecen, solos, con aire grave de negocios)

TENEDY, estrechando la mano a Mordel.- Buen viaje, don Mordel. Tenga usted fe. Mucha ~~seg~~ seguridad en usted mismo y en la causa. Hasta la vista.

MORDEL.- Hasta la vista, Mr. Tenedy. Salimos juntos. Mi caballo me espera. (Tenedy vase por la derecha, seguido de Mordel. Las puertas exteriores del bazar se cierran ruidosamente)



Orbe...  
admirable en el siglo...

ACTO TERCERO

Cuadro Quinto

En la capital de la República. Media noche, en la casa política de los hermanos Colacho.

Despacho lujoso. Dos puertas cerradas, una al fondo, otra a la derecha. En el muro del fondo, dos ventanas cerradas.

Mordel y Acidal Colacho, asistidos de sus secretarios Llave y Trozo, aparecen presas de una gran efervescencia. Los cuatros están vestidos con elegancia extrema y melindrosa.

LLAVE.- Una vez, entré a casa del senador francés Félix Potin, en París. ¡Qué montaña de libros! ¿Y saben ustedes quién es Félix Potin? Un industrial enriquecido con bazares, que, hace siete años, cuando estuve en Europa, era tan popular y admirado en París como el propio Presidente de la República. Y todo, naturalmente, por ser rico, pero también por haber leído muchos libros.

ACIDAL.- ¡Formidable!

TROZO.- Y es que hay que convencerse: sin leer libros, es imposible entrar en la política y, menos aun, ser Presidente de la República.

MORDEL, contrariado.- ¡Es una broma! ¿Qué se puede hacer? ¡A estas horas!

ACIDAL.- ¡Hay que ensayar! ¡Ensayar mucho! ¡Día y noche! ¡Sin descanso! Es el único camino que queda.

TROZO.- Es lo que yo digo. Usted, sobre todo, don Mordel, necesita usted ensayarse más. Las maneras, las palabras, todo. Es lo que también opina el General Otuna.

LLAVE.- Sería bueno no decir, por ningún motivo, las palabras que no hemos estudiado. A veces, una palabra, dicha así, sin detenerse a saber lo que ella significa exactamente...



*Ordoñez*  
Ordoñez

ACIDAL.- Puede echar a perder a un hombre para siempre.

MORDEL.- Lo comprendo. Sobre todo en política.

LLAVE.- Por eso, don Mordel, ¡mucho cuidado! Cuando quiera usted decir una palabra cuyo significado exacto ignora usted, pronúnciela usted: ¡no importa! Pero pronúnciela enredándola con otras palabras o atropellando las sílabas...

TROZO.- Como quien no hace la cosa.

LLAVE.- Y siga usted diciendo otras y otras palabras más, a fin de que no se note la palabra mal dicha o mal venida...

MORDEL.- Si. Como el otro día, con la palabra "ético". Ya lo sé.

ACIDAL.- Creo, sin embargo, que debes seguir, en las primeras semanas de tu gobierno, leyendo, por lo menos, mucho periódico y los discursos de las Cámaras.

MORDEL.- He repasado toda la noche en el diccionario las palabras y frases revolucionarias...

ACIDAL.- Luego, ten confianza en ti mismo, en tu persona...

TROZO y LLAVE.- Es lo principal.

ACIDAL.- Tienes, a no dudar, cabeza de caudillo. Esta mañana, con los dos diputados, cuando te hablaban y hacías con la cabeza (Hace movimientos negativos con la cabeza), estabas realmente imponente. ¿Se fijó usted, Trozo? Tenías una serenidad verdaderamente de patricio.

LLAVE, a Mordel.- ¿Le oye usted a su hermano qué bien habla?

MORDEL.- ¡Estupendo! Habla muy bien.

TROZO.- Debido a los estudios que hemos hecho en estas pocas horas...

LLAVE.- Don Mordel, por última vez, enumere usted, a la ligera, pero como si estuviese usted ya en el palacio presidencial, ante los señores y los generales, los principales males de que sufre el país bajo la dictadura de Palumbo, gracias, señor Colacho.

TROZO.- ¡Mucho énfasis! ¡Aplomo! ¡Buz vibrante en la mirada! Hable usted fuerte, diga usted lo que dijese.

MORDEL, de pie, se ensaya.- ¡Los derechos, conculcados; el tesoro Fiscal, en bancarrota; la moneda, depreciada; las industrias, paralizadas; ventarrones de odio, soplando de los cuatro puntos cardinales... Además, si por casualidad me equivocasé, pueden creer que es defecto de la lengua...

TROZO y LLAVE.- Desde luego. Siga usted.

MORDEL.- ¡Ventarrones de odio soplando de los cuatro puntos cardinales del país! Y, señores, doloroso es confesarlo: ¡no ha habido un hombre, uno solo, que levantara su voz en defensa del bienestar y de la paz sociales...



*científicos*

(Tocan a la puerta del foro)

ACIDAL.- Entre

PANCHO, del personal doméstico de los Colacho, por el foro.- Señor, el teniente del Millar.

ACIDAL.- Que espere. Hazle pasar a la otra pieza.

PANCHO vase.- Muy bien, señor.

TROZO, consultando la hora y cerrando bien la puerta.- ¡Avancemos! La una menos veinticinco.

ACIDAL.- Ensayemos las audiencias.

LLAVE.- Sí. Vamos a lo de las audiencias...

MORDEL.- Espérense. Hay que ver primero a del Millar. Luego continuaremos. (Toca un timbre)

ACIDAL.- Sí. Es mejor. Que entre del Millar. (Entra Pancho por el foro)

MORDEL.- Puede pasar el teniente del Millar.

PANCHO vase.- Muy bien, señor.

MORDEL, a Trozo.- ¿Es gente decente, este del Millar? ¿Podemos confiarnos de él?

TROZO.- Un caballero, don Mordel.

LLAVE.- Es nada menos que descendiente del mariscal Fernando del Millar, conde de Mosqueta y Presidente que fué de la República. (Vuelve Pancho e introduce al teniente del Millar)

DEL MILLAR, saludando militarmente.- Señores, buenas noches. (Pancho vase, cerrando la puerta del foro)

MORDEL.- Pase usted, teniente del Millar. Le esperábamos. Siéntese.

DEL MILLAR.- Muchas gracias, señor Colacho.

ACIDAL.- ¿Talvez le han visto entrar a la casa?

DEL MILLAR.- No lo creo. No nos ha visto nadie.

TROZO, a Mordel.- Señor Colacho, al teniente del Millar le hemos hablado del movimiento revolucionario y la hemos hecho ver la necesidad que tenemos de que nos ayude, como patriota y buen soldado que es. Se trata de que el teniente del Millar, a la hora en que el General Otuna ataque el palacio de Gobierno, se encargue, él, del General Tequila... Quiero decir que, como ayudante que es el teniente del Millar del General Tequila, se encargue... se encargue de...

LLAVE.- Que lo suprima. Eso es. Hablemos categóricamente. El teniente que-



*ochentiseis*

dó en darnos su respuesta en presencia de usted, y ahora...

ACIDAL.- ¿Qué dice usted, teniente del Millar? ¿Lo ha reflexionado usted?

DEL MILLAR, tras una corta reflexión.- Señores, díganme ustedes: ¿qué es lo que se propone hacer la revolución, en definitiva? Yo no soy sino militar y, como tal, poco versado en cuestiones políticas...

ACIDAL.- Teniente del Millar, usted está al corriente de que el país padece, desde hace años, los rigores de la tiranía. Ahora bien, un gran número de ciudadanos se propone derribarla por la fuerza. El golpe está preparado. Tenemos varios batallones con nosotros...

LLAVE.- Muchos Generales y Coroneles...

TROZO.- Dinero suficiente...

MORDEL.- El apoyo entusiasta del pueblo...

ACIDAL.- Pero resulta que el General Tequila es, como usted lo sabe, uno de los esbirros más sanguinarios de la tiranía, y mientras él esté vivo, toda tentativa para echar abajo al tirano será impotente y está llamada a fracasar. La Patria, con obra de los cobardes que, como usted, no quieren secundar para echar por tierra la augusta tiranía, yo lo aconsejo...

MORDEL.- Teniente del Millar, su deber de usted es ponerse del lado del pueblo, que gine abajo las garras ortodoxas (Consulta la palabra de soslayo a sus secretarios) del dictador Palurdo...

ACIDAL.- Y entonces, ¿qué de usted, teniente? ¿un de los cobardes?

TROZO.- ¿Qué objeto usted, teniente? ¿Convenido? (Del Millar está agachado y no responde) res. ¿ustedes costará con mi concurso. ¿ustedes...

MORDEL, arrojando al momento llegado de hablar bien.- Su abuelo, el mariscal del Millar, fué uno de los próceres de la Independencia. Los Millares (Miradas de soslayo a sus secretarios) dieron vida a la Patria: los Millares deben también salvarla de una de las tiranías más pernicitas de América. ~~XXXXXXXX~~ (Llave y Trozo intentan decir algo); Teniente del Millar, de familia de leyenda, cumpla usted su deber de militar y de patriota!

LLAVE.- ¿Qué quiere usted, teniente? Por desgracia, las grandes revoluciones exigen, a veces, efusión de sangre.

ACIDAL.- Comprenda usted bien, teniente, que si Tequila sale al combate, la revolución costará la vida a centenares de personas.

MORDEL.- En cambio, si Tequila no sale, la toma del palacio nacional será casi pacífica, muy fácil.

ACIDAL.- La muerte de <sup>un pretoriano como</sup> Tequila impediría la muerte de muchos ciudadanos...

MORDEL, enfático.- Teniente del Millar, usted, mejor que nadie, sabe que los destinos de los pueblos, como los de los individuos, son heraldos bifrontes e inmortales. (Trozo y Llave intentan decir algo) ¿qué es la Patria, teniente? ¿Cuáles son las rutas epopéicas, que guiaron el país, desde su bícOLOR romanticismo, hasta la actual tiranía? (Acidal, Trozo y Llave intentan hablar) ¿Cuáles son esas rutas, del Millar?



ACIDAL.- A ver, teniente, diga usted: ¿cuáles?

MORDEL. con una santa ira.- ¡Desventurado pueblo! Ya puedo seguir predicando años y siglos: ¡nadie habrá quien me comprenda plenamente! ¡Nadie! (Se vuelve a sus secretarios. Paseándose); Y, mientras tanto, la imagen de la nación sigue, como Cristo, sudando sangre! (Llave y Trozo dan muestras de extraño malestar); El dictador, con sus manos impíberas...

ACIDAL.- ¡Tintas en la sangre de sus víctimas!

MORDEL.-...le sigue arrancando el peplo refulgente, la corona y el bendito cenotafio!

ACIDAL.- ¡Y todo, porque hay hombres que se niegan a cumplir con su deber!

LLAVE.- ¡Es para morir de pena!

TROZO.- ¡Es para morir de pena y de vergüenza!

después de consultarse con sus secretarios.-

MORDEL.- Teniente del Millar, con su silencio épico y tenaz, está usted, bien lo vemos, diciéndonos claramente que no se adhiere usted a la revolución. (Amenazador) ¡Está muy bien! ¡Perfectamente! ¡Si mañana caen las columnas de la Patria, por obra de los cobardes que, como usted, no quieren secundarnos para echar por tierra la augusta tiranía, yo los acusaré y pediré castigo para ellos, a la sombra del trofeo de Bolívar! (Busca los ojos de sus secretarios)

ACIDAL.- Y entonces, ¡ay de usted, teniente! ¡ay de los culpables!

DEL MILLAR.- Señores, pueden ustedes contar con mi concurso. Estoy dispuesto a dar mi vida por la Patria. (Se levanta para irse)

MORDEL.- ¡Muy bien, teniente del Millar! Lo felicito.

ACIDAL, TROZO, LLAVE.- ¡Magnífico, teniente! ¡Así me gusta! ¡Del Millar había de ser! (Todos le estrechan la mano)

MORDEL.- Y conste, teniente, que no es traición lo que va usted a cometer con su General. ¡No! ¡Es, más bien, un plinto sacratísimo! ¡In partibus infidelium!

ACIDAL, TROZO, LLAVE.- ¡Naturalmente! ¡Qué duda cabe! ¡Es claro como la luz!

DEL MILLAR.- Me vuelvo, señores, a mi cuartel, y espero...

MORDEL. volviendo a estrecharle la mano.- Bueno, teniente. Es usted un bravo. Será usted capitán. (Toca un timbre) Y ni una palabra más. Volveremos, otro día, a llamarle, para darle las debidas instrucciones.

DEL MILLAR.- A la hora que usted guste, señor Colacho. (Entra Pancho por el foro)

ACIDAL.- Pancho, conduce al señor del Millar hasta la puerta de la calle, y que nadie vaya a verle salir.

LLAVE.- Muy bien, señor.



*ochentiocho*

DEL MILLAR, militarmente.- Buenas noches, señores. (Vase por el foro, precedido de Pancho)

ACIDAL, cerrando bien la puerta.- ¡Vaya, hombre! Esto va por buen camino. Todo se allana.

MORDEL.- Ahora, mis amigos, volvamos a lo de las audiencias.

TRICZC, sí, si démosnos a bridas. Yo soy don Embajador. Entro. (Figura que entra por el foro) Saludó... salud del Presidente, militarmente.

LLAVE.- ¡Un instante! Las cosas, por orden. Yo soy el Ayudante del Presidente, que introduce las visitas. Desde la puerta, (Rescanificando, desde la puerta del foro) anuncio: (Figurando el Ayudante) Su Excelencia, el Embajador de la República Cundiana... Luego, me retiro...

ACIDAL.- Yo soy el secretario presidencial y, al anuncio de la visita, ~~vase~~ me voy por otra puerta, (Figura que vase por la puerta de la derecha. Llave y Acidal se arrinconan, el primero del lado de la puerta del foro y el segundo, del lado de la puerta de la derecha, simulando haberse retirado del despacho)

TRICZC, en el panel de Embajador de la República Cundiana, figurando que entra por el foro.- Excmo. Señor, buenas tardes.

MORDEL, en el panel de Presidente de la República, de pie ante su despacho.- ¡Encantado, señor Doll! ¿Cómo está usted? (Las manos)

EL ENBAJADOR.- Muy amable, Excmo. Señor.

EL PRESIDENTE.- Moléstese usted en tomar asiento.

EL ENBAJADOR.- Muy agradecido de haber sido recibido, apesar de ser hoy día domingo, Excmo. Señor. Voy a ser breve...

EL PRESIDENTE, adelantándose.- Sus negocios, señor Doll, salieron de Alejandria hace diez días, según cálculos aproximados del Jefe del Protocolo... (Hablando como Mordel) ¿Es así que se puede decir?

ACIDAL y LLAVE.- Sí, sí. Está muy bien.

EL PRESIDENTE, al Embajador.- A la fecha, deben de estar en Nueva York. Esperamos aviso cablegráfico de nuestro Ministro en Inglaterra.

EL ENBAJADOR, rectificando cortésmente.- En los Estados Unidos, Excmo. Señor...

EL PRESIDENTE.- Digo... sí. En los Estados Unidos. Tiene usted razón...

LLAVE, a Mordel.- ¡Un momento! La geografía es muy importante, don Mordel. Tiene usted que estudiarla un poco más.

MORDEL.- Bueno. Conforme. Continuemos.

EL ENBAJADOR, retirándose.- Infinitamente agradecido, Excmo. Señor, por tanta gentileza. No quiero retenerlo por más tiempo.



*ochentinueve*

LLAVE, bajo, a ACIDAL.- Indudablemente, las visitas van mejor que los discursos.

EL EMBAJADOR, estrechándole la mano al Presidente.- Buenas tardes, Excmo. Señor.

EL PRESIDENTE.- ¿Tiene usted noticias de su país?

EL EMBAJADOR.- Sin novedad, Excmo. Señor. Los movimientos revolucionarios se suceden normalmente. La salud del Presidente, inalterable.

EL PRESIDENTE.- ¡Cuánto me alegro! Mis respetos a la señora, señor Doll.

EL EMBAJADOR.- Gracias, Excmo. Señor. Hasta muy pronto. (Trozo figura que vase por el foro)

LLAVE.- Está magnífico. Nada que corregir.

MORDEL.- No he terminado. (Figura que toca un timbre) Llamo ahora al secretario. (A Acidal) Tú... (El secretario figura que acude por la derecha)

MORDEL, Presidente.- Secretario, dígame usted: ¿por qué los egipcios han de tener que pasar por Nueva York? ¿Usted no se equivoca?

ACIDAL, en el papel de secretario.- Por París, Excmo. Señor. (Hablando como Acidal) ¡Vemos! En efecto, dijiste mal, al decir que pasaban por Nueva York...

MORDEL.- Ya lo sé. Pero, supongamos que me hubiese yo equivocado. Yo preguntaría entonces a mi secretario: (Hablando como Presidente) Dígame usted, secretario: ¿por qué los egipcios han de tener que pasar por Nueva York? ¿Usted no se equivoca?

EL SECRETARIO.- Por París, Excmo. Señor.

EL PRESIDENTE, rectificándose.- ¡Ah, bueno! Por París. ¿Por qué tienen que pasar por París?

EL SECRETARIO.- Excmo. Señor, me parece que es por razones modernistas o algo semejante. París da a las cosas más antiguas, como los egipcios, un sello moderno...

TROZO.- Muy bien. Está perfecto.

EL SECRETARIO.- En América Latina no se fuma sino lo que pasa por París. Sucede en esto, del tabaco, lo que sucede con las ideas.

EL PRESIDENTE.- ¡Hum!... Y, si, en vez de pasar por París, pasasen los egipcios por Nueva York, ¿qué ocurriría, secretario?

EL SECRETARIO.- Excmo. Señor, en efecto de modernismo, como usted sabe, mucho está cambiando últimamente, no sólo en América, sino en el mundo entero. Después de la guerra, Nueva York está rivalizando ventajosamente con París...

LLAVE.- ¡Estupendo! No hay nada que corregir.







EL PRESIDENTE.- Prepáreme usted un discurso para recibir, esta noche, la medalla de los "Héroes de Solcos". Un discurso mediano, regular. Tome usted un poco de Roosevelt. Es más patriota que Lebrun.

EL SECRETARIO.- Bien, Excmo. Señor.

TROZO y LLAVE.- ¡Irreprochable! ¡Baste!

MORDEL, hablando como Mordel.- Un momento. (Figura que itoca un timbre. Al secretario, como Presidente) No ponga usted muchas veces "conciencia nacional", que parece que ya no está de moda. (Hablando como Mordel) Llamo al Ayudante. (A Llave) Usted...

LLAVE, en el papel de Ayudante, figurando que entra por el foro.- Excmo. Señor.

EL PRESIDENTE.- El Presidente del Congreso. (A Trozo, hablando como Mordel) Usted es el Presidente del Congreso. (El ayudante vase). El Presidente, en un sobresalto, al secretario) Secretario, es entendido que el Embajador norteamericano así que quede, como siempre, pasar a verme cuando quiera. No confunda usted las cosas. de "libertad" y de "democracia".

EL SECRETARIO.- Perfectamente, Excmo. Señor.

EL AYUDANTE, desde la puerta del foro, anuncia.- El señor Presidente del Congreso. (Figura que se retira)

TROZO, en el papel de Presidente del Congreso, figura que entra.- Buenas tardes, Excmo. Señor. (El secretario simula que se va por la derecha)

EL PRESIDENTE.- Adelante, General. El ayudante se inclina y figura que va

EL PRESIDENTE DEL CONGRESO.- Seré breve. Una pequeña dificultad...

EL PRESIDENTE.- ¿De qué se trata? ¿Los botones? ¿La autorización para...?

EL PRESIDENTE DEL CONGRESO.- Exactamente, Excmo. Señor... (Trozo, hablando como Trozo, a Mordel) ¿Qué botones?... me falta de un hijo del coronel de...

ACICAL Y LLAVE, desde sus respectivos rincones.- ¡Chut! ¡Silencio!

EL PRESIDENTE.- He leído en la prensa ese debate... absolutamente injusto...

LLAVE.- ¡Eso es! Ese debate.

EL PRESIDENTE DEL CONGRESO.- Todo eso puede ocurrir en el Gobierno...

EL PRESIDENTE DEL CONGRESO.- ¡Un escándalo mayúsculo, Excmo. Señor! (Hablando como Trozo) y reflexionando) ¿Los botones? ¿Los botones?...

LLAVE.- ¡Botones! de lo que sea! ¡Siga usted, señores! ¿Cómo puede haber...?

EL PRESIDENTE DEL CONGRESO.- Inmediatamente dispuse lo necesario... Inmediatamente dispuse lo necesario... para que ningún periódico publicase el debate sino suprimiendo las pruebas y documentos presentados por los diputados de la oposición...

EL PRESIDENTE.- ¿Ugarte y Chumpitaz?



*noventidos*

EL PRESIDENTE DEL CONGRESO.- Los de siempre. ¡Cómo lamento la complacencia...

EL PRESIDENTE.- General, dice el adagio: cría cuervos, que te sacarán los ojos.

EL PRESIDENTE DEL CONGRESO.- La culpa, en realidad, es mía. Usted no quiso apoyarlos en las elecciones y yo me empecé en darles a cada uno un Gobernador y fondos para los gastos electorales. Pero, Excmo. Señor, yo nunca supe que, un día, se volvieran contra el régimen que les hizo elegir, para hablar (Carcástico) de "honradez", de "erario público" y otras zarandajas.

EL PRESIDENTE.- General ¿qué opina usted de una pequeña temporada, de unos seis meses, para Ugarte y Chumpitaz, en la Isla de los Cóndores?

EL PRESIDENTE DEL CONGRESO.- Como usted disponga, Excmo. Señor.

EL PRESIDENTE. haciendo como que toca un timbre.- Arreglado, General. Ahora mismo.

EL PRESIDENTE DEL CONGRESO.- El mal ejemplo cunde. Mañana, otros diputados se creerán también autorizados a hablar de "libertad" y de "democracia"...

EL PRESIDENTE.- En plena Cámara de diputados. ¡Infecto! (Llave, Ayudante del Presidente, figura que entra) Trasmítale usted inmediatamente al Prefecto de Policía la orden de detener ipso facto...

ACIDAL.- ¡Muy bien, muy bien!

EL PRESIDENTE....a los diputados Ugarte y Chumpitaz y de dar cuenta de ello al Ministro de la Gobernación. (El ayudante se inclina y figura que vaise)

EL PRESIDENTE DEL CONGRESO.- Dijeron, Excmo Señor, que el Ministro de la Guerra y el Jefe del Estado Mayor del Ejército, con la autorización personal de usted, habían decretado la compra por el Estado a un particular, de un lote de botones de uniformes militares, que eran nada menos que de propiedad del Estado. Leyeron, al efecto, una carta de un hijo del coronel Jefe del Gabinete Militar, dirigida a un X., en la que se le autoriza a tomar los botones de los depósitos del Arsenal de Guerra, reiterándole la necesidad de "dividir el total del precio, en partes absolutamente iguales, entre los cuatro caballeros que usted sabe",- así decía textualmente la carta...

LLAVE.- Todo eso puede ocurrir en el Gobierno...

ACIDAL.- ¡Chut! ¡Chut!

EL PRESIDENTE, indignado, al Presidente del Congreso.- ¿Cómo puede haber caído esa carta en manos de esos miserables?

EL PRESIDENTE DEL CONGRESO.- Lo ignoro, Excmo. Señor. La osadía de Ugarte hasta afirmar....

EL PRESIDENTE.- Sí, sí. Lo he leído: que, según....que, según...



ADICIONALES  
novantitres  
Escribanos de este Congreso

EL PRESIDENTE DEL CONGRESO.- Que, según la filosofía del derecho...

EL PRESIDENTE.- Eso: que no hay venta de lo ajeno, ni compra de lo propio.

LLAVE.- ¡Soberbio! ¡Cómo ha progresado!

TROZO, volviéndose a Llave y hablando como Trozo.- ¡Chut! ¡Mal rayo...

EL PRESIDENTE.- Ni compra de lo propio...

EL PRESIDENTE DEL CONGRESO.- Ni compra de lo propio. Y que, en consecuencia, el Estado no podía comprarse a sí mismo cosas y bienes de su pertenencia...

EL PRESIDENTE.- ¡Basta! ¡Basta! Lo dicho: ¡a la Isla de los Cóndores! ¡Cómo va eso de Barbitas?

EL PRESIDENTE DEL CONGRESO.- Excmo. Señor... Eso de Barbitas...

MORDEL, hablando como Mordel.- ¡Lo del petróleo, hombre!

EL PRESIDENTE DEL CONGRESO.- Sigo luchando denodadamente con seis diputados más, que exigen sumas fabulosas por sus votos, alegando que, en caso contrario, no sólo votarán en contra, sino que denunciarán el caso ante la opinión pública.

EL PRESIDENTE.- Supongo que usted les habrá hecho notar que la cantidad que nos da la Standard Oil, como gratificación extra, fuera del contrato, para obtener la concesión petrolera, quitándosela a la Royal Dutch, es apenas de 1 1/2 millones. ¡Una bicoca, a dividir entre 70 diputados y los miembros del Ejecutivo!

ACIDAL.- Yo creo que ya es suficiente. (Avanza hasta el centro del despacho) Todo está perfecto. Basta por ahora. Volveremos a ensayar otro poco mañana. Vamos a hablar con Otuna.

MORDEL.- ¡No, no, no! Hay tiempo de ver a Otuna esta noche. Sigamos ensayando. Retírate, retírate a tu rincón. (A Trozo) Decíamos... ¡Ah, sí!...

ACIDAL, retirándose.- Bueno. Como tú quieras.

EL PRESIDENTE, al Presidente del Congreso.- ¡Quince millones! ¡Una bicoca!

EL PRESIDENTE DEL CONGRESO.- Lo saben de sobra, Excmo. Señor.

EL PRESIDENTE.- ¿Entonces? (Dominando su indignación) General, en este pobre país- no lo olvide usted- el Gobierno sólo logra hacerse obedecer ~~maxx~~ del Parlamento de dos únicas maneras: comprándolo o a sablazos. Continúe usted, General, en sus patrióticas gestiones. Agotado el primero de los medios, habrá que emplear el último.

EL PRESIDENTE DEL CONGRESO, para irse.- De acuerdo, Excmo. Señor. Completamente de acuerdo.

EL PRESIDENTE.- Confío en usted, General. Buenas tardes.



EL PRESIDENTE DEL CONGRESO.- Excmo. Señor, mi entera lealtad. (Trozo figura que se va)

LLAVE.- Ahora, el Ministro de Justicia. (Anuncia, en el papel de Ayudante, desde la puerta del foro) El señor Ministro de Justicia.

ACIDAL.- ¿Por qué nó otro Ministro? El de Estado o/de Instrucción.

LLAVE.- Los asuntos de Gracia y Justicia son más graves. Verá usted...

TROZO, en el papel de Ministro de Gracia y Justicia, figura que entra por el foro.- Excmo. Señor, (Abre un pliego que traía bajo el brazo) anoche la policía ha descubierto, en los barrios textiles de Peñalta, un complot de comunistas y anarquistas...

EL PRESIDENTE, impaciente.- El milésimo del año. ¿Y luego? Doctor Collar, tengo mucho que hacer.

EL MINISTRO DE JUSTICIA.- Se <sup>apresó,</sup> ~~nombró~~ Excmo. Señor, <sup>a</sup> varios ~~xxxxxx~~ individuos. He dispuesto se instaure el sumario correspondiente, por delitos contra la seguridad del Estado. Pero hé aquí que el Fiscal se niega a formular la debida acusación, alegando que, conforme a la Constitución y al código penal, no hay lugar a tal acusación, puesto que los comunistas y anarquistas gozan, al igual que los demócratas y los liberales, de la libertad de reunión y de opinión, consagrada por la legislación de la República...

EL PRESIDENTE.- ¡Animal! Reemplácelo usted inmediatamente. ¿Eso era cuanto tenía usted que consultarme?

EL MINISTRO DE JUSTICIA, consultando su pliego.- Se pesquisó ~~ta~~ a los obreros un periodicuelo...Aquí está...(Leyendo) "La Verdad". Con artículos subversivos contra el régimen y contra el orden social.

EL PRESIDENTE, cogiendo el periódico.- ¿Quiénes son los que ahí escriben? (Leyendo) Salvador Calderón, Vicente...Justino Molle, Pi y Margall, Manuel Arteaga...Profesor Marañón, L. Vázquez, Carlos Marx...(Volviéndose al Ministro) ¿Quiénes son estos individuos? ¿Conoce usted a alguno de ellos?

EL MINISTRO DE JUSTICIA.- Absolutamente a nadie, Excmo. Señor.

EL PRESIDENTE.- ¡A girona! ¡Todos, a chirona, doctor Collar!...

EL MINISTRO DE JUSTICIA.- Justamente, Excmo. Señor, la policía fué, a las 4 ó cinco de la madrugada, a buscar a sus casas a los que firman los artículos. No se encontró a ninguno. Salvador Calderón no parece que ha dormido en su casa. Carlos Marx estuvo a punto de caer preso en su cocina, pero huyó...

EL PRESIDENTE.- Doctor Collar, que sigan buscándolos. ¡A todos! ¡Sin compasión!. Póngase usted de acuerdo con el Ministro de la Gobernación. Cuando ustedes hagan, lo apruebo de antemano.

EL MINISTRO DE JUSTICIA, para irse.- Perfectamente, Excmo. Señor. Me retiró. Buenas tardes. (Trozo figura que vase)



novatissimo

EL PRESIDENTE. - ¡Buenas tardes! ¡Bordel!... todo en...

LLAVE. - ¡Bordel! no hay que olvidar un detalle: "modus vivendi, modus vivendi, modus vivendi..."

MORDEL. - "Vox populi, vox dei, sursum corda, requiescat in pace..."

TROZO. - Particularmente, en sus entrevistas con los altos prelados de la Iglesia, como susaltos magistrados se le dirigirá en un discurso al pueblo, el modo de parecerme a ti en los menores detalles, a fin de que la...

MORDEL. - ¡Ojalá recibir las credenciales de los embajadores de las grandes potencias.

TROZO. - Y que todo ha pasado. ¡Pero es claro!

LLAVE. - Abordemos ahora la substitución.

LLAVE. - Al menos, en los primeros momentos, que después, cuando se aban...

ACIDAL. - Sí: ¿cómo vamos a ensayar? ¿un encuentro repentino del secretario presidencial conmigo en el sillón de Presidente?

LLAVE. - ¡Ca! ¡No! ¡Primeramente, el secretario se sienta a la mesa con usted... No... No...

TROZO. - Y también lo repite en todas sus cartas: una vez tomado el po...

TROZO. - ¡Opino por que le capel Ayudante el que, a la vez, confiarlo a un...

LLAVE. - ¡Un momento, un momento! Primero, el secretario y luego, el Ayudante de los norteamericanos no se fían ni de Otana.

ACIDAL. - Ah, por último, cuando en el sillón presidencial, varias credenciales oficiales y particulares de otros.

MORDEL y TROZO y LLAVE. - ¡Bueno! Sí, porque hay que ponerse en todos los casos...

ACIDAL. - ¡Ah! ¿Qué papel de secretario del Presidente, es decir, mi secretario.

ACIDAL. - ¡Venga al despacho. - ¡Vamos allá!...

MORDEL. - Bueno. Yo soy el secretario.

MORDEL. - Hablamos en voz baja. Pueden oírnos los criados.

ACIDAL. - Llave sigue de Ayudante, y usted, Trozo, juega siempre el papel de las distintas personas en audiencia: junto a la puerta de la derecha...

TROZO. - Pero, ¡y las diferencias de vestidos! ¿entretusted y don Bordel? ¿vestidos diferentes igualmente. Pues, durante la cual Acidal se compone el...

LLAVE. - ¡Ah! ¿Es verdad? ¿cómo haremos? No. Luego, hace como que todo en...

ACIDAL. - ¡Toma! Pues es sencillo: no tenemos más que cambiar los vestidos...

MORDEL y TROZO. - ¡Hombre!... ¡Nada más simple!... (Acidal y Bordel camocian chaquetas, chalecos, cuellos, corbatas) ser nombrado ministro de Fomento y que se presente en Palacio, esta misma noche, después de cenar, a...

TROZO y LLAVE. - ¡Sencillísimo! ¡Nada más fácil!... ¡efecto que produce la presencia de Acidal en la Presidencia, en el ánimo...

MORDEL. - ¡Es que (A su hermano) tú no te verás nunca en el caso de substituirme, pero, en fin...

MORDEL. - ¡En el papel de secretario, sorprendido. - Es decir... Perfecto...

ACIDAL. - ¡Que no? ¡Qué sabes tú!...



LLAVE y TROZO.- ¡Precaver, don Mordel!... Todo es posible en política.

ACIDAL.- El día menos pensado, puedes enfermar, ausentarte por razones mismas de estrategia...

LLAVE.- Y hasta para el caso mismo de ser víctima de un atentado, ~~construcción~~ en fin...

ACIDAL.- Es menester que yo pueda reemplazarte. Y para eso debo ensayar el modo de parecerme a ti en los menores detalles, a fin de que la gente, al verme en el despacho presidencial, siga creyendo que tú estas en el poder...

TROZO.- Y que nada ha pasado. ¡Pero es claro!

LLAVE.- Al menos, en los primeros momentos. Que después, aunque acaben por saber que (A Mordel) no es usted que está en la presidencia, sino don Acidal.

ACIDAL.- Mr. Tenedy lo ha dicho: a falta de don Mordel, don Acidal.

TROZO.- Y también lo repite en todas sus cartas: una vez tomado el poder, no hay que soltarlo por ningún motivo; no hay que confiárselo a nadie, que no sea uno de los dos.

LLAVE.- Los norteamericanos no se fían ni de Otuna.

ACIDAL.- Además, sería absurdo no aprovechar, en caso necesario, del formidable parecido que hay entre nosotros.

MORDEL y TROZO, terminado el trueque de prendas de vestir entre los Colacho.- ¡Ya!... ¡De primera!...

LLAVE, a Acidal.- Ocupe usted el sillón presidencial. (Las manos)

ACIDAL, sentándose al despacho.- ¡Vamos allá!...

TROZO, bajo.- Hablemos en voz baja. Pueden oírnos los criados.

MORDEL.- Yo, secretario, (Va a arrinconarse junto a la puerta de la derecha) ~~no~~ no estoy aquí. Yo estoy en otra parte y (A Acidal) tú llamarás cuando desees.. (LLave y Trozo, arrimados a la puerta del fondo, figuran estar ausentes igualmente. Pausa, durante la cual Acidal se compone el pecho y toma un aire solemne y magestuoso. Luego, hace como que toca un timbre. Mordel, en el papel de secretario, figura que entra al despacho)

ACIDAL, en el papel de Presidente de la República, sin voltear a verle, autoritario.- Señor secretario, telefonee usted inmediatamente al General Chotango, anunciándole que acaba de ser nombrado ministro de Fomento y que se presente en Palacio, esta misma noche, después de cenar, a prestar el juramento de ley. (Trozo y Llave siguen ansiosamente el efecto que produce la presencia de Acidal en la Presidencia, en el ánimo del secretario)

MORDEL, en el papel de secretario, sorprendido.- Es decir... Perfectamen-



*novatissimo*

te...Excmo. Señor... Perfectamente. (Da unos pasos vacilantes, pensativo, en dirección de la puerta, se detiene, mira al Presidente, vuelve a balbucear) Quiero decir...Muy bien...

EL PRESIDENTE, encrespado.- Señor secretario, advierto, desde algún tiempo, cierta negligencia de su parte en el cumplimiento de sus deberes. Corrijase usted o me verá obligado a tomar medidas muy severas.

EL SECRETARIO.- Excmo. Señor, una especie de vértigo. No es nada. Ya pasó. (Vivamente) ¿Al General Chotango? ¡Al instante, Excmo Señor!..(Figura que se va)

LLAVE.- Me parece...

TROZO le impide continuar.- ¡Chut! ¡Pardiez! (El Presidente finge que toca un timbre y Llave, el Ayudante, hace como que entra)

EL PRESIDENTE, sin voltear a verle.- ¿Quiénes esperan en la antesala?

EL AYUDANTE, advirtiendo de pronto a Acidal en el puesto de Mordel, desconcertado.- Afuera, Excmo. Señor...Afuera...Afuera, el Nuncio Apostólico...El Prefecto de Zulaba...

EL PRESIDENTE.- Introduzca usted al Nuncio de Su Santidad. (El ayudante intenta decir algo, pero se inclina y simula que vase. Pausa)

EL AYUDANTE, desde la puerta del foro, anuncia.- Su Eminencia, el Nuncio de su Santidad.

TROZO, en el papel del Nuncio, figura que entra.- Excmo. Señor, cuánto gusto en saludarlo.

EL PRESIDENTE, avanzando algunos pasos al encuentro del Nuncio.- Adelante, Monseñor. ¡Una satisfacción inmensa en recibirlo! (Las manos)

EL NUNCIO, reconociendo en el Presidente a Acidal, turulato.- Excmo.... Excmo....Señor...(Mordel y Llave están pendientes de la escena)

EL PRESIDENTE.- Suplico a Su Eminencia tomar asiento. Por aquí...Moléstese, Monseñor.

EL NUNCIO.- Infinitamente amable...Muy amable.

EL PRESIDENTE, ambos sentados, uno frente a otro.- Me preparaba, desde ayer, a recibir a Su Eminencia.

EL NUNCIO.- Desde ayer, en efecto. (Observa en torno suyo, abstraído)

EL PRESIDENTE.- Siempre es un regalo para el alma, su charla luminosa, Monseñor.

EL NUNCIO.- Señor Presidente...Señor Presidente de la República...El placer inapreciable es para mí.

EL PRESIDENTE.- Felicito a Su Eminencia, por el completo restablecimien-



to de la salud de Su Santidad. ¿Una pequeña gripe sin consecuencias?

EL NUNCIO, maquinalmente.- Sí...Sin consecuencias...Sin consecuencias.(De pronto, categórico) Aunque mi cargo diplomático gira completamente al margen de la política interna de este gran país y de sus vicisitudes, no deja, sin embargo...

EL PRESIDENTE, saliéndose al paso.- Sí, ya comprendo el estupor de Su Eminencia. No es para menos...

EL NUNCIO.- Quiero decir...La intención que me mueve...

EL PRESIDENTE.- Me adelanto a presentar a Su Eminencia mis excusas, en nombre de las instituciones republicanas de mi patria. Suplico, humilde y respetuosamente, a Su Eminencia, no ver en el hecho vergonzoso que nos ocupa...

LLAVE, desde su rincón.- No, no, no...No es ése el giro que hay que...

MORDEL.- ¡Chut! ¡Déjelo! ¡Déjelo! Que siga.

EL PRESIDENTE.-...en el hecho vergonzoso que nos ocupa, sino uno de esos extravíos inevitables por los que toda república, joven como la nuestra, tiene, a veces, que atravesar, en el curso de su turbulenta historia...

MORDEL.- Excelente.

EL NUNCIO.- Es la misma reflexión que yo me hago. El destino de los pueblos jóvenes es un constante juego, tumultuoso y contradictorio en apariencia, pero bien intencionado siempre, de toda suerte de inquietudes, de pasiones e ideales.

EL PRESIDENTE.- Monseñor es en extremo indulgente, y me conmueve realmente...

MORDEL,

ACIDAL a Llave.-¿Ve usted? Se lo echó al bolsillo.

EL NUNCIO.- Uno de los deberes de la Iglesia es de comprender el alma de los pueblos, que no es más que una síntesis de almas individuales. El resto- la política temporal, el vaivén de los gobiernos- ocupa segundo plano a los ojos de nuestro sagrado ministerio. No hablemos más de ello, Excmo. Señor...(Mordel aplaude con palmas silenciosas. Llave, a la puerta del fondo, hace lo propio. El mismo Trozo abre un paréntesis a su papel de Nuncio y se aplaude a sí mismo)

ACIDAL, creyendo que se le aplaude a él.- No, no. Es a Trozo que hay que aplaudir...

TROZO.- ¡Cómo! No, señor. ¡A usted! Por haber logrado que el Nuncio se incline ante los hechos consumados...

ACIDAL.- En fin, acabemos. Prosigamos. Diga usted...

TROZO, Nuncio Apostólico.- Venía, Excmo. Señor, con el objeto de informarme personalmente...



*Novelista*

EL PRESIDENTE.- Monseñor está en su casa y sabe que en ella nada puede serle rehusado. "Acidal, Monseñor..."

EL NUNCIO.- Muy obligado, Excmo. Señor. Venía con el objeto de informarme de la impresión que ha merecido al Supremo Gobierno mi propuesta relativa a la inclusión de la pastoral de Su Santidad, Benedicto XV, sobre la idea de democracia, en el texto oficial de la Historia Universal para la Segunda Enseñanza....(Acidal, sin penetrar completamente el contenido de esta frase, interroga, desorientado, con los ojos a Trozo, a Llave y a Mordel. Este le responde, alzando los hombros, que él tampoco ha entendido nada)

LLAVE, a Acidal.- Contéstale usted: La apruebo, entusiasmado, Monseñor.

EL PRESIDENTE, al Nuncio.- La apruebo entusiasmado, Monseñor. De todo corazón, Monseñor. La apruebo regocijado, Monseñor...

TROZO.- Bueno. Me parece que ya es hora que me marche. (Se levanta para irse. Hablando como Nuncio) Entonces, Excmo. Señor, no me queda sino renovar a usted mis infinitos agradecimientos, en nombre ~~mío~~ de la Iglesia y en el mío propio. (Las manos)

EL PRESIDENTE, de pie.- No veo de qué, Monseñor. Por el contrario, soy yo quien le reitero mis excusas por el hecho bochornoso que hoy ha sumido a Su Eminencia, con tan justa razón, en el más grande estupor...

EL NUNCIO.- Repito, cosas ineluctables y comprensibles en los países recién iniciados en las luchas republicanas.

EL PRESIDENTE.- Pero, Monseñor puede estar seguro que mi gobierno castigará a los comunistas y anarquistas culpables del complot, con rigor ejemplar...

EL NUNCIO, nuevamente sorprendido.- ¡Cómo! Pero, yo creía...

EL PRESIDENTE, despidiéndolo inmediatamente.- Buenas tardes, Monseñor. Hasta cada rato.

EL NUNCIO, cortado.- Muy amable. Infinitamente...amable...(Trozo figura que se va)

LLAVE.- Etcétera, etcétera. Muy bien. de conjunto, les diré: al despedirse de don Acidal, quien despidió al Presidente- estaba yo, eh ver-

MORDEL.- Has estado magistral. Como yo. Completamente igual. Los dos no

TROZO, LLAVE.- A la perfección. El parecido con su hermano es absoluto. Y la actitud, de un verdadero Presidente. seguro, o no, que era el Presidente

TROZO.- Verdad es que, en el primer momento, al encontrarme con usted, que me recibía desde la silla presidencial, pensé que don Mordel acababa de pasar a sus departamentos privados, para volver en seguida...

MORDEL.- Pero, al ver que yo no volvía, ¿qué se dijo usted?

TROZO, reflexionando.- Al ver que usted no regresaba...Al ver...

ACIDAL, a Trozo.- Reflexione, reflexione.



TROZO.- En verdad, desde que usted se avanzó a recibirme, saludándome con cierto tono: "Adelante, Monseñor..."

LLAVE, apuntalando.- Usted ya estaba dominado, o más bien dicho, instantáneamente convencido de tener ante sus ojos al Presidente de la República en persona...

TROZO.- ¡Eso! Fué una impresión...una cosa...algo que no se explica, en fin...

LLAVE.- Y no es exacto que usted pensase en las personas, en don Mordel, ni en don Acidal, sino en otra cosa...en otra cosa...en el Presidente, en una palabra.

TROZO.- Usted lo ha dicho.

ACIDAL.- ¿Y luego? Pasado el primer momento...

MORDEL. a Trozo.- En resumidas cuentas, ¿se dió usted cuenta perfecta de que Acidal era Acidal?

TROZO, caviloso.- Pues...sí. Ya lo creo que sí...Su voz, ciertos gestos, las orejas un poco...

LLAVE.- Yo observé en su semblante de usted, que ésa era su impresión.

MORDEL.- Yo también creí notarlo.

ACIDAL.- Pero, entonces, no acabo de entenderos. Primero me decís que mi parecido con Mordel ha sido completo, y ahora...

LLAVE, TROZO.- En efecto, don Acidal. Desde luego.

MORDEL.- Empiezo a temer que nos hemos metido en un enredo.

ACIDAL.- Si yo soy Acidal y no Mordel, acabemos. Es inútil ensayar nada. ¿Para qué?

LLAVE.- Don Acidal, escúcheme...

TROZO.- Para darles a ustedes una idea de conjunto, les diré: al despedirme de don Acidal- quiero decir, del Presidente- estaba yo, en verdad, como aturdido y, a ciencia cierta, no sabía quien de los dos me había recibido como Presidente...

LLAVE.- Pero, en fin, ¿usted estaba seguro, o no, que era el Presidente de la República que acababa de recibirle?

TROZO.- En cuanto a eso, ni qué dudarlo.

LLAVE.- ¡Hé allí lo esencial! Yo, como Ayudante, tuve idéntica impresión.

MORDEL.- Y yo, como secretario, la misma.



*Acidal uno*

LLAVE.- Porque de lo que se trata, al fin y al cabo, don Acidal, no es tanto que lo tomen a usted por don Mordel, sino por el Presidente. Nada más.

ACIDAL, pensativo.- No sé... Qué quereis que os diga...

TROZO.- Por lo demás, don Acidal, yo no soy el Nuncio. Lo que les he dicho es como Trozo. A mí me ha parecido eso. Ahora, llegado el momento, ignoramos lo que pensará el Nuncio- hablo del verdadero Nuncio- cuando se encuentre de pronto con usted en la presidencia, en lugar de don Mordel.

LLAVE.- De ahí precisamente la necesidad de ensayar y precaver.

MORDEL.- Prosigamos. (A Acidal) Ocupa mi despacho. Llama. Toca el timbre. ~~Acidal ocupa el despacho~~ (Acidal ocupa otra vez el despacho)

LLAVE.- Cada cual a su puesto. Don Mordel, Trozo...(Llave, Mordel y Trozo se retiran a sus rincones y hacen como que no están en el despacho. Acidal toma de nuevo un aire de Jefe del Estado y simula tocar el timbre)

TROZO.- Yo voy a entrar ahora, como Jefe de la Casa Militar del Presidente. (En el papel del coronel jefe de la Casa Militar, figura que entra al despacho y saluda) Excmo. Señor, un meeting de desocupados acaba de llegar a las puertas del Palacio y la multitud pide que salga el Jefe del Estado a los balcones presidenciales...(Reconoce de pronto a Acidal y calla, desorientado) Es un...es un meeting...

ACIDAL, en el papel de presidente, imperativo.- ¿Hay mucha gente?

EL CORONEL, mirando en torno suyo, vagamente.- Mucha...Digo...Mucha...

EL PRESIDENTE.- Reuna usted el personal de la Casa Militar y espere que le llame dentro de unos minutos. Haga usted también decir a los ministros que estén en este momento en el Palacio, que tengan la bondad de venir a mi despacho, a fin de acompañarme a salir a los balcones.

EL CORONEL.- Excmo. Señor...Es que...Perfectamente...

EL PRESIDENTE.- Haga usted anunciar a los manifestantes que el Jefe del Estado accede gustoso a su pedido. (Gesto concluyente)

EL CORONEL.- Bien, Excmo. Señor. (Trozo figura que se va)

MORDEL, desde un rincón, bajo.- ¿Qué tal, Trozo? ¿cómo le está?

TROZO.- Así así. Ya les diré. (Habiendo tocado el timbre Acidal, Llave, el Ayudante, finge entrar por el foro)

EL PRESIDENTE.- Haga usted pasar a la señorita de la Flor. (El ayudante figura que se va. Pausa)

EL AYUDANTE anuncia, desde la puerta del foro.- La señorita de la Flor.

TROZO, en el papel de la señorita de la Flor, figura que entra, con un



*Liante / es*

pequeñuelo de tres años, de la mano; Llave desempeña el papel del niño.  
Excmo. Señor, muy buenas tardes.

EL PRESIDENTE. → Señorita de la Flor, ¿cómo está usted? Adelante. (Las manos)

LA SEÑORITA DE LA FLOR. - Pidiéndole perdone, Excmo. Señor. Es usted muy bondadoso, señor Presidente.

EL PRESIDENTE. - Siéntese, señorita. ¿En qué puedo servirla?

SEÑORITA DE LA FLOR, sentándose. - Gracias, Excmo. Señor.

EL PRESIDENTE, acariciando al pequeño. - ¿Y tú? ¿Cómo te llamas?

SEÑORITA DE LA FLOR? AL PEQUEÑO. - Saluda al señor Presidente. Dile: "Buenas tardes, Excmo. Señor". (El pequeño se niega y el Presidente ríe)  
¿Cómo! ¿No le saludas? ¡Es el señor Presidente de la República!

LLAVE, en el papel del pequeño. - Buenas taides, señor...

EL PRESIDENTE. - Buenas, amigo mío. ¿Cómo te llamas?

SEÑORITA DE LA FLOR, corrigiendo al niño. - "Señor Presidente, se dice."

EL PEQUEÑO. - Señor...señor...senoi...

EL PRESIDENTE. - No quiere. Muy simpático.

SEÑORITA DE LA FLOR. - Es muy tímido, Excmo. Señor.

EL PEQUEÑO. - Mi abuelita se llama...Tota.

EL PRESIDENTE. - ¿Cuántos años tiene?

SEÑORITA DE LA FLOR. - Tres años, menos tres meses.

EL PRESIDENTE. - Muy tierno todavía, pero se ve que es muy despierto.

SEÑORITA DE LA FLOR. - Precisamente, es por el niño que me he permitido distraer su atención, Excmo. Señor. Monseñor, el Arzobispo, nos ha olvidado completamnete, a mí y a esta criatura..

EL PRESIDENTE. - ¿Monseñor Cochar es pariente cercano de usted?

SEÑORITA DE LA FLOR. - Es nada menos que mi primo, Excmo. Señor. Y Pepito, naturalmente, viene a ser su sobrino en segundo grado.

MORDEL, ¡bajo. - ¡No, no, no! Eso no.

ACIDAL. - Deja, deja. Ya veremos. (Tono presidencial, a Trozo) ¡Ah! ¡Qué tal! (Mirando al pequeño) ¡Tan niñín...y ya...sobrino del Arzobispo!

SEÑORITA DE LA FLOR. - Sí, Excmo. Señor. Es hijo natural de una criada



*cuanto*

nuestra, originaria de Choral, que se ha vuelto a su pueblo, abandonando al niño. Una mujer de vida un poco licenciosa. Pero yo he tomado a mi cargo al pequeño y hasta le he adoptado.

EL PRESIDENTE.- ¡Monseñor, el Arzobispo, conoce al niño?

SEÑORITA DE LA FLOR.- Precisamente, Excmo. Señor, yo lo adopté por consejo de mi primo. Monseñor Cochar, él mismo, consideraba al niño, al principio, como sobrino suyo.

EL PRESIDENTE, malicioso.- ¡Ah, bueno! ¡Como sobrino suyo! Y usted, como si fuese su hijo! Ya comprendo... ¿Y ahora?

SEÑORITA DE LA FLOR, ruborizada.- Ahora, Excmo. Señor, mis recursos personales escasean y Monseñor Cochar, sin que yo sepa por qué, nos ha olvidado, y ni siquiera quiere recibirme, ni saber nada de nosotros. Ignoro lo que puede haber de por medio. Tan bueno y caritativo para todos...

EL PRESIDENTE.- ¡Oh, monseñor Cochar, un dechado de virtud! Pero, entonces, señorita, ¿qué desearía usted, en suma?

MORDEL, bajo.- Eso es.

SEÑORITA DE LA FLOR.- Desearía, Excmo. Señor, que usted interviniera en alguna forma cerca de monseñor Cochar, a fin de cese esta situación, que se hace cada día más difícil y penosa.

EL PRESIDENTE.- Bueno. Haré lo necesario. Se lo prometo. En este momento, hay una manifestación en la plaza y...

SEÑORITA DE LA FLOR, para irse.- Excmo. Señor, le seré muy agradecida.

EL PRESIDENTE.- Haré lo necesario y oportunamente le comunicaré a usted el resultado de mi intervención.

SEÑORITA DE LA FLOR.- ¡Cuánto le agradezco, Excmo. Señor! Buenas tardes. (Las manos)

EL PRESIDENTE.- Buenas tardes, señorita de la Flor. (Al niño) Adiós, amigo mío. Hasta muy pronto.

SEÑORITA DE LA FLOR.- Le digo, señor Presidente, que es muy inteligente. A su edad, ya sabe lo que será cuando sea hombre. ¡Es vivísimo!

EL PRESIDENTE.- A ver, Pepito, dime: ¿qué harás cuando seas grande? ¡A ver! Dime... (El pequeño ha puesto una cara dolorosa y no responde)

SEÑORITA DE LA FLOR.- Contesta, Pepito, al señor Presidente. Dile qué quieres hacer, cuando seas grande? (El pequeño da muestras de una angustiosa ansiedad); Responde! ¿Qué quieres hacer?

EL PEQUEÑO, a la señorita de la Flor, gimoteando.- ¡Yo quieyo hacé pipí!...

TROZO, MORDEL, escandalizados.- ¡Oh!...

LLAVE.- ¡La realidad, antes que todo! Un pequeño es un pequeño... Vamos a



*cuanto teatro*

lo importante: (A Trozo) ¿qué le ha parecido a usted?

TROZO.- ¿Qué me ha parecido qué cosa?

LLAVE.- Don Acidal en la presidencia.

TROZO.- Pues nada de anormal. Entro, veo a un hombre de Presidente, que me recibe y me pregunta ~~me~~ en qué puede servirme...

MORDEL.- Naturalmente. Es una mujer que nunca había visto al Presidente.

LLAVE.- En suma, ¿no hubo nada que le chocase?

TROZO.- Nada. ¿Y usted?

LLAVE.- Yo...tampoco. Imagínese: un pequeñuelo de tres años.

ACIDAL.- Conclusión: hay que abreviar. Ya no salgo a los balcones...

MORDEL.- ¡Para qué! Está demás.

LLAVE.- Para acabar, la escena de la entrevista con el enemigo. (Consulta la hora) ¡Más de la una!

MORDEL.- ¿Conmigo en la presidencia?

LLAVE.- No. Ahora, con don Acidal. (Retirándose del lado de la puerta del foro) Voy a anunciar...(Acidal sigue ante su despacho presidencial, Mordel retorna a la puerta de la derecha y Trozo espera, junto a Llave)

EL AYUDANTE anuncia.- Excmo. Señor, acaban de traer al General ~~M~~ Ñatón, que cayó preso ayer. Usted había ordenado...

ACIDAL, presidente, tras una reflexión.- Sí. Que me lo traigan ante mí inmediatamente. (Llave figura que se retira. Pausa)

EL AYUDANTE anuncia.- El señor Prefecto de Policía.

TROZO, en el papel del Prefecto, simula que entra.- Excmo. Señor, el General Natón está en la antecámara.

EL PRESIDENTE.- Que pase. (Pausa)

LLAVE.- Una silla hará del General Ñatón. ~~señal~~ (Cogiendo una silla y colocándola en el centro de la pieza, frente a Acidal) ¡Esta!...(xx Mirando la silla) El viejo Ñatón viene las manos atadas a la espalda, sucio, en traje de campaña, sin kepí, transido. La rabia y la amargura del vencido crispan su rostro y arrancan de sus ojos una llama salvaje...(Todos miran la silla)

TROZO.- Una vez Ñatón ahí, un silencio, mezcla de curiosidad y de estupor, impera en el despacho presidencial, que está lleno de grandes personajes oficiales. Nadie habla ni se mueve. (En efecto, ~~xis~~ todos escenifican dicho ambiente)

LLAVE, mirando la silla.- Natón, puesto grente a grente con el Presidente, baja los ojos. (A Acidal) Usted le observa con rencor...(Acidal



*Ciento Cien*

observa la silla con rencor)

MORDEL.- Ya. Ahora puedes hablarle.

EL PRESIDENTE, a la silla, airado.- ¡Miserable! ¡Traidor a la Patria! ¿Qué fines le han guiado para conspirar contra mi gobierno?... ¿Pretendía usted volver a la presidencia, para mancharla de nuevo con la sangre inocente del pueblo y para echarse otros millones al bolsillo?... ¡Conteste! (Al ayudante) Desátenle las manos. (Llave figura cumplir la orden. El Presidente saca entonces un revólver del bolsillo y se lo da al prisionero) Coja usted mi revólver... (Pone el arma sobre la silla y se ofrece a Natón como blanco) ¡Máteme!... Pedía usted mi cabeza. Y ¡bien! aquí la tiene usted a su alcance... ¡Tire!... (Natón sigue inmóvil. El Presidente saca entonces otro revólver y, apuntando al pecho del prisionero, le desafia) ~~¡Máteme!~~ ¡Pues entonces, de hombre a hombre! ¡Apunte! ¡Tire!... ¡Al que queda de pie, la presidencia!... (Sensación en el despacho presidencial) ¡Uno!... ¡Dos!... ¡Levante su arma! ¡Apunte!... ¡Cómo! ¿Dónde está esa valentía?... (Y como Natón no se mueve, el Presidente le dice con desprecio) ¡Cobarde!... Devuélvame esa arma... (Recoge violentamente el arma de la silla y ordena) ¡Atadle otra vez!... (La orden se ejecuta. El Presidente ruge) ¡Cobarde!... (Figura que le arranca las charreteras) ¡No las merece!... ¡Soldado indigno!... (En fin, figura que le escupe) ¡Llévadle!... ¡A los aljibes!... (La puerta del foro se abre bruscamente y el General Tequila penetra, seguido de varios oficiales y tropa; el teniente del Millar viene entre ellos. Los Colacho y sus secretarios se quedan paralizados)

EL GENERAL TEQUILA ordena a la tropa, señalando de uno en uno a Acidal, a Mordel, a Llave y a Trozo.- ¡Al Presidente de la República! ¡Al secretario! ¡Al Ayudante! ¡Y al Prefecto de Policía! ¡Las esposas, a los cuatro!... (La tropa ejecuta la orden y los cuatro hombres entregan las manos mansamente) ¡Y fusiladlos, antes de la aurora!...

VOCES de muchedumbre, mientras baja despacio el telón.- ¡Abajo la revolución! ¡Abajo el imperialismo norteamericano! ¡Viva el Presidente Pa-lurdo!

FIN DE LA FARSA

*Allego, su su bajo, cambio  
 ese primera versión  
 por la otra a la cual  
 consideraba como definitiva*



cuando seis

PRIMERA VERSION DEL ULTIMO ACTO

Le Président du Tribunal le 17 Février 1947

Le Procureur Général du Tribunal le 17 Février 1947

Le Tribunal le 17 Février 1947

(esa version podría ser interpretada alternativamente con la otra, siendo, en mi concepto, tan formidable como esa)

Valley, sui iuris, Cambio,  
esa primera version  
por la otra, a la cual  
consideraba como definitiva



*cielo siate*  
collato

A C T E I V

Le bureau du Président de la République.

Le Président Mordel Colacho est assis à son bureau,  
assisté de son secrétaire.

LE PRESIDENT:- A quel titre monsieur Soiz Adol veut-il me voir?  
En particulier?

LE SECRETAIRE:- Monsieur le Président, il me semble qu'il veut  
vous parler à titre officiel.

LE PRESIDENT, contrarié:- Les diplomates profitent de l'uniforme  
pour venir me parler d'affaires qui n'ont rien à voir avec leur fonc-  
tions. Vous ne lui avez donc pas dit que le dimanche le Président  
ne reçoit pas?

LE SECRETAIRE:- Monsieur le Président, je le lui ai fait compren-  
dre très clairement. Mais il m'a affirmé qu'il s'agit de quelque  
chose de très urgent de son ambassade.

LE PRESIDENT:- Ah, j'y suis! ce sont ses égyptiennes qu'il veut.  
Ou sont-elles ses cigarettes?

LE SECRETAIRE:- Monsieur le Président, je crois qu'elles sont par-  
ties d'Alexandrie, il y a environ 10 jours, d'après les renseigne-  
ments du Chef du Protocole. Elles doivent être à présent à Paris.  
Nous attendons l'avis cablegraphique de notre ministre en France.

LE PRESIDENT; somnant:- Quelles sont les autres visites? (Plus con-  
trarié) Quatre heures et demie. Je ne sais pas à quelle heure je  
vais pouvoir recevoir les ministres du Travail et de l'Intérieur,  
le Nonce, le Président de la Chambre et l'Ambassadeur des Etats-  
Unis. (Entre l'aide de camp) Qui pleurait tout à l'heure dans l'an-  
tichambre?

L'AIDE DE CAMP:- Le héros de Montevor, monsieur le Président. Son  
petit fils est malade et il se plaint de manquer du nécessaire  
pour payer les médicaments.

LE PRESIDENT:- Faites entrer le Chargé d'Affaires du Brésil. (L'aide  
de camp sort)



*écrits*

LE SECRETAIRE, lisant une liste:- Les autres personnes sont : le Préfet de Ayacucho -très urgent- et Mademoiselle Maté, cousine de l'Archevêque.

L'AIDE DE CAMP, annonce:- Son Exc. le Chargé d'Affaires du Brésil. (Le secrétaire sort par une autre porte)

SOIZ, entrant:- Bonjour, monsieur le Président.

LE PRESIDENT, debout:- Enchanté, monsieur Soiz Adol. Comment allez-vous? (Poignée demain) Donnez-vous la peine de vous asseoir.

SOIZ:- Très aimable, monsieur le Président. Je vous remercie de m'avoir reçu un dimanche. Je serai bref.

LE PRESIDENT, le devançant:- Vos égyptiennes sont parties d'Alexandrie, il y a environ dix jours; d'après les renseignements du Chef du Protocole. En ce moment, elles doivent être à New-York. Nous attendons l'avis cablegraphique de notre Ministre aux Etats-Unis.

SOIZ ADOL prêt à partir:- Je vous remercie infiniment, monsieur le Président. Je ne veux pas vous retenir davantage. (Serrement de mains) A très bientôt, monsieur le Président.

LE PRESIDENT:- Des nouvelles de votre pays?

SOIZ ADOL:- Rien de nouveau. Les mouvements révolutionnaires se succèdent normalement. La santé du Président, inaltérable.

LE PRESIDENT:- J'en suis très heureux, monsieur Soiz Adol. Mes hommages à madame.

SOIZ ADOL sort:- Merci, monsieur le Président. Au revoir.

LE PRESIDENT:- Au revoir, monsieur Soiz Adol. (Il sonne; le secrétaire revient) Rocqué, dites-moi pourquoi les égyptiennes, pour parvenir ici, doivent elles passer par New-York. Vous ne faites pas erreur?

LE SECRETAIRE:- Par Paris, monsieur le Président.

LE PRESIDENT:- Ah oui. Par Paris. Pourquoi par Paris?

LE SECRETAIRE:- Je crois qu'il y a là des raisons modernistes ou quelque chose d'approchant. Paris confère aux choses les plus anciennes, comme les égyptiennes, un cachet moderne. Aussi, en Amérique du Sud, ne fume-t-on que ce qui passe par Paris. Il arrive avec le tabac ce qui arrive avec les modes.

LE PRESIDENT:- Hum.... Et si au lieu de passer par Paris, les égyptiennes passaient par New-York?...

LE SECRETAIRE:- Monsieur le Président; sur ce terrain du modernisme, cela a beaucoup changé dernièrement. New-York, depuis la guerre, est devenue la rivale de Paris et si Paris est moderne, New-York



*ciants nouve*  
*[Signature]*

est archi-moderne.

LE PRESIDENT, réjoui:- Parbleu! J'avais confondu Paris avec New-York. Mais le brésilien, aussitôt qu'il a entendu le nom de New-York a bondi de joie, si bien qu'il en est parti en oubliant ses draps. Qu'est-ce qu'il y a de nouveau pour les draps? (Las) Quel homme!

LE SECRETAIRE:- Notre ministre a Paris a dû recevoir la commande ces jours-ci. Il est impossible d'aller plus vite.

LE PRESIDENT:- Bon. Ne me prenez plus de rendez-vous avec cet homme-là! (Exaspéré) Sous aucun motif. Quelle que soit l'heure ou le jour qu'il veuille me voir.

LE SECRETAIRE:- Jusqu'à quand, monsieur le Président?

LE PRESIDENT:- Pour un mois au moins!

LE SECRETAIRE, timidement:- Même s'il veut en réalité traiter d'une affaire officielle de son ambassade?

LE PRESIDENT:- Même si cela entraîne la rupture des relations diplomatiques avec le Brésil.

LE SECRETAIRE:- Bien, monsieur le Président.

LE PRESIDENT:- Et faites-en autant avec le ministre de ... Quel est ce ministre étranger qui avait sollicité deux lieutenants pour faire la soupe de ses chiens?

LE SECRETAIRE:- C'est l'ambassadeur des Etats-Unis, monsieur le Président.

LE PRESIDENT, saisi:- Ah!... L'ambassadeur des Etats-Unis! (Furieux) Je parie que le ministre de la guerre, comme grand imbécile qu'il est, n'a pas encore satisfait cette demande. Faites-moi appeler immédiatement le général Valberde.

LE SECRETAIRE:- Monsieur le Président, le ministre de la Guerre, le jour même de la demande, a expédié sur le champ, à l'ambassadeur, les deux lieutenants requis. Deux des meilleurs lieutenants de l'Ecole Militaire, candidats à capitaines.

LE PRESIDENT, respirant:- Vous en êtes sur?

LE SECRETAIRE:- Absolument certain, monsieur le Président.

LE PRESIDENT:- Préparez-moi un discours pour recevoir ce soir la médaille des Héros de Solcos. Un discours moyen. Prenez un peu de Roosevelt. Il est plus patriote que Lebrun.

LE SECRETAIRE:- Bien, monsieur le Président.

LE PRESIDENT, sonnante:- Mettez-y quelque chose concernant mon père



Ceci est

qui combattit à Toviga. N'y mettez pas trop de : conscience nationale, qui, paraît-il, n'est plus de mode. (Entre l'aide de camp) Faites entrer le Président de la Chambre. (L'aide de camp sort. Le Président, dans un sursaut, au secrétaire) Rocqué : il est bien entendu que l'Ambassadeur des Etats-Unis est admis à toute heure dans mon bureau. Celui-là, oui. A n'importe quelle heure. Notez bien cela. Il ne faut pas confondre.

LE SECRETAIRE:- Entendu, monsieur le Président.

L'AIDE DE CAMP annonce:- Monsieur le Président de la Chambre.

LE PRESIDENT de la CHAMBRE:- Bonjour, monsieur le Président. (Le secrétaire sort par une autre porte) Je n'en ai que pour quelques minutes, monsieur le Pt.

LE PRESIDENT:- Asseyez-vous, général. De quoi s'agit-il? Des boutons?

LE PT DE LA CHAMBRE:- Oui, monsieur le Président. Précisément.

LE PRESIDENT:- J'ai lu cela dans la presse.

LE PT de la Chambre:- Un scandale, s'il en est, monsieur le Pt. Immédiatement, j'ai fait le nécessaire pour qu'aucun journal ne publiât le débat qu'en supprimant le document produit par les députés de l'opposition.

LE PRESIDENT:- Ugarte et Chupitaz?

LE PT de la Chambre:- Exactement, monsieur le Pt, toujours les memes. Monsieur le Pt, comme je regrette votre complaisance...

LE PRESIDENT:- Ce sont vos criatures. Elevez des chiens, général, il vous mordront les mollets.

LE PT de la Chambre:- La faute m'enrevient entièrement, il est vrai. Vous ne vouliez pas leur accorder votre appui officiel aux élections, et moi, je me suis entêté à leur fournir un sous-préfet à chacun et les fonds pour leur campagne électorale....Ah, monsieur le Pt, je n'ai jamais eu le moindre soupçon qu'ils pourraient un jour se retourner contre le régime qui les fit élir, aux cris "d'honnêteté", "liberté" et autres inepties semblables!

LE PRESIDENT:- Général, que penseriez-vous d'un petit séjour de quelques six mois de ces messieurs à l'Ile des Condors?

LE PR de la Chambre:- Comme vous voudrez, monsieur le Pt. A l'Ile des Condors ou à la Santé.

LE PRESIDENT:- Eh bien, à la Santé. Tout de suite. (Il sonne)

LE PT de la Chambre:- Le mauvais exemple gagne. Demain, d'autres députés vont se croire également autorisés à parler de "démocratie" ou de "justice", en pleine Chambre!... (Entre l'aide de camp)



LE PRESIDENT:- Communiquez au Préfet de Police, l'ordre d'arrêter ipso-facto les députés Ugarte et Chipitaz, et d'en informer aussitôt le ministère de l'Intérieur. (L'aide de camp sort)

LE PRESIDENT DE la Chambre:- Ils ont dit, monsieur le Pt, que le ministre de la Guerre et le Chef de l'Etat Major, avec votre autorisation personnelle, avaient décidé d'acheter pour l'Etat, à un particulier, un lot de boutons pour uniformes militaires, boutons qui étaient rien moins que la propriété de l'Etat. Ils ont lu à ce propos une lettre du fils du Chef du Cabinet Militaire, adressée à un X., et dans laquelle on l'autorise à prendre possession des dits boutons au dépôt de l'Arsenal de Guerre, tout en lui ~~réitérant~~ réitérant l'ordre de partager le total du prix en parts absolument égales, "entre les 4 hommes que vous savez" -ainsi dit textuellement la lettre.

LE PRT, interrompant:- A l'Ile des Condors ou à la Santé pendant quelques lunes.

LE PT de la Chambre:- L'audace d'Ugarte poussa jusqu'à affirmer que, selon la philosophie du droit, il n'y a pas de vente de biens d'autrui ni achat de ses propres biens, et qu'en conséquence, l'Etat ne pouvait s'acheter à soi-même des choses de sa propriété.

LE PT:- Ravages de la science... Verbiages universitaires. Il faudra, général, refermer les Universités, et cette fois, pour plusieurs années.

LE PT de la Chambre:- Et Chupitaz, monsieur le Pt, alla encore plus loin. N'a-t-il pas osé dire que les quatre malversateurs de qui parle la lettre ~~exxxmxxxxx~~ précitée, étaient le Ministre de la Guerre, le Chef de l'Etat Major, le particulier en question et le propre filleul du Président de la République, Arthur Carizado.

LE PRESIDENT, au comble de l'indignation:- Mais, général, comment une pareille lettre a pu tomber entre les mains de ces misérables? (Un coup de sonnette sur le bureau du Pt. Le Président somme à son tour) Une seconde, général.

LE SECRETAIRE entre:- Monsieur le Pt, monsieur le Ministre de la Justice demande s'il peut être reçu d'urgence pour une affaire de son portefeuille.

LE PRESIDENT, après réflexion:- Oui. ~~XXXXXXXXXXXXXXXXXX~~ Je le recevrai.

LE SECRETAIRE:- Bien, monsieur le Pt; (Il sort)

LE PRESIDENT:- Enfin, général, la chose en est restée là, j'espère, à la Chambre?

LE PT de la Chambre:- Heureusement, monsieur le Pt.

LE PRESIDENT:- Parfait. Autre chose : cette affaire de Barbitas? Ça marche?



*à l'aveu*

LE PT de la Chambre:- Je continue à lutter de toutes mes forces avec les six autres députés qui exigent des sommes fabuleuses pour leur vote. Ils disent que dans la négative, non seulement ils ne voteront pas pour, mais encore ils dénonceront le cas à l'opinion publique.

LE PRESIDENT:- Vous leur avez dit, cependant, quelle quantité dérisoire la Standard Oil met à notre disposition? A peine soixante quinze millions. Une misère! A partager entre soixante dix députés et les membres de l'Exécutif!

LE PT de la Chambre:- Ils le savent parfaitement, monsieur le Pt.

LE PRESIDENT:- Alors? (Colère) Général, dans ce pays, ne l'oubliez pas, le gouvernement ne se fait obéir du Parlement que de deux façons : à coup d'argent ou à coup de séjours à l'Île des Condors. Poursuivez, général, vos patriotiques démarches. Épuisé le premier moyen, il restera à passer au second...

LE PT de la Chambre:- C'est-à-fait mon avis, monsieur le Pt. Absolument.

LE PRESIDENT, poignée de mains:- Vous avez ma confiance. Au revoir, général.

LE PT de la chambre:- Monsieur le Pt, toute ma loyauté. (Il sort. Le Président sonne. Entre l'aide de camp) Introduisez le Ministre de la Justice. (L'aide de camp sort, pendant que le Président sonne et entre le secrétaire) Rocqué, vous pouvez assister à mon entretien avec le ministre de la Justice.

L'AIDE DE CAMP annonce:- Monsieur le Ministre de la Justice.

LE MINISTRE DE LA JUSTICE entre:- Bonjour, monsieur le Président.

LE PRESIDENT:- Docteur Collar, comment allez-vous? Qu'est-ce qu'il y a? Je vous prie d'être bref. J'ai beaucoup à faire.

LE MINISTRE de la Justice:- Monsieur le Pt, (Il étale ses papiers) cette nuit, la police a découvert, dans le quartier ouvrier de Analta, un complot anarco-communiste...

LE PRESIDENT, impatient:- Le mille et unième de l'année. Ensuite?

LE MINISTRE de la Justice:- On a opéré plusieurs arrestations. J'ai ordonné; ce matin, d'ouvrir l'instruction respective, pour attentat à la sécurité de l'Etat. Or le juge d'instruction refuse de donner cours à l'accusation, alléguant que, conformément à la Constitution, il n'y a aucune base légale à des poursuites, étant donné que les communistes et les anarchistes, tout comme les démocrates et les libéraux, jouissent du droit de réunion et d'opinion, consacrée par la législation de la République.

LE PRESIDENT:- Quel âne! Quel est ce juge?



1311 ciuto trace

LE MINISTRE de la Justice:- Alberto Azuela, monsieur le Pt, celui-là même qui veut être député et pratique dans ce but la plus néfaste démagogie chez les ouvriers et les étudiants.

LE PRESIDENT:- Révoquez-le sur le champ. C'est tout ce que vous avez à me communiquer?

LE MINISTRE de la Justice:- Monsieur le Pt, on a saisi chez les ouvriers, un journal; le voici... (Il lit) "Clarté"... avec plusieurs articles subversifs contre le régime et contre l'ordre social.

LE PRESIDENT, prenant le journal:- Qui écrit là-dedans? (Il lit) Salvador Calderon, Vicente Suarez, Romain Rolland, Justin Mollé, Anatole France, Manuel Urteaga, Professeur Eins....tein...Eins;... Einstein... Pablo Sifuenta... (Se tournant vers son ministre) Quels sont ces individus? Vous les connaissez?

LE MINISTRE DE la Justice:- Aucun, monsieur le Pt.

LE PRESIDENT:- Monsieur Collar, mettez-moi à l'île des Condors, aujourd'hui même, à tous ces bonshommes. Tous. Aucune pitié. (Lisant) Ce calderon, Vasquez, Rolland, Mollé, Anatole France, Urteaga et ce petit instituteur, comment s'appelle-t-il déjà? Eins...Eins... Einstein... Et ce Sifuenta également. Dénichez-moi ces oiseaux là avec célérité et mettezles moi en cage.

LE SECRETAIRE, tente de placer un mot:- Monsieur le Pt, Anatole France et le Professeur Einstein....

LE PRESIDENT, lui coupant la parole:- Pas un mot de plus, monsieur. Je suis las de compassion. Main de fer, général, avec tous ces croquants.

LE MINISTRE de la Justice;- C'est bien mon avis, monsieur le Pt.

LE PRESIDENT, qui décidément en veut au Professeur Einstein:- Et ce petit pion... (Il lit à nouveau) Eins...tein...Qu'on le mette à la porte de l'école où il enseigne.

LE MINISTRE de la Justice;- Je n'y manquerai pas Monsieur le Pt. Bref, la police est allé chercher au petit jour, dans leur propre maison, ceux qui écrivent dans ce journal, aucun n'a pu être pris. Salvador Calderon n'avait pas dormi chez lui. Anatole France a été sur le point d'être pincé dans sa cuisine, mais il a réussi à nous échapper.

LE SECRETAIRE tente à nouveau de dire quelque chose:- Anatole France, messieurs, est...

LE PRESIDENT, interrompant:- Monsieur Collar, je vous prie de vous entretenir aussi vite que possible avec le Ministre de l'Intérieur. J'approuve d'avance ce que vous déciderez dans cette affaire.

LE MINISTRE DE la Justice, ramassant ses papiers:- Rassurez-vous, monsieur le Pt... (Timbre, sur le bureau présidentiel) Le Président



*Ciudad Colacho*

*[Signature]*

sonne à son tour)

L'AIDE DE CAMP entre:- Monsieur le Pt. Une communication urgente.

On a arrêté l'un des conspirateurs communistes. Il est là, dans le salon des Aides de camp.

LE PRESIDENT:- Qu'on me l'amène. (L'aide-de-camp sort. Au ministre de la Justice) Lequel ça peut bien être?

LE MINISTRE DE la Justice:- Je n'en ai pas la moindre idée, monsieur le Pt.

L'AIDE DE CAMP annonce:- Monsieur le Préfet de Police.

LE PREFET DE POLICE, entre, avec un ouvrier, dans la quarantaine, harrassé, très pauvrement vêtu:- Monsieur le Pt, la police a appréhendé cet homme, il y a une heure environ. C'est un tisserand.

LE PT, terrible, à l'ouvrier:- Qui êtes-vous? Comment vous appelez-vous?

L'OUVRIER:- Mordel Colacho, monsieur le Président.

LE PRESIDENT, perplexe:- Comment? Me vous demande quel est votre nom? Vous n'êtes pas sourd, j'espère?

L'OUVRIER:- Mais...Monsieur le Président, je m'appelle Mordel Colacho.

LE PRESIDENT, indigné:- Ah!... Vous pensez encore vous jouer de nous!

L'OUVRIER:- Mais;... Monsieur le Président, je ne veux me jouer de personne...

LE PRESIDENT:- Tu te moques du Président de la République?! Car de toute évidence, tu ne peux pas t'appeler Mordel Colacho!

L'OUVRIER:- Pourquoi, monsieur le Président, je ne peux pas m'appeler Mordel Colacho?

LE PRESIDENT:- Parce que c'est moi qui m'appelle ainsi.

L'OUVRIER:- Moi aussi, Monsieur le Pt. Il peut y avoir plusieurs Mordel Colacho.

LE PRESIDENT:- Insolent! Pas du tout! Il n'y a qu'un Mordel Colacho et ce Mordel Colacho c'est moi.

L'OUVRIER, s'adressant aux autres, navré:- Alors... Je ne sais pas, moi... Je suis pourtant Mordel Colacho...

LE PRESIDENT:- Mais quelle impudence. Jusqu'où ne va pas l'insolence de la racaille. Vouloir avoir le même nom que le Chef de l'Etat!



ADRESSE *ci-contre*  
 ci-contre *quince*

LE MINISTRE de la Justice, à l'ouvrier:- Toi, tu caches ton nom. Mais naturellement. C'est clair. Ah, j'y suis. Toi, tu es Romain Rolland; avoue. Comment ne me suis pas rendu compte plus tôt. Ça se voit sur sa figure.

L'OUVRIER:- Mais non, monsieur, je ne suis pas Romain Rolland.

LE SECRETAIRE tente d'intervenir:- Monsieur le Ministre, Romain Rolland...

LE MINISTRE de la Justice, cassant t:- Monsieur Rocqué, je vous en prie. (A l'ouvrier) Et c'est toi qui a écrit là-dedans. Parbleu! Tout s'explique. (Lui montrant "Clarté") Un article ~~appuyant~~ les travailleurs à la révolte et au désordre: signé Romain Rolland. (Au Préfet de Police) Pas de doute.... Mettez-moi cet homme à la Santé. (Dans une révérence au Président) Monsieur le Président approuve?

LE PRESIDENT:- Si je vous approuve, monsieur le Ministre!...

LE PREFET:- Bien, messieurs. (Il invite l'ouvrier à le suivre) Vous, suivez-moi. (Tous deux sortent)

LE PRESIDENT: congédiant le ministre:- Au revoir, monsieur Collar.

LE MINISTRE va pour sortir:- Au revoir, monsieur le Pt.

LE PRESIDENT:- Beaucoup de sévérité, monsieur Collar. Aucune faiblesse.

LE MINISTRE de la Justice:- J'ai compris, monsieur le Pt. (Il sort. Le Président réfléchit et fait quelques pas dans le bureau, pendant que le secrétaire prend des notes)

LE PRESIDENT sonne:- Rocqué, je vous prie de me laisser seul un instant avec mon frère.

LE SECRETAIRE, sortant:- Mais naturellement, monsieur le Pt. (Entre l'aide de camp)

LE PRESIDENT:- Faites entrer le Ministre du Travail. (L'aide de camp sort. Temps)

L'AIDE DE CAMP annonce:- Monsieur le Ministre du Travail. (Il sort)

ACIDAL, entrant:- Comment vas-tu? (Acidal, si ce n'était les inconvénients de son physique, ferait vraiment, vu ses progrès culturels, figure mondaine et d'homme d'Etat)

MORDEL:- Entre.

ACIDAL:- Que de visites! Et un dimanche!...

MORDEL:- Tel que tu me vois, je reçois depuis midi. Je n'ai même



ADRIEN *Ciênto d'icisiss*

ACIDAL, tendant un télégramme à son frère:- Un autre, arrivé de tout à l'heure. Mais la plus pressée, c'est la Hagapampa Rail Corporation. (Mordel lit le télégramme) Je sais par ailleurs, par des télégrammes arrivés cette nuit à la Chambre du Commerce, que depuis Vendredi, une baisse alarmante des cuivre, coton, caoutchouc et sucre, a été déclenchée à Wall-street. Ils sèment la panique pour nous forcer à passer le contrat.

MORDEL cesse de lire, nerveux:- Vallodin est venu ce matin. Il dit que son groupe peut évidemment voter l'amendement constitutionnel, mais quand j'ai touché la question de sa démission immédiate, il m'a objecté que c'était là une tout autre affaire, dont il faudra référer aux groupes de la Chambre. Bref, un échappatoire. Sikcha et Garcia m'ont fait la même réponse.

ACIDAL, surexité:- Mordel, mon dieu, voilà combien de mois que tu es au pouvoir et tu n'es pas encore convaincu qu'il n'y a que la force qui compte dans ce pays. La force; mon vieux! Ton voyage ne peut plus être remis. Il faut que tu t'embarques demain après-midi.

MORDEL:- Je n'ai pas fermé l'oeil de la nuit, à ruminer tout ça. Tu ne crois pas qu'il suffirait que tu y ailles, toi, à New-York?

ACIDAL:- Je t'ai déjà que non. Et la Présidence de la République? C'est ce qui est le plus grave. Si tu ne te décides pas aujourd'hui même à me laisser le pouvoir, avec ou sans le vote des chambres, je ne réponds plus rien.

MORDEL:- Minute, minute. Ne t'affole pas.

ACIDAL:- Impose mon élection au Parlement, bon sang!

MORDEL:- Ecoute, écoute. Je ne sors pas de mon idée : l'élection du général Colongo n'offrirait aucune difficulté au Parlement. C'est un ami; avec lui il n'y aurait rien à craindre jusqu'à mon retour.

ACIDAL:- Mais encore une fois, Mordel, comment peux-tu te fier à un général qui a trahi, il y a quinze ans, un autre Président?

MORDEL:- Justement, il est venu hier.

ACIDAL:- Qui?

MORDEL:- Le général Colongo, parbleu! Il a dîné avec moi et nous avons causé longuement. En parlant du directeur des prisons, il m'a dit, très indigné, mais très indigné, tu sais : "Il faudrait les brûler vifs tous ces traîtres-là!"

ACIDAL:- Ah, oui! Quel salaud! Le feu commencerait par ses bottes!

MORDEL:- En partant, il m'a donné une grande accolade.



ACIDAL:- Les accolades de politicien. Ne m'en parle. C'est d'ailleurs aussi l'avis de l'ambassadeur des Etats-Unis.

MORDEL:- L'ambassadeur des Etats-Unis! Ils nous conseille toujours l'impossible.

ACIDAL:- L'as-tu consulté au sujet de ton voyage? Qu'en pense-t-il?

MORDEL:- Que veux-tu qu'il en pense! Il pense que je te laisse au pouvoir, parbleu, mais avec l'autorisation du Parlement.

ACIDAL:- Ca m'étonne, connaissant ces coquins de députés! (Ils font les cent pas, très agité)

MORDEL, brusquement:- J'ai une idée : que penserais-tu si tu remplaçais de fait, à la Présidence, sans consultation ni élection aucune, et sans même en rendre compte au Parlement? Ni au pays ni à personne.

ACIDAL:- Je ne te comprends pas.

MORDEL:- Ecoute. Assieds-toi là, dans le fauteuil présidentiel. Tu peux ~~remplacer~~ remplir mes fonctions à ma place: recevoir les visites, signer, etc, etc. Moi, pendant ce temps, je m'embarque pour New-York.

ACIDAL:- Sans avertir personne!? Sans en faire part à la presse?

MORDEL:- Sans tambours ni trompettes. Qu'en dis-tu?

ACIDAL, pensif:- Bien sûr... Pourquoi pas?... Après tout... Evidemment...Ce ne serait pas mal...

MORDEL:- Comment suis-je arrivé au pouvoir? Est-ce que j'ai été élu? Ai-je, par hasard, demandé la permission à Pierre, Paul ou Jacques?

ACIDAL:- A personne. Sauf à Mr Tenedy. Mais, dans ce cas, il faudrait agir tout de suite.

MORDEL:- Que peut-il nous arriver? Que risquons-nous?

ACIDAL:- Rien. Le peuple ne bronchera pas.

MORDEL:- Quoiqu'il arrive, nous avons pour nous l'armée et la marine.

ACIDAL:- Et nous avons surtout une chose formidable, au dessus de tout, en passant par l'opinion publique : l'appui des Etats-Unis.

MORDEL:- Je vais voir le Chef de l'Etat Major, le Ministre de la Guerre, celui de la Marine et le Prefet de Police et je leur



ordonnerai tout simplement, que, pendant mon absence, tu sois obéi comme moi-même. Conclu.

ACIDAL:- D'ailleurs, étant donné que tu es mon frère et que tout le monde sait l'harmonie politique qui nous unit, il ne viendra à l'idée de personne de m'accuser d'usurpation et de protester. Des cas semblables se sont déjà présentés dans d'autres pays de l'Amérique, entre un fils et son père, par exemple, entre cousins, entre beaux-frères et même entre simples amis.

MORDEL:- Voilà. C'est décidé. Au fait. (Il range ses papiers sur la table)

ACIDAL, se regardant dans le miroir:- Ma jacquette est appropriée, il me semble. Qui va venir tout à l'heure?

MORDEL, qui se dispose à quitter le bureau présidentiel:- Le nonce, l'Ambassadeur des Etats-Unis, précisément. Et deux autres visites sans importance. Mais, j'y pense. Il faut prendre toutes précautions nécessaires pour le cas où ta présence inattendue à la présidence éveillerait des résistances, une certaine effervescence dans le palais, de la part des personnalités, et des fonctionnaires que tu devras voir, tout à l'heure.

ACIDAL:- Quelles résistances? Quelle effervescence? Laisse-moi m'asseoir dans ce fauteuil, (Terrible) et tu verras qui je suis, sacrebleu!...

MORDEL:- La vaillance n'empêche pas la prudence. Assieds-toi dans ce fauteuil et prends possession de mon bureau. Je resterai quand même quelques minutes dans la pièce voisine, afin d'observer ce qui se passe ici pendant tes premiers actes présidentiels. Puis, si tout marche à souhait, comme je l'espère, je sortirai du Palais en tout repos. Mais si quelque difficulté surgissait, je serais là pour bondir et me remettre à la tête du gouvernement et éviter qu'il nous échappe. (Il passe dans la pièce qu'il a indiquée)

acidal, s'assoit dans le fauteuil présidentiel:- Eh bien, allons au fait.

MORDEL, sur le pas de la porte:- Impose-toi dès les premiers moments. Tu sais de quoi il retourne.

ACIDAL:- Dépêche-toi, allez. Je suis ton homme... (Mordel disparaît). Acidal sonne, s'éclaircit la voix et prend un air solennel, majestueux. Le secrétaire entre.

LE PRESIDENT, sans se retourner, autoritaire:- Rocqué, téléphonez immédiatement au général Chotengo qu'il vient d'être nommé Ministre du Travail et qu'il se présente ici ce soir, pour prêter serment.

LE SECRETAIRE, interloqué:- C'est-à-dire... Parfait... Monsieur



le Président, parfaitement... (Il fait quelques pas indécis comme pour sortir, s'arrête, refait quelques pas, observe le Président et balbutie) Mais, monsieur le Président. Mais oui, parfaitement.

LE PRÉSIDENT, le poursuit de ses yeux menaçants:- Rocqué, depuis quelque temps, je remarque une certaine négligence dans l'accomplissement de votre devoir. Reprenez-vous où je me verrai dans l'obligation de prendre des mesures.

LE SECRÉTAIRE, qui n'en revient pas:- Monsieur le Président, un malaise. Mais, ce n'est rien?... (Vivement) Le général, Chotengo? Mais tout de suite, Monsieur le Président. (Il sort. Le président sonne. Entre l'aide de camp)

LE PRÉSIDENT, sans se retourner:- Quelles personnes attendent?

L'AIDE DE CAMP, qui a reconnu Acidal, déconcerté:- Monsieur... Il y a... Il y a... Il y a le nonce apostolique... Le Préfet d'Ayacuchó....

LE PRÉSIDENT:- Faites entrer le Nonce. (L'aide de camp tente de dire quelque chose. Mais il finit par s'incliner et sort. Temps)

L'AIDE DE CAMP annonce:- S.E. le Nonce de S.S. (Il sort)

LE NONCE entre:- Monsieur le Président, je suis heureux de vous saluer.

LE PRÉSIDENT allant à sa rencontre:- Je vous en prie, Monseigneur. Comment allez-vous?

LE NONCE reconnaît dans le Président l'ancien ministre du Travail: abasourdi:- Monsieur... Monsieur le Président... bonjour.

LE PRÉSIDENT:- Je prie Votre Eminence de bien vouloir prendre un siège. Ici, Monseigneur... Donnez-vous la peine.

prendre les sceaux dans  
la première version, dirie  
tenue, sans passer  
par le feu double

LE PRÉSIDENT:- Tenez le personnel de la Maison Militaire et attendez mes ordres. Faites dire aux ministres qui se trouvent



*cinquante vingt*

ADRIAN...  
...  
...

MORDEL, revenant précipitamment de sa pièce:- Magistral.

ACIDAL, s'effondrant sur un siège:- De l'eau. Donne-moi un peu d'eau. (il s'éponge) Comment ai-je été? Sois franc?

MORDEL:- Ma foi, il est parti complètement maté.

ACIDAL:- Tu crois?

MORDEL:- Mais tu n'as pas vu sa tête, donc?

ACIDAL:- Tout de même, jusqu'au pas de la porte, il a tâché d'y revenir. Mais je ne lui ai pas laissé placer un mot.

MORDEL:- Oh, d'ailleurs, c'est un vieux sans aucune importance. (Pressé) Allez! A l'ambassadeur maintenant.

ACIDAL:- A mon avis, tu peux déjà t'en aller.

MORDEL:- Non, pas encore.

ACIDAL:- C'est au commencement le plus difficile. Maintenant, ça va aller tout seul.

MORDEL:- Cependant, il vaut mieux ne pas précipiter les événements.

ACIDAL:- Il y a eu un moment, -quand Rocqué est entré- où vraiment j'ai eu le coeur chaviré...

MORDEL:- Rien n'a transpercé, c'est l'important.

ACIDAL, qui s'évente toujours:- Le taureau, par les cornes et le peuple par l'Eglise! Le Nonce va nous porter bonheur.

MORDEL:- Fais entrer Mr Sorton, à présent. Il se fait tard. L'ambassadeur et jeme sauve. (Il repasse dans la pièce voisine et Acidal se rassoit dans le fauteuil présidentiel, reprenant sa majesté de chef d'Etat. Coup de sonnette sur le bureau. Acidal sonne à son tour)

LE COLONEL, Chef de la Maison Militaire, pénètre par le fond:- Un meeting de chômeurs vient d'arriver aux portes du Palais et la foule demande au Chef de l'Etat de se monter au balcon. (Le colonel reconnaît soudain Acidal et s'interrompt net. Il balbutie) C'est un meeting... C'est... Voyons... (Il cherche des yeux tout autour le vrai Président)

ACIDAL, cassant:- Il y a beaucoup de monde?

LE COLONEL:- Beaucoup... Je veux dire... Mais oui...

LE PRESIDENT:- Formez le personnel de la Maison Militaire et attendez mes ordres. Faites dire aux ministres qui se trouvent



en ce moment au Palais, de se présenter ici immédiatement pour m'accompagner au balcon.

LE COLONEL, hésitant:- C'est que... Parfait... Parfait...

LE PRÉSIDENT l'interrompant:- Et Faites annoncer aux manifestants que le Président acquiesce volontiers à leur demande. (Il le congédie) LE C

LE COLONEL, maté:- Bien, Monsieur le Président. (Il sort)

MORDEL passe la tête par la porte, et à voix basse et vite:- Par-leur de nos gloires nationales. S'ils se montrent difficiles, froids et continuent à demander du pain et du travail, sors-leur le drapeau et mets-toi à genoux devant, en leur jurant de tout sacrifier pour le bien de la Patrie.

ACIDAL, sonne;- Oui, oui. Va-t-en! On va t'entendre. (Mordel disparaît. Entre l'aide de camp)

LE PRÉSIDENT:- Introduisez l'ambassadeur des Etats-Unis.

L'AIDE DE CAMP:- Monsieur le Président, monsieur l'ambassadeur n'est pas encore arrivé.

LE PRÉSIDENT, après réflexion:- Faites entrer Mademoiselle de la Flor. (L'aide de camp sort. Le Président s'éponge et souffle)

*prendre les seules directes  
dans l'original*



LE PRESIDENT, coupant:- Dispersez à coups de sabre!- Chargez!

LE PREFET:- Monsieur le Président, je crains qu'ils ripostent. Ils ont improvisé des barricades.

LE PRESIDENT:- Colonel Barro, rétablissez-moi l'ordre, je vous prie. Je n'ai rien à ajouter.

LE PREFET:- Il faudra recourir à des mesures sévères dont la responsabilité...

LE PRESIDENT, met brusquement fin à l'entretien:- Déraillez vos mitrailleuses. Arrangez-vous. (Coup de sonnette sur le bureau présidentiel)

LE PREFET:- A vos ordres, monsieur le Président. (Il sort. Le Président sort)

LE SECRETAIRE entre, un papier bleu à la main:- Monsieur le Pt, voici un cablegramme, qu'on vient d'apporter du bureau des Colacho Frères.

LE PRESIDENT, prend le cablegramme:- Merci, Rocqué. Vous pouvez vous retirer. (Le secrétaire sort et le Président lit la dépêche. Un sursaut. Il appelle) Mordel! Mordel!

MORDEL:- Tu t'es imposé définitivement.

ACIDAL, lui remet la dépêche:- Un cablegramme de New-York. Tu ne pars pas. (Mordel lit avidement la dépêche) Alors, ce n'est plus nécessaire. Pour de la veine....

MORDEL, aux anges:- Magnifique! Tout s'arrange.

ACIDAL relit le cablegramme:- "Inutile.....accepte nouvelles conditions..."

MORDEL:- Il n'y avait pas besoin de se mettre martel en tête...

ACIDAL, préoccupé:- Et la présidence?

MORDEL:- Quelle Présidence?

ACIDAL:- La Présidence de la République! Tu la reprends ou je la garde?

MORDEL:- Mais je la reprends! Parbleu! Et tout de suite! Heureusement, la nouvelle n'a pas encore eu le temps, certainement, de se répandre dans la capitale, et ~~àxxx~~ moins encore dans le pays, ça va sans dire.

ACIDAL:- Mais... Et les ministres? Et la Maison Militaire?



MORDEL:- Pas à en s'en préoccuper!

ACIDAL:- Et le peuple, tout de même! Le peuple à qui je viens d'adresser quelques mots.

MORDEL:- Sois tranquille. Je suis certain que personne ne s'est encore bien rendu compte de ce qui s'était passé. Et s'ils s'en sont aperçu, ils ne doivent y comprendre goutte. (Il s'assoit confortablement dans le fauteuil présidentiel. Acidal se regarde à nouveau dans une glace) Tu auras encore des occasions, tu sais, et qui sait même, tu seras peut-être bien un jour pour tout de bon mon successeur. (Il passe sans plus à ses papiers)

ACIDAL:- Et maintenant, dans quel sens va-t-on répondre à New-York? Il nous faut des détails tout de même. (Il va pour sortir)

MORDEL:- C'est exact...

ACIDAL:- La question de l'emprunt me poursuit.

MORDEL:- Demande des détails. Dépêche-toi, par exemple. Il est cinq heures et j'ai encore à recevoir plusieurs personnes. Reviens dîner avec moi.

ACIDAL:- A huit heures. Pas avant. Au revoir. (Mordel sonne et Acidal s'en va. Le secrétaire entre. Rocqué reconnaît Mordel; au même moment, une fusillade serrée éclate sous les fenêtres du Palais)

LE PRESIDENT:- Qu'est-ce que c'est? Sur la place? Devant le Palais?

LE SECRETAIRE:- Oui. Entre la police et le peuple.

LE PRESIDENT: sans plus se soucier de l'incident:- Ah, bon... Au fait, avisez le général Chotengo que sa nomination au Ministère du Travail est annulée.

LE SECRETAIRE:- Bien, monsieur le Président. (Il sort. Temps pendant lequel le Président, très abstrait, consulte des notes. Puis, il se dirige vers ses appartements privés. Le bureau reste désert. Temps. Soudain, on entend un brouhaha confus, venant des pièces extérieures, des ordres militaires, claquements de portes, des pas de bottes. La porte s'ouvre violemment et le général ~~CKATANGA~~ Colongo entre, suivi de nombreux officiers et civils, qui l'accablent. Ils sont tous armés)

TOUS:- Vive le général Colongo! Vive la Révolution! A mort les Colacho! A bas les tirans! (Par d'autres portes, entrent des fonctionnaires et des particuliers, stupéfaits; Le colonel Caraza Chef de la Maison Militaire des Colacho, pénètre, revolver en



main)

LE GENERAL COLONGO:- Colonel Zaraza, arrêtez-moi immédiatement cet homme. (Il signale l'appartement privé de Mordel)

LE COLONEL CARAZA proteste:- Général Colongo, ma loyauté politique et militaire envers le général Colacho... (Un brouhaha hostile étouffe ses protestations)

LE GENERAL COLONGO:- Colonel Caraza, je vous nomme ministre de la Guerre... (Se tournant vers la foule) Messieurs, quatre gardes à cette porte. (Celle de l'appartement de Mordel)

COLONEL CARAZA, nouveau ministre de la Guerre, au général Colongo:- Monsieur le Pt, si le peuple l'exige ainsi... (Ils se dispose à accomplir les ordres du général Colongo) Parfait, monsieur le Pt. Il ne me reste qu'à obéir. (Suivi de plusieurs officiers, il s'engage par la porte par laquelle est sorti Mordel. Avant de disparaître) Quelles sont vos instructions quant aux frères Colacho, monsieur le Président?

LE GENERAL COLONGO:- Pour le moment, qu'on les fusille. Ensuite on verra.

LA FOULE:- Bravo!... Vive la Révolution!... Vive le général Colongo!...

LE GENERAL COLONGO:- debout près du fauteuil présidentiel:- Citoyens! Nous avons triomphé. (Ovation) Voici, messieurs, le fauteuil dans lequel s'étaient incrustés les Colacho, pour voler et assassiner le pays.

LA FOULE:- Le fauteuil présidentiel pour Colongo!

LE GENERAL COLONGO:- Que ce soit le peuple seul qui en décide, citoyens! Je ne prendrai place dans ce fauteuil que quand la volonté populaire l'aura décidé. (Vivas et rumeurs confuses)

UN VIEUX CITOYEN:- Général Colongo, je crois interpréter la volonté du peuple souverain en vous invitant à prendre place immédiatement dans ce fauteuil symbolique! (Ovation) Messieurs, dans toutes les républiques de l'histoire, le fauteuil présidentiel est comme l'arche sainte, ou la Constitution de l'Etat a déposé les clefs de la vie démocratique. Ce fauteuil, messieurs, est celui qui commande et dispose des destins des peuples. C'est pour lui que luttent les ~~peuples~~ hommes et les partis, parce que ce n'est que de là qu'on gouverne, parce c'est seulement une fois assis dans ce fauteuil qu'on est le Chef de l'Etat. (Ovation) Général Colongo, prenez-y place. Honorez-le par un gouvernement éclairé. Ne le maculez pas. Et ne consentez surtout pas qu'on vous l'usurpe. N'oubliez pas qu'il est l'incarnation de la Patrie, la chaire suprême du pouvoir et qu'enfin, si vous le perdiez un jour, vous auriez perdu avec lui le gouvernement, le respect et l'adhésion avec lesquelles le pays vous consacre à lui. (Grande ovation)



LE GENERAL COLONGO:- Messieurs, du fond du cœur, merci. Je suis vraiment très ému... Je vous promets de remplir religieusement les devoirs sacrés de ma charge. (Il s'assoit avec apparât dans le fauteuil présidentiel. Puis, le général Colongo, Président de la République, avec autorité) Messieurs, je vous prie de vous retirer. Nous avons beaucoup à faire. Il faut organiser immédiatement le ministère et dicter les mesures nécessaires à la prompt normalisation de la vie nationale. (Tous se retirent, en acclamant le nouveau Président, qui reste dans le bureau avec un seul de ses lieutenants, Selar. Le président à Selar) Selar, je vous nomme secrétaire général du Président de la République. Asseyez-vous et écrivez.

SELAR:- Je vous en prie, monsieur le Président. A vos ordres. (Il se dispose à écrire sous la dictée du Président )

LE PRESIDENT:- Manifeste à la Nation : Les tirans Colacho viennent d'être chassés du pouvoir. La vague d'indignation et de haine nationales les a arrachés du ~~gouvernement~~ gouvernement. Une nouvelle ère de paix et de liberté s'inaugurent en ce moment pour le pays. En ma qualité de nouveau Chef de l'Etat, proclamé par la volonté spontanée et libre du peuple, je jure et promets à la nation de la servir et de me sacrifier pour elle, en mettant fin aux vices et aux egoïsmes, qui, depuis longtemps, rongent les bases de notre démocratie et précipitent la patrie dans l'abîme... (Ici, il réfléchit et répète) et précipitent... la patrie... dans l'abîme... (Soudain, il surprend ~~un~~ un regard perfide chez son secrétaire et insiste) dans l'abîme...

LE SECRETAIRE, en écho:- Dans l'abîme.

LE PRESIDENT, enchainant:- La soi-disant Assemblée Constituante est dissoute. Les deux tirans, fusillés. Le problème du chômage sera définitivement résolu avant deux mois. (Il réfléchit) Avant deux mois... Hum... (Il se met debout) Avant combien ai-je dit?

LE SECRETAIRE:- Avant deux mois, monsieur le Président. (Le Pt fait quelques pas au hasard, en quête d'idées)

LE PRESIDENT:- Concitoyens : il faut en finir avec l'arrivisme qui entraîne une instabilité honteuse des institutions républicaines. A bas les dictateurs d'une heure! (Le secrétaire profitant que le Président va et vient, en proie à ses réflexions, se glisse vers le fauteuil présidentiel, s'en rapprochant insensiblement. Mais le Président se détourne à l'improviste) Je compte sur la bonne volonté de tous les cotoyens pour... (Il a surpris, de toute évidence, la manoeuvre du secrétaire et se tait net. Il le fixe soupçonneux; cependant, il se reprend aussitôt et feint de ne s'être aperçu de rien et enchaîne, hésitant) pour... pour m'aider... loyalement dans la dure entreprise de sauver le droit des républicains, entamé par les gouvernements précédents... (Le président se remet à marcher. Comme le secrétaire tente à nouveau de se rapprocher du fauteuil présidentiel et de s'y glisser subrepticement, Colongo y revient précipitamment. Le Président -pourquoi dit-il.



cela?-) Selar! Selar! pas si près du fauteuil présidentiel. Tenez-vous en, je vous prie, aux limites de votre fauteuil de secrétaire.

LE SECRETAIRE, faignant la surprise:- Monsieur le président?...

LE PRESIDENT, enchainant:- Entamé par les gouvernements précédents....

LE SECRETAIRE, en écho:- Par les gouvernements précédents.

LE PRESIDENT:- Vive la Patrie! Vive la démocratie! (Le secrétaire, à la faveur d'une nouvelle disytraction du Président, a bondi en un clin d'oeil sur le fauteuil présidentiel et s'y assied magistralement)

LE SECRETAIRE SELAR, Président de la République, révolver en main, dans un grand geste de commandement:- Colongo, passez-moi ce manifeste, que je le signe. Promptement. (Le général Colongo, devant la rapidité et l'audace de ce geste, demeure paralysé. Selar menaçant) Promptement, vous ai-je dit. C'est urgent et sérieux.

LE GENERAL COLONGO, balbutiant:- Mais qu'est-ce....

LE PRIDENT SELAR:- Dépêchez-vous, vous dis-je.

LE GENERAL COLONGO:- Traîte!

LE PRESIDENT SELAR:- visant Colongo:- Asseyez-vous là. (Dans la chaise de secrétaire) Et écrivez.

LE GENARL COLONGO, après un suprême <sup>mais</sup> faible effort de résistance, s'assied au bureau de secrétaire et se dispose à écrire:- Bon, bon. Nous verrons bien...

LE PRESIDENT SELAR:- Où en étions-nous? Relisez.

LE GENRAL COLONGO, secrétaire, lisant:- Vive la démocratie!

LE PRESIDENT SELAR, répétant:- Vive la démocratie! Ajoutez : Vive la liberté! l'égalité, la fraternité!

LE SECRETAIRE, répétant:- La li-ber-té, l'é-ga-li-té, la fra-ter-ni-té!

LE PRESIDENT SELAR:- C'est cela. Et la fraternité! (Fraterhellement) Donnez mon cher général, que je signe. (Le secrétaire lui donne le manifeste. Au moment où le Président signe, gardant son revolver en main, le secrétaire sort rapidement le sien)

LE SECRETAIRE COLONGO, visant le President Selar, qui a levé son arme en même temps:- Délogez! Hors d'ici, ou je tire!



LE PRESIDENT SELAR:- Ah.... Vous croyez cela? (Mors Colongo, le revolver d'une main, tire de l'autre Selar par le bras et l'arrache du fauteuil présidentiel et s'y remet)

LE PRESIDENT COLONGO, à Selar resté immobile devant lui:- Selar, à votre place de secrétaire et tenez-vous y tranquille si vous tenez à votre tête.

SELAR, à son tour, revolver toujours en main, attrape de l'autre Colongo, par le revers:- Imposteur! Usurpateur! Hors de là-dessus! (Mais Colongo a appuyé son revolver sur la tempe de Selar Celui-ci va faire feu également sur Colongo. Silence de mort, pendant lequel tous deux ont pâli. Soudain, Selar se précipite à nouveau sur Colongo et parvient à le sortir brutalement du fauteuil. Sous le coup, Colongo est tombé à terre et Selar a repris possession du fauteuil. Colongo se relève et recommence la manœuvre avec Selar qu'il déloge à nouveau. Et ce jeu continue de la sorte : l'un et l'autre s'asseyant alternativement dans le fauteuil présidentiel, pendant que le rideau tombe lentement)

f i n

---